



Una isla contada

Antología para recorrer Gran Canaria 



Este proyecto editorial forma parte de las acciones del Plan Cultural de Emergencia Covid-19 elaborado por la Consejería de Cultura del Cabildo de Gran Canaria en 2020

Cabildo de Gran Canaria

Antonio Morales Méndez
Presidente

Guacimara Medina Pérez
Consejera de Cultura

Francisco José Bravo de Laguna Romero
Director Insular de Cultura

Dirección: Biblioteca Insular de Gran Canaria

Dirección editorial: Ana Cristina Herreros

Coordinación de las traducciones en inglés y alemán: Amalia Bosch Benítez

Coordinación técnica: Nuria Tornero

Impresión: Editorial MIC

1.ª edición: octubre de 2021

En cubierta: El Roque Bentayga, el Roque Nublo y la Luna llena desde Acusa, Artenara (Gran Canaria). Tomada el 19 de junio de 2016. *Luna llena de verano*. Foto de © Nacho González Oramas

© de los textos: sus autores y autoras, 2021

© de la selección y el prólogo: Alexis Ravelo, 2021

© de las ilustraciones: Augusto Vives, 2021

© de las fotografías: Nacho González Oramas, 2021

© de esta edición: Cabildo de Gran Canaria, 2021

ISBN: 978-84-1353-049-9

Depósito legal: GC 376-2021

ÍNDICE

Una isla
Guacimara Medina Pérez 7

Una isla contada

Prólogo
Alexis Ravelo 11

Las Palmas de Gran Canaria
Del Puerto a Las Canteras 13

Un picnic en Los Nidillos
Carlos Álvarez 17

Las Palmas de Gran Canaria
Por el barrio de Arenales 31

Salvarse del maremoto
Emilio González Déniz 35

Las Palmas de Gran Canaria
De Vegueta a Triana 45

Yo era la niña más alegre del mundo
Paula I. Nogales Romero 49

Las Palmas de Gran Canaria Subir a los Riscos. El risco de San Nicolás	65
Cicatriz Ángeles Jurado Quintana	69
Las Palmas de Gran Canaria Por la Ciudad Alta y Escaleritas	81
Desde lo alto Eduvigis Hernández Cabrera	85
El Noroeste De Bañaderos a La Aldea de San Nicolás	95
Guayedra Santiago Gil	99
Medianías del Sur Entre Agüimes e Ingenio	111
El Guayadeque legendario Pepa Aurora	115
El Sur De la villa a la playa de Mogán	125
Con acento en la í Alicia Llarena	129

Medianías del Norte De Teror a Valleseco	141
Ahí más allá Ángel Sánchez	145
La Cumbre De San Mateo al Roque Nublo	179
Un coqueto mar de nubes Antolín Dávila	183
Una isla contada en la nube	195
Una isla contada (audiolibro) Luifer Rodríguez (coordinador)	197
Una isla bailada Natalia Medina Santana	201
Fotografía e ilustración Nacho González Oramas Augusto Vives	205

UNA ISLA contada es una isla vivida, vivida por artistas que la pueblan y la relatan, que parpadean en sus cicatrices y se amontonan en sus nubes, que coquetean con sus mares y escalan sus barrancos y laderas. Desde siempre se ha sabido que una isla que se cuenta es una isla que existe, una utopía posible de miles de islas posibles.

Esta isla contada que es la nuestra, que es la de cada uno de nosotros, ha sido pintada, fotografiada, bailada, cantada y celebrada por nuestros artistas desde las Medianías del Sur a las del Norte, de Guayadeque a Guayedra, de Bañaderos a Mogán, desde Escaleritas al Risco de San Nicolás.

Este proyecto se amasó en los silencios del confinamiento, se tejió con paciencia en los meses siguientes y finalmente se ha terminado cosiendo en los pliegues de este libro con la mirada, el cuerpo y la voz de reconocidos artistas de nuestra tierra. Ellas y ellos han dialogado con los límites y fronteras de sus propios saberes, la fotografía, la música, la ilustración, la danza y la escritura. Y lo han hecho en este atlas de relatos que bailan, de colores que dan voz a las imágenes, de música que se acompasa calladamente en las palabras.

Julio Verne dio la vuelta al mundo en ochenta días. Otro Julio, Cortázar, nos propuso la vuelta al día en ochenta mundos. Esta aventura no es solo la vuelta a Gran Canaria en diez relatos, con sus ilustraciones y fotografías. No es solo eso, que es mucho. Esta aventura es el ejemplo absoluto de una convicción personal que he intentado transmitir en cada momento: la cultura hace paisaje y es paisaje; la cultura se arrulla en los rincones más desconocidos de nuestro territorio, en cada uno de sus barrios y de sus calles; nuestra cultura no solo deja huella, también es pie que camina por nuestros senderos.

Siempre he tenido la certeza de que nuestra isla tiene mucho que contar, y también que nuestros artistas, ellos y ellas, han sabido reconocerla e interpretarla.

La vida siempre se vive mejor con la compañía de un hermoso libro que sepa contarnos lo que nuestros corazones necesitan escuchar y, en esta isla contada, que nos invite a imaginar infinitas islas, tantas como nuestra esperanza de un mundo mejor alcance.

Guacimara Medina Pérez

Una isla contada

GRAN CANARIA es algo más que una urbanización turística, una piscina, una playa de arena rubia. Es una isla que crece hacia dentro en sus riscos y barrancos, que alterna feraces costas volcánicas y plácidas umbrías, cavernas recónditas, ciudades que se orientan hacia la luz. Y, junto al territorio físico, el territorio de la memoria y la metáfora, los productos de la mirada humana que transforman la geografía en paisaje para atisbar lo que hay más allá de la apariencia.

Por eso este libro es la invitación a un viaje, a recorrer ambos territorios en buena compañía.

Por supuesto, dispones de comparadores de viajes, de redes sociales, de mapas geolocalizados y wikipedias. Tienes un teléfono móvil y, con mover un dedo, puedes averiguar qué tiempo hace, calcular itinerarios a pie, saber dónde te encuentras en cada momento, cuándo abre el restaurante al que te apetece ir o cuántos pasos has dado desde esta mañana. Pero el itinerario que te propone este libro no cabe en ninguna aplicación. Es un viaje íntimo y a la vez colectivo. Ha sido trazado por las voces de diez autores y autoras, e imaginado por un ilustrador y un fotógrafo que conocen bien la isla. Todos ellos se han propuesto contártela desde aspectos de la realidad refractarios a las aplicaciones informáticas, pues estas son incapaces de sufrir, gozar, amar y ser amadas, trabar un sentimiento en firmes palabras o en una imagen para regalarla al mundo.

Estas diez ficciones, diez fotografías, diez ilustraciones son el mapa espiritual (o uno de los posibles mapas espirituales) de esta isla.

Tú, que ya la habías escogido como destino, tienes en este libro una posibilidad de ser algo más que alguien que pasa por aquí y completar con tu mirada el mosaico que te ofrece. Sus autores y autoras pertenecen a generaciones y orientaciones estéticas distintas, pero todos son guías privilegiados de los lugares en los que ambientan sus ficciones y, sobre todo, son conscientes de que, como escribiera Agustín Espinosa, una tierra sin atmósfera poética sufre la amenaza de un difumino fatal.

Lleva contigo este libro cuando recorras los senderos innumerables del laberinto que es Gran Canaria. Déjate conducir a sus parajes más célebres, y a los hitos de su historia, pero también a las vivencias que susurra su memoria chica, a los rincones que jamás aparecerán en guía turística alguna.

Alexis Ravelo

Las Palmas de Gran Canaria

Del Puerto a Las Canteras



Un pícnic en Los Nidillos

Carlos Álvarez

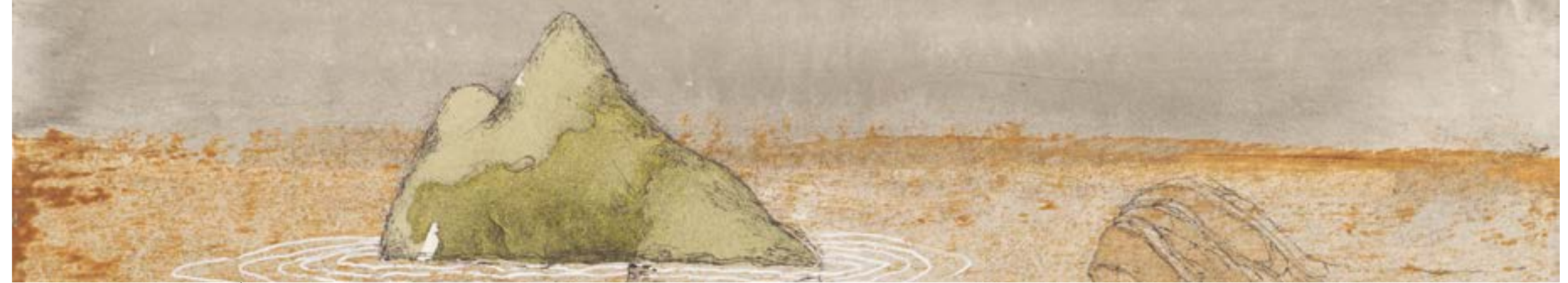
Carlos Álvarez

Nacido en Navaleno (Soria), en 1957, Carlos Álvarez se crio en León y lleva afincado en Gran Canaria desde 1984.

Periodista y editor, ha destacado también como guionista de audiovisuales de no ficción, así como de las películas *Mararía* y *Ciudadano Negrín*, esta última, además, codirigida por él.

Su carrera literaria ha oscilado entre la novela histórica, género en el cual ha firmado dos títulos hoy de culto (*La pluma del arcángel*, que obtuvo el Premio Benito Pérez Armas 1998, y *La Señora, Beatriz de Bobadilla, Señora de Gomera y Fierro*) y la narrativa negrocriminal, en cuyo cultivo fue uno de los pioneros en Canarias, con el libro de cuentos *Negra hora menos* (Premio de Narrativa Santa Cruz de Tenerife). Su novela negra más reciente es *Si le digo le engaño*.

«Un pícnic en Los Nidillos» transcurre en la zona de Puerto-Canteras. Así se denomina habitualmente al istmo que llega hasta La Isleta desde la desembocadura del barranco de Guanarteme y el barrio de Arenales. Con dos playas principales que se dan la espalda (Las Canteras y Alcaravaneras) y diversos barrios populares de orientación obrera y marinera, sufrió grandes transformaciones a partir del desarrollo de las instalaciones portuarias a partir del siglo XX. El cuento de Álvarez recorre los lugares más emblemáticos del istmo a partir de una extraña historia de amor y desamor en una época de prejuicios y de violencia.



Fue recibir la carta de su novio y Carmita empezó un sinvivir. Unas semanas después, el 12 de septiembre de 1938, el Puerto de la Luz hacía honor a su nombre. El sol de las primeras horas de la mañana iluminaba todas las tonalidades del verdor atlántico y el perfil ocre de las desnudas cumbres de la isla. Ni una sola nube manchaba el azul intenso. Carmita, María del Carmen Pulido Almeida de nombre completo, esperaba inquieta en el puerto la llegada de su novio. Tenía dieciséis años pero todo el mundo le echaba al menos diecinueve o veinte; estaba muy desarrollada para su edad, decían. Y exhibía, sin pretenderlo, la gracia de la primera juventud y una belleza de inquietante exotismo, larga melena negra y ensortijada, tez morena con rasgos orientales, labios carnosos y ojos azules. Sabía que llegaba herido pero ignoraba su gravedad y eso la llenaba de angustia. Caminaba haciendo tiempo de un lado al otro del Muelle Grande, que ahora también llaman del Generalísimo, como a casi todo, y disimulaba su espera entre las tartanas que aguardaban la llegada de pasajeros.

A su lado pasó, en formación, una mermada banda de cornetas y tambores y, tras ellos, unos cincuenta adolescentes, también uniformados con camisa azul, marchaban marcando el paso. Detrás, entre los que llegaban a recibir a los viajeros, que serían en su mayoría soldados licenciados o de permiso y algún viajante atrevido, tal vez acuciado por impagos, vio a los padres de su novio. Jesús Fuentes Febles, conocido por Sito cuando

marchó, regresaba a su isla convertido en don Jesús de Fuentes y Febles, Caballero Mutilado de la Guerra por la Patria y con tratamiento de usía. Eso decía el periódico que ayer informaba de su llegada. Varios gerifaltes de la Falange con su camisa azul recién planchada, corraje negro reluciente y pistolón al cinto, flanqueaban a los progenitores. Iban tan serios que parecía que los llevaban detenidos.

Cuando el *Virgilio*, el transatlántico italiano que traía de regreso a su prometido, hizo aparición doblando Las Isletas, Carmita sintió que un temblor, que era incapaz de controlar, se apoderaba de sus piernas; también le faltaba el aire y pensó que se iría al suelo si no se sentaba enseguida. El sol de frente y el trepidante baile de destellos sobre el agua de la bahía le nublaron la vista y apenas tuvo fuerzas para dar un par de pasos y apoyarse en una tartana. Despertó tumbada en el asiento del carruaje, a la sombra del toldo y al son de los *tachín-tachón* que ejecutaba la banda de cornetas y tambores y el *por dios, por la patria y el rey* que entonaban los adolescentes uniformados. Al abrir los ojos trató de incorporarse de inmediato.

–No tenga prisa, mi niña, que aún están atracando.

El buen tartanero que la atendía le ofreció solícito un vasito de latón.

–Eche un buchito, mi hija, verá como se anima.

Carmita le sonrió con infinita gratitud y al comprobar que estaba protegida de cualquier mirada, bebió el buchito de ron y un súbito rubor iluminó sus mejillas. Bajó del carruaje, pensó con acierto que nadie se había dado cuenta de su vahído y se mantuvo algo alejada, pero acechando el desembarco de los pasajeros, mientras la banda seguía con el mismo repertorio del *tachín-tachón*, ahora de *cara al sol con la camisa nueva*.

Primero desembarcó un grupo de adolescentes italianos, también uniformados pero con camisa negra, y formaron con sus compañeros isleños y el brazo en alto un pasillo de honor; pasillo que recorrió, tumbado en la camilla –y con el brazo en alto–, don Jesús de Fuentes y Febles, Caballero Mutilado de la Guerra por la Patria con tratamiento de usía, antes conocido como Sito o Sito el de Fefa. Lo acomodaron junto a sus padres en una tartana engalanada con la antigua bandera de España y en otra subieron los gerifaltes de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, que Carmita, como otros muchos, ni sabía lo que significaban aquellas JONS,

pero eran los que mandaban ahora y eso sí lo sabían todos. Y tras ellos, a paso ligero, la banda de cornetas y tambores, y los adolescentes canarios e italianos en perfecta formación, marcando el paso y sin dejar de cantar, les acompañarían hasta las mismas puertas del hospital San José, al pie de la playa de Las Canteras.

Carmita quedó atrás; ahora caminaba tranquila, los nervios habían desaparecido y sentía algo parecido a la paz que sucede al despertar de una horrible pesadilla. Su Sito se veía bien, aunque más flaco, tenía los dos brazos y bajo la sábana que lo cubría se notaba que también tenía las dos piernas, aunque le había parecido que las tenía como entablilladas. Caminó hacia el hospital ajena a los silbidos, evitando las miradas de lujuria y las obscenidades que escuchaba avergonzada. Pensó que los padres de su novio se demorarían en el encuentro y sin prisa alguna se dirigió hacia La Puntilla; por la playa llegaría al hospital. De paso se acercaría a su antiguo barrio; ahora vivía en el otro extremo de Las Canteras, en Guanarteme, detrás de la Cícer, la fábrica de la luz, donde a su padre, por influencia de un primo, cura de Teror, le habían vuelto a dar trabajo. Tenía curiosidad por ver qué pondrían en el Teatro de los Hermanos Millares.

Allí habían visto *La Pimpinela Escarlata*, la última película que vieron juntos. Les gustó mucho y se rieron porque el malo se parecía a Sito. Iban al cine de tapadillo, nadie sabía que eran novios. Se encontraban dentro de la sala y él se sentaba a su lado cuando las luces se apagaban y daba comienzo la proyección. Después se iban a escondidas hasta El Confital. Carmita era hija única y huérfana de madre. Entonces aún vivía en La Isleta, en La Puntilla, cerca del Teatro de los Hermanos Millares, detrás de la pestilente factoría Escobio, de donde acababan de despedir a su padre; él tuvo suerte y solo se quedó sin trabajo, a otros compañeros del sindicato se los llevaron presos en un barco que iba a Vigo, el *Dómine*, y aún no se sabía de ellos.

Sito también vivía en La Isleta, pero en la otra punta de La Carretera, en la calle Andamana, al pie del Puerto, sobre la tienda de cambullón, taberna y almacén de vinos que regentaban sus padres y con el que surtían a vecinos, consignatarias y algunos barcos por su cuenta. Sito vivía con sus padres, sus dos hermanos mayores hacía años que estaban en Venezuela y su hermana, la más chica, se había casado con uno de Gáldar que tenía una tienda de aceite y vinagre y les compraba allí el vino. Así se habían conocido. Pero él no trabajaba en la

bodega, estaba de mancebo en una farmacia de Las Palmas, junto al Puente Piedra, y después del verano se iría a Tenerife, a La Laguna. Su jefe le había conseguido trabajo en la farmacia de un primo lagunero y así podría estudiar Medicina; ya se había matriculado en la universidad para cuando comenzara el curso.

Pero al día siguiente le llegó la orden de presentarse a filas. Y al siguiente volvieron a encontrarse en el cine aunque ya habían visto la película y les llamaron la atención por su constante murmullo. Salieron a la playa antes de que terminase y, aunque Carmita trataba de resistirse, Sito se la llevó de la mano hasta la misma puerta de su casa, una de las casitas de los trabajadores de la factoría, todas de una planta, iguales, pero con algún pequeño detalle que las hacía a todas diferentes. Allí se presentó Jesús Fuentes Febles con Carmita de la mano.

–También me dicen Sito.

Y le pidió a Carmelo, el padre de Carmita, permiso para salir de novio con su hija. Y le explicó que le llevaban al frente pero que ya tenía trabajo en La Laguna y que iba a estudiar allí Medicina en cuanto aquello acabase y que en cuanto Carmita cumpliera los dieciséis se casarían.

Carmelo, sorprendido, repasó al muchacho de arriba abajo y de abajo arriba, le pareció de fiar, le estrechó la mano y dio su consentimiento.

–Trátala bien... y hasta la boda sean formales.

Carmita abrazó a su padre y le estampó un beso en la mejilla. Antes de cerrar la puerta tras de sí, Carmelo los miró y una leve sonrisa, como a traición, limpió de su cara la tristeza que arrastraba.

–Y tú no dejes que te maten.

Josefa Febles, conocida por Fefa, no reaccionó igual ni daba ningún consentimiento, aunque nadie se lo hubiera pedido.

–Con la hija de un rojo. ¿Tú quieres señalarte?

De la oposición de Fefa, Carmita terminó enterándose, primero por habladurías y después Sito no tuvo más remedio que reconocerlo en una carta. Al principio le escribía hasta tres cartas a la semana; después más espaciadas, aunque más largas. Pero en los tres últimos meses solo había recibido aquella en la que le contaba

que había sido herido, que su vida no corría peligro, pero que no podía mantener su palabra, que, aunque se le rompía el corazón, tenían que renunciar a su compromiso. *Es por tu bien. Te querré hasta que me muera, tu Sito.* Así terminaba la carta que Carmita llevaba ahora dobladita entre el sostén y su pecho, mientras hacía tiempo para entrar al hospital a ver a su novio sin cruzarse con sus padres mirando la cartelera del Teatro Hermanos Millares. Echaban *La bandera* con Jean Gabin y Annabella. Una película en honor de la Legión Extranjera y dedicada al Generalísimo FRANCO –cómo no, se dijo–, una emocionante página de la gloriosa historia, de abnegación y sacrificio de los CABALLEROS LEGIONARIOS. Como complemento se exhibirá el NOTICARIO FOX con las notas más salientes de actualidad mundial, decía el pasquín pegado debajo del afiche.

Cuando Carmita entró en la habitación un enfermero estaba poniendo a Sito una inyección en el brazo. Cuando el enfermero retiró con cuidado la jeringuilla y el Caballero Mutilado de la Guerra por la Patria con tratamiento de usía vio frente a él a Carmita, quedó como paralizado unos segundos, después se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

El enfermero, a quien Carmita reconoció como uno de los que lo habían bajado del barco, se interpuso entre ella y el Mutilado y Etcétera por la Gracia de Franco con tratamiento de usía que había ocultado la cabeza bajo la sábana y lloraba y gemía quedamente.

–Ahora tiene que descansar.

–Sito –se quejó en un murmullo, con un nudo en la garganta.

–¿Eres familiar?

Ella asintió con la cabeza.

–Una prima –mintió a punto de llorar también.

–Vuelve más tarde... o mañana.

–Vete, sí, vete... no vuelvas.

Carmita escuchó el ruego que salía de debajo de la sábana; no era una orden, era un ruego que a ella le parecía querer decir lo contrario, ven, acércate, te necesito, mientras el enfermero, con la jeringuilla aún en la

mano, le señalaba la puerta, él sí, como una orden. Aguantó las lágrimas y ya en el pasillo echó a correr y no paró hasta llegar a la orilla de la marea.

Pero volvió. Carmita volvió esa misma tarde con los ojos enrojecidos de tanto llorar. La puerta estaba abierta y Sito dormía. Sintió una mano que le atenazaba el brazo y se asustó con el enfado vehemente de aquel que más que enfermero parecía un guardián.

–¿Qué haces aquí? ¿Por qué has vuelto? ¿No le oíste decir bien claro que no quiere verte?

Pero volvió más tarde. Cuando lo vio salir y dirigirse hacia algún bar del parque Santa Catalina. Carmita se acercó a la cama con sigilo, sentía en el pecho los latidos desbocados. En contraste, la respiración de Sito era lenta y profunda. De puntillas cogió una silla con sigilo y la colocó a la cabecera de la cama para sentarse y seguir mirando la relajada cara de su novio; nada parecía perturbar su sueño. De manera inconsciente Carmita acarició la mano que descansaba sobre la sábana, la tomó entre las suyas, se inclinó sobre la cama y acercó su mejilla; después de un rato de sentir su calidez, cubrió de besos cada uno de los dedos. Con la mano de Sito en su regazo permaneció no sabría decir si varias horas o solo minutos, hasta que una curiosidad asaltó su mente y no pudo reprimir levantar la sábana y mirar debajo. El caballero mutilado y etcétera con tratamiento de usía tenía sobre los vendajes una suerte de arnés que le rodeaba las caderas y una especie de herrajes por la pierna derecha hasta la planta del pie. Tal vez le falte algún dedo, ¿qué importa?, pensó Carmita sonriendo.

Sito seguía profundamente dormido, con su mano inconsciente en el regazo de Carmita cuando apareció en la puerta la madre del herido.

–Doña Josefa... –musitó.

Y con un respingo soltó la mano de su novio y se puso en pie. Fefa, también sorprendida, quedó unos segundos con la boca abierta y sin acertar qué decir.

–No, no te levantes...

Sito seguía durmiendo plácidamente mientras ellas, alejadas de la cama, hablaban en susurros y lloraban en silencio.



–No quiere verme.

–¿Tú le quieres?

–Mucho. Pero no quiere verme...

Carmita afirmaba una y otra vez con la cabeza mientras las lágrimas le bañaban las mejillas. Fefa buscó en su bolso, sacó un pañuelo bien doblado y secó la cara de la muchacha.

–Te verá, te verá... Tú vuelve mañana, mi niña. Yo le diré que has venido y que tiene que hablar contigo. Te verá, te verá... no llores más, mi hija.

Carmita salió del hospital, si no alegre, con menos angustia que con la que había llegado y con lo que menos esperaba: una aliada, y muy eficaz como pronto comprobó, en vez de la adversaria conocida.

Desde ese día, todas las tardes Carmita acudía a visitarle y allí permanecían en silencio los dos. O los tres, cuando coincidía con doña Josefa, y siempre bajo la ceñuda vigilancia de Antón, que así se llamaba el vigilante enfermero. Pasaron días hasta que Sito comenzó a hablarle cuando estaban solos, poca cosa, preguntarle por su padre, por lo que hacía, por algún conocido... y algunas veces le pedía con lágrimas, pero poca convicción, que le olvidara, que él solo era una carga, que ya nunca podría hacerla feliz. Cuando estaba Fefa también hablaban del tiempo y de recuerdos de antes de la guerra y de la familia, de esas cosas que se hablan cuando no se quiere decir nada.

Pasaron algunos meses, la guerra acabó y el caballero mutilado y etcétera y usía volvió a casa de sus padres apoyándose en dos muletas; no había quedado bien de la cadera, decía el médico, pero pronto podría caminar con una sola muleta y con el tiempo, tal vez, con una prótesis en el zapato no le hiciera falta más que un bastón. Y unos meses después cada vez era más Sito y menos caballero mutilado con tratamiento de usía, aunque tenía que usar una muleta. Y volvieron a ir al cine y a sentarse en la playa de Las Canteras y quedar en silencio viendo la puesta de sol.

–Mi padre dice que tenemos mejores vistas del Teide que los chicharreros.

–¡Que se jodan!

Y reían los dos el viejo chiste mirando la isla de Tenerife y el majestuoso pico Teide que tenían enfrente y tras el que se ponía el sol incendiando el cielo. Carmita sintió muchas veces, no solo en la playa, hasta en el cine, que eran vigilados y, efectivamente, muchas veces Antón, el enfermero antipático, aparecía como por casualidad en cualquier sitio.

Cada vez que Carmita trataba de hablar del futuro de los dos, o de él, de su carrera de Medicina en La Laguna, Sito volvía a convertirse en el caballero mutilado y etcétera por la patria.

–¡Por dios y por todos los santos, di algo, haz algo!

Pero callaba. Quedaba mudo y la tristeza les poseía.

Tuvo que ser Fefa quien le explicara a Carmita el motivo por el que su hijo no quería casarse con ella; ni con ninguna otra, aclaró, porque querer, te quiere a ti. Doña Josefa le habló de la ráfaga de ametralladora que había herido a Sito en la cadera y el bajo vientre, por eso quedó cojo, pero no fue lo peor... lo peor es que, además... Verás mi hija... A Carmita la palabra emasculación no le decía nada, aunque le sonaba a grosería o a pecado.

–Pobre... A mí no me importa –aseguró con absoluta convicción cuando entendió su sencillo significado.

Fefa también le explicó la paga que recibiría como mutilado y que la cojera con un bastón hasta le haría más elegante y lo otro, total, así te molestará menos. Aquel día Carmita también comprobó, como intuía, que compartían la misma antipatía hacia el enfermero y supo que no era enfermero, que era capitán de Farmacia y que, desde que Sito había dejado el hospital, lo visitaba muchos días con la excusa de interesarse por su estado o ponerle una inyección para los dolores. Y que doña Josefa alguna vez los había oído discutir aunque nunca se había enterado del motivo ni Sito quería decir nada. Lo poco que sabía Fefa era que le había salvado la vida, le había dicho Sito, y eso para Fefa lo era todo, por antipático que le pareciera. Pero cada vez que los veía juntos o que él aparecía de improviso, ella notaba que algo reconcomía a su hijo.

El 18 de julio de 1939 don Jesús de Fuentes y Febles, antes conocido como Sito o Sito el de Fefa, con su uniforme de alférez, su medalla de caballero y etcétera y usía y su pistola al cinto, asistió a la misa de campaña que organizaban en el Parque San Telmo los gerifaltes de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS,

significara lo que fuera que significase. Pero tras la misa declinó su asistencia al almuerzo en el jardín Doramas con el que les obsequiaba el Cabildo a todos los caballeros mutilados y etcétera con usía y sin usía de la isla. Sito le había encargado a Carmita que preparara un pícnic que tomarían en la playa de El Confital. Aquella playa a la que escapaban cuando salían del cine. Una idea descabellada para un caballero mutilado y etcétera pero no para Sito, que decía, y era verdad, que conocía aquel camino, más bien sendero, mejor que La Carretera. Además, les acompañaría Antón y si hiciera falta podía ayudarle.

Jesús, como le llamaba Antón, aunque seguía con su uniforme y su medalla y su pistola, a juicio de Carmita aquel día era más Sito que caballero mutilado por la gracia de Franco, cómo no, y etcétera. Al pícnic que ella había preparado, Fefa añadió, por mandato de su hijo, dos botellas de vino herreño y otras dos de ron Aldea. Por el sendero que lleva de La Puntilla al Confital, pasados Los Nidillos, hay una cala escondida con una pequeña playa de arena negra que la marea baja deja al descubierto bajo el abrupto acantilado. Contra la opinión de Carmita, Sito decidió que era el mejor sitio para almorzar y la silenció con una seña de la que ella solo entendió que debía callar lo que los dos sabían, que tenían que salir de allí antes de que subiera la marea o se quedarían atrapados y a merced de un oleaje que no era precisamente tranquilo. Así que Carmita también calló cuando veía cómo Sito llenaba el vaso de Antón tantas veces como disimuladamente vaciaba el suyo en la arena. Y cuando habían vaciado ya tres botellas, de las que Antón sí había bebido su alícuota parte bien mejorada, el caballero mutilado y etcétera y usía, apoyado en su muleta, lanzó una botella vacía a la marea, sacó la pistola, disparó y la botella saltó hecha añicos y desapareció bajo el agua. Antón le cogió la pistola, lanzó otra botella vacía y vació el cargador mientras la botella seguía bailando intacta sobre las olas y se echó a reír y gritar con risotadas salvajes que parecían blasfemias.

–¡Mala puntería, sí, mala puntería! ¡Tengo muy mala puntería!

Jesús de Fuentes y Febles, caballero y etcétera y etcétera le quitó la pistola y volvió a cargarla mientras Antón seguía riendo y bebiendo a morro de la botella de Aldea en la que Sito había echado algo que Carmita no pudo ver bien. Antón reía y reía y riendo se tumbó en la arena; los tres se tumbaron al sol y no habían pasado cinco

minutos cuando Antón roncaba a pleno pulmón. Sito ayudó a Carmita a recoger el escaso menaje del almuerzo. Carmita miraba a Sito preocupada.

–Déjalo que duerma la mona –sentenció sin admitir réplica y encaminó a Carmita con la mirada.

Y salieron de la playa tranquilamente; la marea llevaba un rato subiendo y comenzaba a cubrir la salida de la cala hacia el sendero. Cuando llegaron a lo alto del acantilado bajo el que se encuentra la playa de arena negra, Sito se sentó en una roca desde la que podía ver a Antón dormido.

–Vete a casa.

–¿Qué vas a hacer Sito? Ese tonto va a ahogarse si no le avisas ya.

Y Sito arrancó a hablar. Contó con detalle cómo había perdido lo suyo. Pero antes, cómo había conocido al capitán de Farmacia que ahora dormía allí abajo; habló de cosas de la guerra..., y de cosas de hombres en la guerra... y que hay cosas que un hombre en la guerra..., pues bueno, es la guerra, pero solo por eso, porque es la guerra... Cosas de hombres sí, pero en la guerra... Y cómo cuando le había dicho que se iba a casar en el primer permiso que tuviera y que no pensaba volver a verle... Mientras tanto la marea seguía subiendo y Antón seguía dormido aunque el agua ya comenzaba a mojarle las piernas.

–¿No lo entiendes? Él fue quien me disparó aquí. Él fue quien me desgració. ¡Él!

Antón despertó, le vieron ponerse en pie y tambaleándose mirar aturdido a todos lados y, cuando levantó la vista y los vio, quiso gritar pero una ola lo revolcó y lo llevó marea adentro; trataba de sacar la cabeza fuera del agua y agitaba los brazos buscando dónde asirse pero la siguiente ola lo estampó contra las rocas y dejó su cuerpo exánime sobre la arena negra de la playa justo el tiempo que tardó otra en llevárselo desmadejado mar adentro.

–Pero... ¿por qué lo hizo?

–Por celos. Por celos. ¿No lo entiendes?

Las Palmas de Gran Canaria
Por el barrio de Arenales



Salvarse del maremoto

Emilio González Déniz

Emilio González Déniz

Nacido en Gran Canaria, en 1951, Emilio González Déniz ha cultivado diversos géneros y disciplinas, desde la crónica periodística a la literatura infantil, pasando por el teatro y el ensayo. Sin embargo, es, eminentemente, novelista.

Entre su abundante producción cabe destacar novelas como *El llano amarillo*, *Sáhara*, *La mitad de un credo*, *El rey perdido*, *Bolero para una mujer*, *Hotel Madrid*, *Tríptico de fuego* y *Bastardos de Bardinia*, que le han hecho merecedor de premios literarios como el Pérez Galdós o el Ángel Guerra. Su novela más reciente es *El reloj de Clío*, publicada en 2020.

Su trayectoria fue reconocida por el Cabildo de Gran Canaria en 2019 con la concesión del Can de Plata de las Artes.

En «Salvarse del maremoto», González Déniz lleva al lector al centro de la ciudad y al barrio de Arenales, que tan bien conoce y donde se sitúa la acción de novelas suyas como *El obelisco*. Con un encanto peculiar, este barrio fue creciendo y desarrollándose a lo largo del siglo XIX entre la antigua muralla de la ciudad y la zona portuaria. Acabaría albergando algunos de los más importantes edificios institucionales y la colonia británica que se fue instalando en la capital en los albores de la industria turística elegiría ubicarse en sus inmediaciones. De cara al mar, de espaldas a la Ciudad Alta, sería, probablemente, uno de los primeros distritos en desaparecer si llegase el temido maremoto.



Si les digo que mi abuela Genoveva sabía el día y la hora en que iba a morir, seguro que no me creen. Yo tampoco acabo de creerlo, pero el caso es que, casualidad, intuición o vaya usted a saber, ella me dijo el mismo día de su muerte, pletórica de salud, que ya estaba cansada de vivir y que había decidido morirse.

De Cuba trajo el bisabuelo, su padre, una cierta fortuna, que le permitió hacerse con una estimable extensión de tierra de cultivo en el centro de la isla. Como un personaje de García Márquez, el bisabuelo fue uno de los pocos indios que podríamos considerar ricos, porque la finca producía, tenía jornaleros y hasta un caballo para recorrerla, aunque el tamaño del terreno no necesitaba caballería, pero el animal daba prestigio a sus paseos – vestido con guayabera– y valía también como fuerza de carga cuando era necesario. Hasta sabía trillar.

A la bisabuela, su esposa, todo le parecía bien, menos una cosa: la gente con cierta fortuna debe tener casa en la ciudad. Así estuvo años, hasta que convenció al marido de que una casa grande en la zona de Fincas Unidas, en pleno barrio de Arenales, era suficiente para mantener el prestigio de dos casas, una en el campo y otra en la capital. La casa urbana era enorme, y la bisabuela se hacía acompañar por una joven del campo a la que enseñaba a pulir la plata y a sacar brillo a los barnices. Muy dada a las historias y quién sabe si a la fantasía, solía contar que aquella casa tenía varios siglos y que fue una de las que se salvó del maremoto de 1755. Estas

certezas de la bisabuela eran todas muy discutibles, porque probablemente en el año del maremoto no había una sola casa en la zona que luego fue arenal (o lo fue siempre, que con su imaginación desbocada nada hay seguro). Entonces hubo un enorme terremoto cerca de Lisboa, que destruyó gran parte de la capital portuguesa y levantó una ola que arrasó grandes extensiones de costa en Huelva, Cádiz, Marruecos y todavía conservó fuerza para llegar a Canarias. Dicen ahora que esa gran ola fue la que trajo la arena de las Dunas de Maspalomas, y cuando tocó la costa de la capital barrió especialmente la llanura litoral que hoy llaman zona de Arenales, quién sabe si porque también trajo esas extensiones de arena en el mismo viaje que las Dunas.

Cuando los bisabuelos fallecieron, las tierras se repartieron entre varios hermanos, y la casa de la ciudad correspondió a la abuela Genoveva, casada con un tal Julio Valdés, que poco caso le hacía. Como se dedicaba a comprar y vender ganado, siempre llevó a la mesa un plato de comida, pero escasa compañía, porque nunca estaba. Tuvieron varios hijos e hijas, entre ellas mi madre, y tuve el privilegio de ser el primer nieto y por lo tanto el preferido. Así pasaron años, décadas, mi abuela en su casona de Finca Unidas y mi abuelo de feriante de rebaños de cabras y ovejas, reses y hasta burros, que entonces también tenían su mercado. Poco a poco la casa se fue quedando sola porque hijo o hija casada, casa apartada, y la abuela Genoveva se entretenía leyendo y preparando dulces para cuando aparecieran sus nietos. No era una gran cocinera, pero sí que tenía un toque especial para la repostería.

Cuando supo que yo escribía novelas, quiso leerlas en manuscrito. Mientras vivió, el primer ejemplar de cada libro que publicaba era para ella, que me colmaba de parabienes y me comparaba con un colombiano que pronto recibiría el Premio Nobel. ¡Uf! Menudo disgusto se llevó cuando se lo dieron, aunque era uno de sus novelistas preferidos, pero con el que me había puesto en competición. Como el colombiano no era su nieto, siempre perdía en las comparaciones conmigo, y hubo un momento en que noté que, cuanto mejor escribía el caribeño, más mala cara se le ponía a mi abuela Genoveva.

Y le concedieron el Nobel a mi competidor en su particular escalafón. Si llega a poseer un bombardero, aquel día mi abuela habría bombardeado Estocolmo.

–¿Pero esos suecos están tontos? ¿Quién es ese tipo comparado contigo? Vamos a tener que hacer algo, esto no puede quedarse así.

–No se puede hacer nada, y el ganador es un gran novelista. Tú misma has sido siempre una de sus más fervientes lectoras. Te ciega el cariño, abuela.

A partir de aquel episodio, nunca más le llevé un libro del colombiano, porque para ella el universo literario se reducía a dos escritores, y a uno le habían dado un premio que se merecía su nieto, no él.

Un día, siempre muchos años después, como en la novela del de Aracataca, mi abuela Genoveva debió de cansarse de vivir. Me dijo entonces que ya había estado demasiado tiempo en este mundo, que sus hijos e hijas estaban todos encaminados y que a Julio Valdés no le era imprescindible, aunque sí necesaria. Ya ni siquiera le interesaban los clásicos que yo le suministraba; me confesó que *Orgullo y prejuicio*, la novela de Jane Austen que le llevé la vez anterior, ni siquiera la había abierto. Era una mala señal. Debía ser así por razones ajenas al libro, porque yo le procuraba ediciones con letra grande, y hasta le compré un atril para que no se cansara con el peso de aquellos enormes volúmenes que eran de su gusto.

–Muchacho, creo que ha llegado la hora de morirme, aquí no pinto nada y tampoco me interesa lo que hay por ahí.

–Algo te interesará, abuela...

–No; ya me sé las historias de todo el mundo, siempre son las mismas, he visto todas las películas y he leído todos los libros.

–Ni en cien vidas se podrían leer todos los libros y ver todas las películas.

–Que no, chico, que ya todo esto me aburre y me voy a morir.

–Pero vamos a ver, abuela, ¿te encuentras mal, te duele algo? Tal vez solo estés algo deprimida.

–No me vengas con cuentos, estoy muy bien de salud, duermo de un tirón y no tengo depresión ni esas tonterías que se han inventado ahora los psicólogos.

–Entonces, no veo por qué dices esas cosas; además uno no decide morirse, salvo que piense en suicidarse.

–¿Suicidarme? ¡Válgame Dios, jamás se me ocurriría, es pecado mortal! No voy a suicidarme, simplemente voy a morirme, lo he decidido. En cuanto vaya al notario y cambie algunas cosas en mi testamento, me muero. Es que no quiero estar aquí cuando llegue el siguiente maremoto (no sé por qué ahora lo llaman *tsunami*, si de toda la vida de Dios se ha llamado maremoto).

–Es lo mismo, pero en japonés.

–Pues que los japoneses lo llamen *tsunami*, pero no nosotros.

–Abuela, estás hablando de un hecho que probablemente no suceda, al menos en un tiempo que podamos vislumbrar, y tú lo tratas como si fuera a pasar la semana que viene.

–Pasará, y pronto, pero antes yo me habré muerto.

No pude sacarle de la cabeza que los *tsunamis* son imprevisibles, como dependen de los terremotos, la ciencia carece de medios para predecir siquiera por aproximación un movimiento sísmico de gran envergadura. Estaba empeñada en que el maremoto de 1755 llegó justo hasta donde hoy está el frontis de su casa, y que el siguiente sería más fuerte.

–No quiero estar aquí cuando venga el mar a llevarse mi casa.

No le hice mucho caso a aquellas palabras, pensé que era otra de las historias de la abuela Genoveva, porque una conversación así no puede ser tomada en serio. Cuando era niño, ella me leyó la vida de San Martín de Porres y algunos otros santos milagrerros, y estos siempre conocían el día de su muerte, pero no porque lo hubieran decidido, sino porque les había sido revelado. Lo de mi abuela era una matraquilla de vieja, nada más.

Una semana después de haber tenido esta conversación, mi abuela Genoveva me pidió que la acompañase al notario, un viejo conocido que la recibió en cuanto ella lo llamó. La esperé fuera, porque no quería romper su intimidad, y salió muy satisfecha, sonriente y casi diría que festiva.

–¡Ya está hecho! He modificado mi testamento.

Yo pensaba que habría hecho alguna mejora a alguno de sus hijos, o dispuesto detalles sobre sus exequias o sobre el número de misas que habría que encargarle, pero me quedé de piedra cuando me dijo:



–Como tú eres la única persona que sabe utilizarla, he dispuesto que la máquina de coser Naumann sea para ti. Y te la llevas a tu casa, que está en la parte alta de la ciudad, porque no quiero que se la lleve el maremoto cuando arrase la casona de Arenales.

–¿Y para eso has cambiado el testamento?

–Claro, es importante.

–Ya, abuela, si es importante para ti, también lo es para mí. Gracias.

–De gracias nada, no heredas un regalo, sino una responsabilidad, esa máquina es de la familia desde hace cien años, cuando la compró mi bisabuelo en Alemania.

Llevé a la abuela a su casa y me invitó a comer. El tema de la sobremesa fue, cómo no, la legendaria máquina de coser alemana que me correspondería como legado y de la que me convertía en custodio. Y sí que era una responsabilidad. La abuela Genoveva me había enseñado a manejarla y podía hacer algunos puntos con discreción, coger unos bajos o cualquier tarea menor, pero desde luego no dominaba la máquina con la destreza que ella exhibía. La máquina estaba como nueva, resplandeciente, no habían pasado por ella los cien años que tenía ni los miles de cosidos que se deslizaron bajo su pisante.

Mi abuelo, como siempre, estaba fuera, o llegaba tarde, o cualquier cosa, el caso es que raramente se sentaba a comer en la mesa con mi abuela. Me fui a media tarde y antes de que cayera la noche me llamaron para decirme que había muerto. Al principio pensé que se trataba de una broma pesada organizada por ella misma. Pero no, era verdad, había muerto poco después de que yo me fuera. Como estaba sola y sentada en un sillón de mimbre con las manos cruzadas sobre el regazo, el forense certificó la causa última y común del final de todo ser humano: se le había parado el corazón, sin más explicaciones médicas. A nadie se lo dije, porque nadie iba a creer que mi abuela decidió el día y la hora en que detendría su corazón. Todo lo hizo con una naturalidad pasmosa, y tengo que confesar que ni yo mismo me tomé en serio su empeño en salvarse ella y salvar la máquina de coser de la furia del maremoto. Trato de cumplir su última voluntad, y cuido con mimo la vieja máquina de

coser alemana Naumann, para evitar que se la lleve el nuevo maremoto. ¿Que el maremoto es muy improbable? Puede ser; tampoco parecía creíble que mi abuela acertara el día y la hora de su muerte. Por si acaso, guardo la Naumann en un lugar muy alto, lejos del barrio de Arenales y del mar.

Las Palmas de Gran Canaria

De Vegueta a Triana



Yo era la niña más alegre del mundo

Paula I. Nogales Romero

Paula I. Nogales Romero

Nació en 1966 en Las Palmas de Gran Canaria, es filóloga y profesora de secundaria. Perteneciente a la denominada «Última generación del milenio» de la poesía canaria, ha desarrollado una notable actividad poética, con libros como *Recintos*, *Saludos de Alicia*, *Manzanas son de Tántalo*, *Esta falacia que se desangra impune*, *Vicios ocultos* o *De la traición como arte*, además de figurar en diversas antologías nacionales e internacionales.

Como narradora ha publicado dos libros de relatos, *Zapping. Cuentos* y *Sociedad anónima*, ambos premiados, con un accésit al Premio Ciudad de Santa Cruz de Tenerife y con el Primer Premio de Cuentos del Ateneo de La Laguna, respectivamente.

Su libro más reciente es *Excusatio non petita. Poemas y otras pruebas inculporias*.

«Yo era la niña más alegre del mundo» transcurre en el barrio de Vegueta en el que ella se crio, y es la visión de una niña cuyos ojos se abren al mundo en el barrio colombino, donde se sitúan el monte fundacional de la ciudad y los edificios que albergaron a sus primeras autoridades civiles y eclesiásticas. Ahí se desarrolla esta historia, entre las bellas plazas del entorno de la catedral de Santa Ana y las callejas con encanto donde también puede habitar el miedo.



Para Vicky

De pequeña yo era la niña más alegre del mundo, y la más payasa. Pero también era la más medrosa. Digamos que tenía también una gran capacidad para afrentar a mis hermanas, mayores que yo, quienes ya rozaban o entraban de lleno en la pubertad, y me miraban con auténtico desprecio y vergüenza ajena, mientras yo, ignorante de tales sentimientos, imitaba frente a las visitas a Lola Flores, a Dolores Vargas la Terremoto, a cualquier folklórica desmelenada, y de ahí, ya, poseída, a los animales más extravagantes, saltando simiesca o arrastrándome por el suelo, mientras lanzaba sonidos guturales o relinchos (pasión era lo que sentía por los caballos, desde antes casi de saber andar, aunque hubieron de pasar muchos años, siendo yo niña de ciudad, antes de ver un caballo real, y más años aún antes de acariciar siquiera su hocico lleno de moscas), ante la indiferencia de mi padre y la sonrisa boba de aprobación de mi madre (las visitas eran educadas: no decían nada del *show*, e intentaban seguir sus conversaciones de mayores, sentadas en sus butaquitas de escay); dicha capacidad, como digo, no hizo sino aumentar con los años y hacerme ganadora de bromas y pequeñas crueldades sororales, como el juego de

la lavadora, en que me metían en una caja de cartón y me centrifugaban ratito más, ratito menos, o cuando me encerraban en el armario, a ver cuánto aguantaba sin llorar de angustia en la oscuridad, o cuando me negaban mi correspondiente barrita de chocolate Tirma, que por mis febles medios no podía alcanzar del tremendo y anticuado armario-despensa de la cocina, si previamente no les prometía besar el dedo gordo del pie (esa era la especialidad de una), lo cual yo rechazaba indignada, o cuando me dejaban fuera de casa, y cerraban la puerta con dos vueltas de llave, y prometían no abrirme hasta que dijera bien en alto, como en la película de Peter Pan, “soy un bacalao” (yo imaginaba que ser una bacalao era algo terrible, monstruoso, lo peor del mundo, porque desconocía el significado de la palabra, pero oía sus risas detrás de la puerta, mientras intentaba no llorar en el último escalón de aquella vieja, vieja, casa de Vegueta, ruinoso, decadente, incómoda, edificada a principios del siglo XX, y comprada hace ahora casi un siglo por mi abuelo y una de mis tías abuelas, justo la que no se casó y no tuvo que rendir cuentas de menguadas herencias a ningún hombre).

Así que yo era alegre, inapropiada y muy temerosa. Mis temores irracionales de aquellos años de mi primera infancia no tenían nada que ver con los que me acucian ahora que sobrepaso la cincuentena. Básicamente tenía miedo a la oscuridad y a los monstruos, al imaginario terrible de la catolicidad que se desplegaba en los martirologios de niños muy pequeños sometidos a atrocidades, y mujeres vejadas y desmembradas, para satisfacer caprichos absurdos de hombres poderosos y frustrados, ofreciendo sus órganos en bandejas, como terribles viandas, a un monstruoso caníbal de mil cabezas (no han cambiado tanto las cosas, aunque no hablemos ahora de reyes bárbaros ni de emperadores romanos); la religiosidad lúgubre del Niño Santo amarillento que intentaba no mirar cada vez que mi madre nos llevaba a misa a la iglesia de Santo Domingo, o a rezar la Salve, después de comprar el cordoncillo que te protege de los catarros el día de San Blas, y que debía quemarse sin falta el Miércoles de Ceniza, porque una de mis hermanas me había dicho, muy bajito, que esa talla era un niño de verdad momificado que habían encerrado en urna de cristal y oro, y le habían clavado en la cerviz una cruz, detrás de la cabeza, para dolor eterno, porque se había portado mal. También tenía miedo a la cabeza del Cristo llagado con corona de espinas que dejaban rastro de gotas de sangre, pintado con esmero por algún artesano

anónimo de principios del XIX, y a su boca entreabierta, mostrando pequeños dientes y un poco de lengua, que parecía iba a empezar a hablar, cabeza asimismo en una urna de cristal, con peana y rematada en una cruz, que había en la habitación de mi tía Juanita, donde estaba el piano traído desde Boston a finales del XIX por el “abuelo Pedro” (cuando aún los ancestros de mi familia extensa vivían, todos juntos, cerca de la ermita de San Nicolás), y donde mis hermanas estudiaban música, a despecho de los soliloquios y gritos de la mujer sin edad ni juicio postrada en cama y su eterno olor a orines; los cortinajes color rojo obispo, los cuadros religiosos oscurecidos por el tiempo, los estigmas, los ojos en blanco, sic transit gloria mundi, in ictu oculi; tampoco es que me volviera loca el paso de Semana Santa del Cristo yacente, nocturno, también en enorme caja de cristal, para que pudieran ser admiradas todas sus heridas bien abiertas, su macabro realismo, el olor a cera y a muerte de los cirios y de las flores y el barniz del sepulcro de madera noble y dorada, obra de Manuel Ponce de León, con las tristísimas figuras barrocas acompañantes del sepelio, de Luján Pérez (cuatro angelitos tiene mi ataúd, cuatro evangelistas lloran mi martirio); o el obispo momificado expuesto (sí, exacto: en otra urna de cristal) en una capilla de la Catedral de Santa Ana, con aquellos pies pequeñines y sus manitas como cuero cruzadas sobre el regazo, tremenda la mitra y los ropajes ajados (¿lo vestirán, lo cambiarán, seguirá encogiéndose?). Era una niña medrosa que, sin embargo, no temía sucesos reales, como que entraran extraños o ladrones en casa por la azotea, lo cual era relativamente fácil, y supe después que era una idea que mortificaba a mis hermanas mayores; de hecho, estando nosotras en casa, se coló más de una vez algún raterillo a agarrar algo por la ventana que daba del corredor a las escaleras, y ya mi padre tuvo que optar por cerrar permanentemente la puerta del zaguán y sacar copias de la llave para todas, a pesar de que eso le restaba algo de poder; recuerdo también el gran alboroto del ladrón que iba saltando de casa en casa terrera por las azoteas y cómo casi, o sin el casi, lo detiene el huésped que entonces se alojaba ca’ nuestra vecina de enfrente, y sobre todo cómo lo contaba mi tía abuela Carmen, que estaba hecha para la narración oral y recogía fielmente el acervo canario (nosotras nos tronchábamos con mi tía, “cuéntalo otra vez, cuéntalo”, y ella, toda seria, te lo contaba): “Y entonces M. vio aquel hombre allí, imagínate el susto, y dice que le dijo:

–¿Eh? ¿Y usted quién es y qué está haciendo aquí en mi casa?

–No, señora: yo en realidad es que venía huyendo... –aclaraba el ladrón para tranquilizar a M., mostrar sus buenas intenciones y que lo dejaran seguir rumbo”.

No tuvo mucho éxito el pobre ladrón, porque el susodicho huésped de M. era guardia civil con pistolón. Era como un episodio de *El Fugitivo* años 70 versión barrio en Las Palmas. (Hace de esto un millón de años, pero bendita seas, tía Carmen.)

Como decía, era yo una miedica selectiva: acariciaba y abrazaba enormes perros callejeros que aún pululaban por las calles de Las Palmas de Gran Canaria, sin importarme su aspecto, ni su hambre, ni sus gruñidos, ni su olor, pero temía todo tipo de manifestaciones fantasmagóricas, al demonio que se aparecía en los espejos si te mirabas en ellos después de ponerse el sol (gracias, tía abuela Carmen, por esas historias de terror que nos contabas, tan edificantes), a las brujas que raptaban niños y niñas, a los rostros que de repente se desfiguraban en pozos de pústulas de maldad (tuve que dormir con mi madre cuando vimos en la televisión la película de *El retrato de Dorian Gray*, y me pasé vigilando toda la noche que mi madre no se hubiera metamorfoseado en monstruo, a su vez), a los chillidos de angustia y dolor, bien de la Clínica San Roque, cercana (chillidos de personas reales que te desgarraban el alma), bien de la ficción que no veía (metida en mi cuarto, en mi cama, porque era muy pequeña, la televisión encendida para los mayores en el comedor, al otro lado del pasillo), pero sí escuchaba, porque tele solo había una y no existía el mando a distancia, y si estaba alto el sonido, o de repente se subía en horrisona banda sonora, pues cabeza bajo el embozo y rezar, rezar mucho, como en un exorcismo, y mi mente organizaba orgías de horrores posiblemente mucho más espantosas que lo que cualquier guionista hubiera podido imaginar.

A esos temores irracionales, que no hicieron sino crecer hasta bien entrada mi adolescencia (e incluso más allá), pienso ahora, en la distancia, contribuyeron lógicamente varios factores: la naturaleza de la casa donde vivíamos (de prestado, sin yo saberlo), poco acogedora, con bichos y goteras; la época que nos tocó; una pizca de genética materna; los gritos de mi tía abuela, enferma de esquizofrenia y postrada en cama durante años en el piso de abajo; los silencios impuestos por la mera presencia atemorizante de mi padre, los porque sí, las

discusiones; los cuentos infantiles sangrientos sin edulcorar cuyas versiones leíamos en libros de principios del siglo XX; la catequesis y el nacionalcatolicismo que aún se extendía como una mancha de mugre por todos lados (“niña, niña, no cantes, que es Viernes Santo”, y la *Marcha Fúnebre* en todas las emisoras), y también por las calles de Vegueta y Triana; mi hábitat natural de cría en una familia con cinco hijas, dos abuelas y sin coche, sin ni siquiera una cámara de fotos, sin bicicleta alguna jamás de los jamases, consagradas a hacer los deberes, limpiar aquel mausoleo *kitsch* y a planchar calzoncillos del único varón, en pleno desarrollismo. Esa niña atesoraba las pesetillas del domingo para comprar caramelos ingleses ácidos de frutas, tan bonitos, de colores, como cristales, en la tienda-estanco de las dos señoras hermanas (pero la que mandaba era Pepita, eh: la otra solo cobraba), tiendita a la que había que acceder bajando un escalón, de tan anciano que era el inmueble (hundido bajo el nivel del asfalto, o el empedrado, según el capricho del alcalde o bien del concejal de distrito de turno), muy básico, como toda la manzana, pintada de un amarillo ocre, en la calle larga de los Reyes Católicos, que atraviesa Vegueta e iba a morir al Árbol del Responso y el Cementerio de Las Palmas, con sus bellas estatuas de la muerte. Al lado de las señoras, donde pagabas con monedas de cobre con agujero en medio, tenía su negocio un barbero, que ya hace muchas décadas que no pone las barbas de nadie a remojar. Toda la manzana se viene abajo, sin que nadie ponga remedio, después de siglos de resistencia humilde, con sus paredes abultadas de ripios primigenios, sus vanos dispersos, irregulares, incluido algún arco gótico conopial, que basta para datar el conjunto de principios del XVI, y ahí está hundiéndose en el socavón de la desidia; a una esquina de la tienda-estanco, frente a la farmacia (donde mi madre tenía cuenta abierta, y despachaban gentiles antes aún de que les entregáramos las recetas del seguro), decorada en un estilo inenarrable, también ya perdido, arte pop sesentero (un estallido de colores chillones y líneas geométricas, plástico, escay, en contraste con un fresco del indigenista Felo Monzón, extrañamente realzado con fluorescentes), se encontraba la subida a la calle López Botas, rica en edificios del XVII y XVIII, trasera del Seminario, órdenes religiosas, varios casones del Obispado, y donde mi primo y yo comprábamos maderitas, para hacer nuestros proyectos infantiles, a un carpintero que desparramaba sus herramientas y materiales en un increíble espacio de cientos de años de antigüedad. Al lado de la farmacia pop, y enfrente de la tiendita de golosinas de las dos hermanas y sus caramelos pegajosos, el que fue Colegio San

Agustín, de cambiante localización desde el siglo XVIII, y célebre por su educación liberal, donde estudiaban bachillerato estudiantes varones de “buena familia” grancanaria, como el propio Galdós o Nicolás Massieu, con una salida misteriosa a la calle perpendicular Juan E. Doreste, y que fue luego sede de la UCD en las primeras elecciones democráticas.

También, no cabe duda, contribuyó a mi carácter miedoso la costumbre de otra de mis hermanas de llevarme por el pasillo larguísimo de casa a oscuras (solo había un triste bombillo en un extremo, no le busquen la lógica, pero eso marca: ir tanteando en la oscuridad hasta encontrar el interruptor, cuando te apagaban la luz del final, era toda una experiencia) y abandonarme a mi suerte, para luego poder ejercer el papel de rescatadora y consolarme mucho, lo cual le resultaba altamente satisfactorio, pero a mí me daban taquicardias. Curiosamente, ella borró por completo este hecho de su memoria. Su afán era protegerme, y si no había de qué, creaba la ocasión.

La calle López Botas subía al remanso colonial de la plaza de Santo Domingo, y al otro cabo de la manzana hundida, la calle Doctor Chil, estrecha y repleta de tesoros arquitectónicos (no me cansaría nunca), recurrente protagonista de mis sueños, de esa Vegueta onírica, desasosegante, de la que tanto me costó salir, y donde intento volver, sin éxito y sin propósito, como en un ciego castigo ritual, trasterrada y huérfana, desandando pasos que me lleven de la mano a un origen, quizá a una revelación.

En la calle Doctor Chil, ¡tan estrecha!, antes llamada “De la Inquisición”, pavimentada de brillantes adoquines, se encontraban, hace mucho, el antiguo Seminario de Canarias, inmenso, y el Tribunal Inquisitorial; y luego, pasado Dr. Verneau, con espíritu totalmente diferente, nada menos que el Museo Canario, edificio de factura más moderna, de la segunda mitad del XIX. Con sus aceras unipersonales, sus fachadas enormes de arquitectura colonial, sus ventanas de cuarterones o guillotina, o bien escuetos balcones, y puertas enmarcados en un alfiz quebrado de cantería (dejemos la búsqueda del típico balcón techado canario para otras calles y otras latitudes), me parecía increíble que vivieran en dicha calle familias de verdad, personas de carne y hueso; lo mismo me ocurría con tantas otras del entramado antiguo del barrio, desde San Marcos a Sor Brígida Castelló, o García



Tello, pero pongo otro ejemplo: la amplia calle de los Balcones, o el lateral de la plaza Santa Ana. Cuántas veces me habré asomado como una pequeña *voyeur* a curiosear tras las rejas, o las puertas pequeñas de los portalones grandes, los patios escondidos; y sí que era cierto, como en los tiempos de las crónicas de Alonso Quesada, sí que existían humanos viviendo tras esos portalones de madera, que permanecían igual que cuando vinieron los españoles de la Conquista. Y todavía a veces hoy sueño que entro en esas casas, y hay no solo patios empedrados, con pies derechos de madera de tea de pino canario, sosteniendo balconadas internas, sino inmensos jardines ocultos, como dédalos donde perderse, algo asilvestrados, y hasta arroyuelos, rocas, y frutas silvestres; y cuadras, con caballos magníficos de crines negras, que prometen cabalgatas de libertad, y pasillos que unen por encima de las azoteas y bajo tierra los edificios, recordando las juderías; y ya dije que por donde está la iglesia “de los jesuitas”, con su fachada invasiva, la acera se estrecha y siempre obliga a uno de los viandantes a ceder el paso al otro; pero estos sueños míos tan locos tienen una base que se remonta a mis recuerdos de cuando era una niña de apenas seis o siete años e iba detrás de mis hermanas, *velis nolis*, donde quiera que ellas fueran, con sus guitarras de incipientes cantantes folk, y las claves o palos, y los ponchos, y sus movidas de vaticanos segundos y de japiflausers captadas por la red del nacionalcatolicismo en su aspecto más benigno; también más tarde, púber, como alumna fugaz que fui, hasta que no hubo más pecunio, del colegio de los jesuitas, me asistió el privilegio de poder entrar en una de las edificaciones que flanqueaban San Francisco de Borja, en una suerte de club juvenil de la castidad y exaltación de la eucaristía. Todo, en fin, eran posesiones de curas y jesuitas, propiedades de la iglesia, en aquellos años, muy descuidadas, en realidad enormes inmuebles centenarios en ruinas, auténticos peligros para quienes a ellos acudíamos, que tuve el gusto de recorrer como un ratoncillo, bien en los años 70, en tiempos de la inefable JACE (aclaro: Juventud de Acción Católica Española, el único sitio donde mi madre descansaba de nosotras, de golpe y gratis), bien en los 80, y no, no era un sueño (Terenci, no), era cierto: existía toda una red de edificios interconectados por pasadizos entre sí, tras la iglesia de portada barroca y columnas salomónicas, a derecha e izquierda, por donde corrían, con peligro, adolescentes y niñas animadas por curas sexagenarios; edificios que ahora están no solo vedados al público por la Iglesia, sino

que han hecho de su hermoso portón tachonado del siglo XVI-XVII un “*ecce homo de Borja*”, un espanto, una puerta digna del horror estético de nuevo rico o de la Almudena de Madrid. Las casas de la acera de enfrente continúan sumidas en el misterio y los anuncios de Remax.

Doctor Chil, estrecho pasadizo donde siempre me pierdo, abría el paso al comienzo de la libertad, como un toril asfixiante, un desfiladero que se derrama de pronto en el estallido de luz de la plaza de Santa Ana, igual que los libros que traían de la biblioteca pública mis hermanas (quizás más esos que los que nos compraba mi madre) eran ventanas por donde huir de nuestra realidad y vivir otras vidas y visitar otros lugares, y los leíamos en casa, las hermanas, guardando turnos, yo una más, aunque la más pequeña; la plaza Santa Ana: palmeras, geranios, medallones de cabeza de león, enorme rectángulo vallado de cantería, con sus perros ingleses de bronce adorables, que en mi lógica infantil, habían sido fabricados y colocados allí expresamente para deleite de las niñas que no podían tener perro (nunca entendí al guardia urbano que me regañó una vez por subirme a uno de ellos; quizás ya no era tan niña yo, no me acuerdo: igualmente no lo entendí), y sus mil palomas, que me empeñaba en pastorear, muy seria, con paciencia digna de mejor causa (porque todo el reino animal era, para mí, pura maravilla, y hasta a los sarantontones les hacíamos casitas de lata en la azotea, y a los caracoles que aparecían por arte de magia tras la lluvia, subiendo por las hojas de las orejas de tigre). La plaza Santa Ana era una con las campanas de la Catedral, para mí en aquellos años tan alegre por fuera como abstrusa e ininteligible por dentro, por sus manchas en las paredes, su empedrado irregular, su deficiente acústica, su rumor constante de pasos, ecos, murmullos, que me adormecían, en el banco, al lado de mi madre, hasta que de repente daba un respingo al *ite, missa est*, con la repentina potencia del enorme órgano tonante, como banda sonora digna de un *heavy Christopher Lee*. Seguía la escapada: ahí estaba Obispo Codina, con sus primeras tiendas de verdad, y la calle Muro, con su heladería valenciana y su botica antiquísima, toda de madera, la que ardió en los años 80: el humo y las cenizas llegaron hasta nuestra azotea, cruzando el Guinguada; al fondo de la calle, el Gabinete Literario, gentil y burgués a un tiempo, recortado sobre un cielo azul, con palmeras y busto de Cairasco, y mesitas con sombrillas del Hotel Madrid, donde hay gente relajada tomando un aperitivo, y ya, Triana, y la Alameda a

un lado, la puedo tocar con los dedos, mira: ahí está la parada de la Línea Dos, que nos lleva a Las Canteras, justo delante de la Iglesia de San Francisco y antiguo Convento, y más abajo el Teatro, que todavía no conozco por dentro, y la guagua Uno, y sales por fin de Vegueta, dejando atrás ese corredor exiguo y peligroso que es Doctor Chil.

(Otro recuerdo que tengo de la calle Doctor Chil es volver del colegio a mi casa y ver a una mujer sentada en una de las ventanas de aquellas casas centenarias, en camión, con la mirada ida, las piernas colgando cada vez más hacia fuera, escurriéndose, y no haber un alma a quien pedir ayuda, Vegueta solitaria de puertas adentro, y yo, niña sola al mediodía, con mi maleta, que no mochila, a la espalda, tan chica, tan ignorante, mirando a la mujer que se escurría por la ventana, no, ahora se recoge, ahora vuelve a moverse, estira los pies, no sé si se va a lanzar: es un primer piso, pero esos pisos miden más de cinco metros, y los adoquines de Doctor Chil brillan, ¿he dicho ya que son muy brillantes?, y la acera es muy estrecha –ya lo he dicho–, y si cae, no cabrá su cuerpo entero en ella, se quebrará, quizá su cabeza se rompa contra el bordillo, o su columna, no lo sé, la miro, miro alrededor, no sé si gritarle, no sé si me ve, tengo miedo, mucho miedo, pero es tarde, apenas tengo el tiempo justo para almorzar y regresar al colegio, y me tengo que ir a casa.)

O bien puedes sobrepasar la ermita de Espíritu Santo, solo abierta para las estaciones de Semana Santa, la bellísima plaza y fuente del mismo nombre, techada, cuya paloma de piedra voló (yo así lo creía), los palacios dieciochescos y del XIX de la calle Castillo, el Hospital San Martín, que era de la Beneficencia (donde yo pedía las medicinas de mis dos tías abuelas, desamparadas, me tocaba a mí ir antes de las ocho, con el resto de personas menesterosas de distintas partes de la isla), y ahora del arte (en San Martín, gritando y gimiendo, por no hacer mudanza en su costumbre, murió mi tía abuela Juana, se apagó su delirio convertido en llaga, en una cama de hierro sobre suelo de madera, en una estancia digna de novela de Baroja: no puedo ver arte en San Martín), y sigues, y llegas al Árbol Bonito, y cuando te das cuenta, ya eres libre, estás fuera; o bien te escurres por el callejón de Salsipuedes, yendo por la Iglesia de San Agustín y la Audiencia, las que cantaba José María Millares Sall en su himno “Campanas de Vegueta”, y entrando medrosa en unos callejones cada vez más estrechos y

solitarios (mirando hacia atrás si oyes pasos, porque nunca se sabe, una nunca sabe), que desembocan en la calle de la Plaza del Mercado, que en esta época (son los últimos 70, los primeros 80) se llama General Mola, hoy de nuevo Mendizábal, y está tomada por hombres borrachos de pantalones sucios que se ponen bravos, en su miseria, con las niñas, callejones acechados por jóvenes enganchados a la heroína, no es bonito, no es seguro, me da miedo (mi madre camina rápido apretando el monedero, y con la cabeza en otras preocupaciones, y yo la sigo y rezo, rezo todo el rato), o sales bajando muy rápido, por la antiquísima calle Herrería (a la izquierda está la ermita de San Antonio Abad y donde todo empezó con Juan Rejón, o donde todo acabó), detrás de la Catedral (primada de África y eternamente inacabada), a trompicones, o por la calle Armas, hacia el Guiniguada, que está siendo taponado con cemento tardofranquista, que ya no conserva sus Puentes de Piedra ni de Palo, pero sí la memoria de estos (sin embargo, mi memoria guarda una imagen imposible, una imagen de párvula, que se me quedó gracias a mi pasión por los animales: la visión de un pastor con ovejitas o baifitos en una de las márgenes, mientras ya avanzaban las excavadoras, imagen que señalo mientras me alongo, de puntillas, tan chica soy, desde la baranda de la plaza de las Ranas, donde eran famosas las “pirindolas” caídas de los grandes árboles, tal vez laureles de indias, y el edificio del Banco Hispanoamericano, que hoy es la Biblioteca Insular).

Soy una niña alegre, payasa, adoro a los animales, pero tengo un miedo horrible, que no me deja respirar por las noches: rezo cada noche para que esa oscuridad me permita ver un día más, para que el Ángel de la Muerte no se me lleve en sueños, como a la cerillera del cuento de Andersen, porque sé que las niñas también se mueren, se apagan, sin más, cuando Dios quiere, se mueren las personas, y se consumen hasta el hueso (polvo somos), y hay que rezar, rezar mucho, para estar a salvo. Rezo porque me he enterado, tremenda mi ignorancia, de que los murciélagos, que creía tramoya inventada de películas antiguas, no solo existen en realidad (me da mucho miedo el cuento de Barbazul, y en la ilustración novecentista del libro de mi abuelo, del aposento con los cadáveres de las mujeres asesinadas, salen murciélagos bien definidos con sus hocicos sanguinolentos, y yo los miro fascinada, pero me digo: “Esto no existe, es fantasía”; me dan más miedo los bichos peludos con alas que las mujeres cubiertas de sangre, colgando de garfios, explícitamente, muertas por el sádico de la barba: los terrores no atienden a la lógica; y mi madre, que está muy ocupada siempre, que no tiene lavadora, que

atiende a su madre hemipléjica, me dice: “Claro que existen los murciélagos, hija, qué bobería, si hasta aquí en Gran Canaria hay”), y me paso las noches esperando que entren hordas de murciélagos sedientos de sangre a devorarme. Soy payasa, y alegre, y a veces también molesto a mi hermana la cuarta, pero me llevan de visita al Museo Canario, subiendo la calle Doctor Chil, y voy al principio distraída, mirando unas colecciones, que en aquella época tienen, de insectos más o menos asquerosos, clavados con alfileres, y unos restos de animales marinos enormes, y un poco de aquello y de lo otro, y la cerámica aborígen, pero entonces subimos a la planta superior, y observo, con horror y fascinación a partes iguales, todas las calaveras bien ordenadas y organizadas ocupando hileras, hasta el techo, altísimo, de urnas de cristal; esqueletos completos; muchas calaveras tienen piel y pelo adheridos, y a algunas les faltan dientes, o la mandíbula inferior, y todas parece que me están mirando e intentan decirme algo en un horrible silencio, y las momias (las momias me dan menos miedo, no sé por qué, no las tengo incorporadas a mi imaginario, y están tumbadas, parecen demasiado cansadas, parecen tener frío); son las calaveras, y los esqueletos, que siempre, hasta en los dibujos en blanco y negro de Disney, han “encarnado” (qué paradoja) lo macabro; esos cráneos, los torsos, el esternón, las costillas, como jaulas de demonios que están esperando a atacarme, las largas piernas de los muertos, a mí, pobre niña ridícula, miedosa, absurda, que por supuesto no cuenta a nadie lo que piensa, lo que siente (porque sí, “ya estás con tus cosas”; no voy a molestar a nadie ni a arruinar la salida; y además sospecho que, si digo algo, las burlas serán más que los consuelos); los fémures bien ordenaditos, las explicaciones de las trepanaciones, los cráneos infantiles, más momias, más elementos funerarios, más cadáveres desnudos, un osario en perfecta alineación, el horror en un museo, me siento hasta mareada, todo tan amarillento y real que no doy crédito (pero si yo vivo en una isla donde estamos a salvo, donde no hay peligro), la muerte hecha espectáculo para ser visitada; empiezo a obsesionarme con que debajo de mi propia piel tengo un esqueleto, yo misma lo soy, y voy a terminar en una vitrina, para ser observada, quizás con ese mechón rebelde, el que siempre se me enreda, todavía pegado al cráneo, y mis dientes, que me avergüenzan, torcidos, expuestos al público, mortificándome para toda la eternidad, mientras extraños hacen burlas de mi espanto, de mi mandíbula mal colocada, ahora sujeto-esqueleto-objeto; bullen

ideas peregrinas: la comunión a los siete años, toda la catequesis embutida en apenas unos meses, el culto a la muerte, las marchas fúnebres, los silencios impuestos, en casa y en el estado; el infierno, el purgatorio, los niños mártires, todas las urnas de cristal preservando sus reliquias de dolor y muerte durante siglos como se preserva del relente la vid para que madure y dé buen vino, *sic transit gloria mundi, ubi sunt, in ictu oculi*, las confesiones infantiles para comulgar, la vergüenza, la culpa; mi casa está a solo un par de manzanas del Museo Canario, cualquier noche pueden venir a por mí, yo no sabía nada, mi imaginación se desborda, y ese secreto me corroe, cada noche, cuando ya la oscuridad reina, por favor, mamá, no me obligues a apagar la luz, por favor, tengo miedo, la oscuridad es un nido de monstruos, por favor, mira a ver si abuela todavía está viva, por favor, mamá, la luz, mira si están todas vivas.

Las Palmas de Gran Canaria
Subir a los Riscos. El risco de San Nicolás



Cicatriz

Ángeles Jurado Quintana

Ángeles Jurado Quintana

Nacida en Las Palmas de Gran Canaria, en 1971, Ángeles Jurado Quintana es periodista y escritora de ficción, especialmente dedicada a la disciplina del microrrelato.

Aunque ha trabajado y colaborado en diversos medios, escribe en la actualidad para *El País* sobre asuntos relacionados con el continente africano. Sus columnas están recogidas en volúmenes como *Síndromes de Estocolmo* y *Salvapantallas*. Asimismo, es autora de varios libros de cuentos y microrrelatos, entre los que destacan *Cambio de rumbo y otras historias pigmeas* y *Breviario de lametones, mordiscos y besos*. Ha sido, además, traducida al islandés dentro de una antología de cuentistas españolas. Su título más reciente es *Micropsias*.

«Cicatriz», una historia íntima movida por el juego con la palabra, se desarrolla principalmente en San Nicolás, uno de los barrios populares que se sitúan en los riscos del entorno del barranco de Guiniguada. San Nicolás, San José, San Juan, San Roque albergaron casi desde la fundación de la ciudad a las clases populares, incluso antes del desarrollo portuario decimonónico. Inmortalizado por los pinceles de José Jorge Oramas, el mosaico multicolor de las humildes casas risqueras se ha convertido en uno de los símbolos de la ciudad.



La palabra que me persigue desde hace tres días es “literalmente”.

La paladeo de buena mañana, en el ventanuco que da a la colorida traperera de casas irregulares de San Juan, desparramándose ladera abajo justo enfrente de mi casa. A mediodía, la lanzo como un arma arrojadiza en la cola del Mercadona que marca la frontera con Primero de Mayo, pegado al centro de salud donde el barrio parece hundir su raíz inesperada. En el atardecer, la escupo sobre un hombro al tajo relleno con cemento, tráfico y asfalto que nos separa de Vegueta, al que doy la espalda siempre que desprendo la colada seca de las liñas temblonas, mientras vigilo el nuberío que amaga con una lluvia que jamás llega. Casi de noche, la deshueso y mastico, cachito a cachito, al descender a trompicones la cuesta de la calle Álamo, casi rodando cual aulaga despeinada hasta dar con los besos en la Alameda, arrastrando de la mano a Lorenzo, de paso, conmigo.

–Eres, literalmente, el niño más terco del risco –lo amonesto entonces, gritando por dentro “cabezudos” y “arretrancos” y “singuangos” que bregan por explotarme en la boca y freno con labios y dientes, y una voluntad casi sobrehumana.

Lorenzo siempre me mira con los ojos inmensos llenos de estrellas y la boca desencajada, como si se enfrentara a una aparición divina. “Li-te-ral-mente”, balbucea sacudiendo los rizos negros. Remeda uno de esos tentetiosos

con los que jugué de niña. Y yo sé que lo repetirá, entre medroso e inflado de orgullo, en la guardería, dejando mudos de sorpresa a sus compañeritos, inmersos en la dolorosa dentición, ignorantes de las complejidades del diccionario.

Cuando bajamos, frenando a medias, saltando a medias, por esa pendiente imposible, Lorenzo muestra una tendencia reincidente a cruzarse sin querer en mi camino. Siempre acabamos tropezándonos el uno con el otro y yo le martilleo la misma letanía varias veces, ya con el horizonte entramado en piedra gris, laureles de Indias y la fachada alimonada del Hotel Madrid, con sus ventanas blancas abiertas todas, de par en par, al zureo de las tórtolas y el tintineo de las copas. Li-te-ral-men-te, canturrea él con su voz blanda, casi un suspirito aviar, antes de que ocupemos un banco. Su padre siempre llega tarde a las visitas legalmente estipuladas. Sale del Gabinete Literario con paso airoso y, al contrario de lo que la lógica dicta, se va achicando conforme se aproxima, hasta volverse casi diminuto, con voz apenas audible y aire canino, incapaz de evitar las miradas lastimeras a su última conquista furtiva, habitualmente emboscada detrás de la fuente de Cairasco. Siempre me reprocho que ya me avisó en su día: no cree en los matrimonios para toda la vida y proviene de una familia polígama. No tengo derecho a quejarme, me reconvengo, pero cada uno de estos encuentros me rompe un poquito las esquinas de la sonrisa.

Lorenzo acaba de cumplir cuatro eneros, pero ya lo sabe. Cuando descubro una palabra, no la dejo ni a sol ni a sombra durante días. Hasta me puebla los sueños. Soy incapaz de enunciar dos frases seguidas sin que se cuele, orgullosa, entre puntos, comas y paréntesis invisibles. Literalmente. Es algo que me pasa desde chica y que no sé cómo erradicar de mi lengua ni de los recovecos de la costumbre. Ya mi madre me lo recriminaba cuando tenía la edad de Lorenzo y hacía colisionar mi Nancy y mi Barbie con ferocidad mientras aullaba, a cada bing bang de pálidas extremidades de plástico, palabras como “libélula” o “mantecoso” o “golisnear” o “fierro”.

La misma escena se repetía siempre que ella tendía la colada en la azotea: mi madre estirando las sábanas perfumadas con jabón de Marsella, y yo, a su lado, masacrando a las muñecas y barbotando mi palabra del momento por lo bajo, como un mantra. Ella sacudía su modesta braga y refunfuñaba algo de la niña condenada

y de escachar cabezas mientras la trababa a la liña; una paloma lanzadera atravesaba el Guiniguada a velocidad supersónica; un “flamígero” que me salía más bravucón, más alto que el resto, rompía el silencio; un gorro de nubes empezaba a barruntarse a espaldas de San Roque y la casa de tres picos, colorada y misteriosa, parecía soplar una nueva palabra desde lejos. Apañar, verbena, dórico, metástasis. Me arrebatava la pasión, temblaba como un volcán a punto de reventar y me salían los esperridos: “¡bemba, fechillo, moribundo, alicaído, trapisonda!”.

Tendría que haber nacido, literalmente, en Triana. “Lo digo siempre: literalmente”, añadido, lapidaria, estos días, para que me escuche quien quiera hacerlo. El añadido de literalmente habita mis labios desde que me enamoriqué de la palabra, hace apenas tres días, y me la prendí a la lengua como se engancha una flor a una oreja bien dibujada, acogedora. Siempre la saco tras una pausa llena de sentimiento, como quien abre una carta de reconciliación largamente esperada. “Lo de San Nicolás fue un accidente”, preciso después. Literalmente de nuevo.

Mi madre se puso de parto a la sombra de la pared enjalbegada de blanco de la ermita. Corría una mañana de noviembre, se le reventó la bolsa en plena calle y, con la falda empapada en mi propio mar, se acuclilló a su vera mientras sujetaba la cabeza que asomaba entre sus muslos con ambas manos. Esperó en vano la llegada de una ambulancia, envuelta en un corro de viejitas que hicieron de matronas improvisadas. La que la ayudó a sacarme en dos pujidos y me colocó entre sus manos se llamaba Mela. Me bautizaron Melania por ella. Mis hermanos tuvieron peor suerte que la mía: mi madre quiso ser más tradicional con ellos, tiró de santoral y los bautizó como Egregio, Nicanor y Hermenegildo.

A Lorenzo le puse el nombre por el sol que lanza sus dardos dorados contra la piedra grisona de la catedral y arranca destellos irisados a los Riscos. Pensé en Nicolás o Martín, con esa querencia mía por los edificios antiguos y hasta cierto punto trágicos de las proximidades de mi barrio. Jorge también me vino a la boca, todavía ignoro por qué motivo. Triunfó Lorenzo porque su padre me hacía reír cuando lo pronunciaba. *Loguensó*, balbuceaba

con media lengua de trapo y los mismos ojos inmensos que el hijo, siempre llenos de nubes. Perversa, quise vengarme de sus primeras infidelidades con un trabalenguas familiar.

Mi madre nunca lo quiso. Al padre, quiero decir, porque estoy segura de que habría adorado a Lorenzo con pasión inversa a la inquina que Jacques despertaba en ella. Pero hay que precisar que era una mujer desconfiada, cerrada para dentro, como muchas mujeres del centro de la isla que nacen con un no sé qué austero y se vuelcan en sus propias profundidades desde pequeñas. Solo le brillaban los ojos cuando hablaba de los atardeceres de verano en las laderas de Tejeda, de los esqueletos negros de los almendreros, de los pies metidos en el tanque de mis abuelos. Su familia se exilió en la capital en la segunda mitad del siglo XX: se instalaron en otro risco, el de San Juan, con su cabrita, su gallo y una selva de hortalizas que se les derramaba por los confines de la azotea. Mi abuelo abrió una tiendita de aceite y vinagre en una esquina de la carretera que atraviesa la loma en zigzag. Siempre me pareció una culebra, aprisionada por las casas hasta dar en lo alto de la ladera, como rabiosa de tanta vuelta y revuelta y nudo, y de tanta casa apiñada que la ciñe y asfixia.

Mi madre acabó en San Nicolás por pura nostalgia: leyó "callejón de la acequia" en un mapa y quiso imaginar burros remontando la cuesta cargados con forraje o papas o pencas. Se soñó de nuevo con los pies metidos en el agua verdosa, las ranas embaucando a las libélulas, las cabras ramoneando entre pitas y tabaibas, el cencerreo apacible de las ovejas a ras de la hierba seca, los murciélagos danzando como marionetas en un cielo que se entinta lentamente tras un ocaso de fuego. Cuando ella llegó, recién casada, a la calle Álamo, los riscos ya estaban perdiendo su aire agrícola. Fue testigo ultrajado de cómo se despojaban de las tuneras y las lánguidas sombras de las palmeras lentamente, mientras ganaban en hormigón y aluminio lo que perdían en foresta. Se dio cuenta de que se había quedado varada en un falso campo demasiado tarde para emprender la huida y se volvió amarga, de nuevo volcada hacia dentro, dando la espalda siempre al mar y añorando el siseo de la fina culebra de piche que trepaba la cuesta de San Juan.

De adolescente, visité con frecuencia a mis abuelos en San Juan, traspuse puentes y arceles hasta El Batán y San Roque, donde también echaba raíces más familia arrastrada por el éxodo rural hasta la ciudad. Con el



tiempo, descubrí moringas por detrás del rectorado, calles que se fueron cerrando al tráfico y peatonalizando, placitas recónditas, curvas tapizadas con jacarandas, flamboyanes, eucaliptos y buganvillas. También huertos inesperados, balar de cabras, gallinas alborotadoras y palomares llenos de revuelos como de páginas de libro. Me hice a la zona y me acomodé todavía más en San Nicolás, desde donde todo podía verlo y soñarlo, aunque no sintiera el rumor de las acequias. Me dejaba vigilar por la ermita y un pasado encalado y empedrado, el colmo del encanto para quien no se rompa, literalmente, los gemelos, subiendo y bajando cuestras cada día, cargada con niños recalcitrantes, perros comidos por la prisa o bolsas a reventar con la compra. Mi madre falleció y me dejó allí. Nació Lorenzo y nada cambió. Solo la compañía de su padre, provisional como las que vinieron antes y después de él. Literalmente, duró lo que el embarazo. Cuando parí, en el Materno y por cesárea, se escapó a buscar otras caderas que lo acogieran. Quedó Lorenzo, todo ojos, piel caramelo y hoyitos por todo el cuerpo.

Me gusta pasearme por Triana cuando Lorenzo se queda con su padre. Todo parece organizado, impoluto, calmo. Nada que ver con el risco en el que me encaramo, con sus callejuelas menguantes, sus pendientes irregulares, las casas liliputienses de todas las formas y colores posibles trepando unas sobre otras en aparente desorden, las macetas de colores, los viejitos extenuados, los gatos vagabundos. Quedan cuatro drogadictos en el barrio, como sonados por los zarpazos de la vida y los estupefacientes, andando rapidito, las caras que se repiten, enflaquecidas, avejentadas, cada uno con su desgracia y su historia a cuestras.

Al pasear por Triana, no veo esa humanidad viviente, añeja, doliente. Cuando la atravieso, me gusta imaginar los días en que rotaba su centro un tranvía y los carteles que han desaparecido con el transcurrir de los años. A veces creo percibir el pulso del mar cerca, bajo una balsa inmóvil de acero, asfalto, ladrillo, tetrápodos de piedra y mucho hormigón, con la que generaciones sucesivas lo han ido tapando. Si me paro a tomar un café junto al reloj del irlandés, lo sorbo despacito mientras imagino que se rebelan mareas de aguavivas, cangrejos rojos y hasta gaviotas y que toman toda la Avenida Marítima y van devorando todos los materiales inertes, como hacen los detritívoros con la podredumbre. En silencio y obstinadamente.

Uno de esos anocheceres en que hacía tiempo, armada con un libro, por Triana, me sorprendió el cartel que anunciaba una casa en venta, a la altura de la calle Travieso. Apunté el número en una nota del móvil. Literalmente, sin aliento. La gente no parecía captar esa señal que quizás estaba destinada a mí sola, parpadeando en una ventana oscura atrapada en un marco de madera. Visité la casa y la única oficina bancaria que seguía abierta cerca del barrio y consulté a una amiga tasadora y al tipo repeinado y sonriente de una inmobiliaria. Pensé que, por fin, soltaba amarras del risco y perdía de vista mi horizonte de colinas teseladas con casas de colores, escalonándose hacia lo alto y hacia dentro de la isla.

Entonces encontré un libro con la obra de Oramas, un catálogo antiguo de una exposición en Madrid. Lo localicé por pura casualidad en una tienda de libros usados en un costado de la catedral y lo compré porque quería que, cuando nos mudáramos a ese perfecto universo que era Triana, Lorenzo recordara el risco que veíamos desde la azotea, retratado en otro siglo, con su anarquía de colores vivos, las palmeras alargadas y sus mares de plataneras a los pies.

Leí en alguna parte de Oramas inmortalizaba los paisajes que podía otear desde su habitación del hospital San Martín, donde lo recluyó la tuberculosis. Esa fue la enfermedad que terminó con la vida de sus padres y que lo mataría a los veintitrés años. La curiosidad me pudo y busqué foto suya. Son raras, pero fui a dar con una donde pude percibirlo con la cara cuadrada y limpia, los ojos fijos, la briosa mata de pelo. Me pareció estar viendo a Lorenzo dentro de dos décadas. Un Lorenzo a punto de vocalizar “literalmente” y masticar un rotulador.

Desde entonces no tengo valor para iniciar la mudanza. La jiribilla del cambio me ha desposeído. Literalmente. He borrado el número de la casa en la calle Travieso, que ya desapareció de la ventana oscura, rajada. Dejé de responder a las llamadas de la tasadora, la banquera y el estirado de la inmobiliaria.

Considero que mañana quizás paladee una nueva palabra en el ventanuco que da a la colorida traperera de casas irregulares de San Juan, desparramándose ladera abajo justo enfrente de mi casa. Hoy, durante un instante fugaz, me interesó “florilegio”, aunque reconozco que es una adquisición que cuesta colar en las conversaciones cotidianas. A falta de espacios para que medre en público, tendré que regarla y podarla a solas. A mediodía, me

la lanzaría para dentro, como una exótica arma arrojadiza, un bumerán quizás, en la cola del Mercadona. En el atardecer, desprendería la colada seca de las liñas marrones de tierra, vigilando con un ojo la calima que azafrana el horizonte y masticándola con ganas. Hoy me sorprendí sin dar la espalda a la cicatriz del barranco que nos separa de Triana, de San Juan, del Salto del Negro: quizás porque reconocí por un momento que ya no soy una cicatriz que camina y porque no me espanta ese costurón de asfalto que ahora entiendo que nos une, no nos separa. Casi de noche, medito que le podría mostrar mi nueva palabra, como un tesoro, a Lorenzo.

Ahora rodamos por la cuesta de la calle Álamo de nuevo, enganchados y apuntalándonos el uno al otro, y nos esperan la Alameda con sus laureles de Indias y su padre al final de la caída, con sus amores furtivos que ya no hieren y se sientan en el banco con Lorenzo, ofreciéndole una manzana caramelizada, aún calentita. “¡Florilegio!”, me tanteo a modo de despedida, antes de encaminarme a Santa Ana con mi libro y una ligereza nueva en los pasos. Considero que, quizás, “florilegio” no me convenga. Puede que mañana le tire los trastos a “euforia”, resuelvo.

Las Palmas de Gran Canaria

Por la Ciudad Alta y Escaleritas



Desde lo alto

Eduvigis Hernández Cabrera

Eduvigis Hernández Cabrera

Nacida en Treinta y Tres, Uruguay, en 1961, se trasladó en su infancia a Las Palmas de Gran Canaria.

Muy vinculada al mundo del arte, ha escrito numerosos textos de crítica y creación para catálogos expositivos. Sin embargo, paralelamente, ha desarrollado una interesante actividad como narradora breve.

Sus cuentos han formado parte de numerosas antologías (*Reincidencias*, *Generación XXI*, *Ínsulas encantadas*, *Rojo sobre negro*) y ha publicado los libros *Muerte natural y otros suicidios*, *Fantástica fábula*, *La lógica del rastro* y *Venerada Virginia*.

«Desde lo alto» cuenta una oscura historia de vidas truncadas que transcurre en Escaleritas, uno de los barrios de la denominada Ciudad Alta. Desarrollados a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, barrios como Escaleritas, Las Chumberas o Schamann crecieron sobre los lomos hasta entonces poco habitados del entorno del barranco de La Ballena y albergaron a las clases obreras de esta época, en bloques de protección oficial que contrastaban con zonas de enormes edificios de apartamentos y viviendas unifamiliares ocupados por las clases medias. En uno de ellos, Altavista, se desarrolla el cuento de Hernández Cabrera.



Allá abajo refulge la bahía con brillo plácido, a esta hora del mediodía en la que parece que todo se detiene, se amortiguan los sonidos y el aire circula limpio. Al menos, creo respirar con calma, los brazos apoyados en la barandilla metálica y la vista fija en la sábana plateada por la que avanza un barco enorme y tembloroso hacia el horizonte.

Desde el paseo de La Cornisa es habitual experimentar esta sensación de paréntesis, la convicción de habitar en un entorno aparte, donde se camina en soledad o en compañía –humana, animal– o se sienta uno en un banco a hilvanar sus pensamientos. Se contempla una porción de la ciudad que suscita la impresión –real o no– de organización, de limpieza.

Sé que durante la noche, y más aún cuando la luna en aumento domina el cielo negro, el abrazo o el beso se abren paso entre las parejas como respuesta natural ante el envolvente panorama. Abrazar, besar, amar... ¿dónde, cuándo, a quién, otra vez? Ella no está, se encuentra lejos, quizá. ¿En qué lugar se encuentra?

Avanzo unos pasos, también lo hace mi sombra. La residencia con nombre de trasatlántico, sin duda de lujo, para morir en paz, me hace pensar que la suya también lo será. Su padre no podría permitirse menos.

La devoción que sentía por ella tenía que demostrarla en cualquier oportunidad que se le presentara, así que le daba todo aquello que sabía que yo no podía ofrecerle.

Era una competición desigual, pero la gracia residía en que ella valoraba más mi amor que sus presentes, así que al final no tuvo otro remedio que aceptarme.

A medida que camino la perspectiva gira unos grados, la visión en herradura me muestra el puerto más bajo y cerrado, engañosamente cercano. El otro, aunque pretende hacerlo con disimulo, acorta la distancia y me mira, no logra evitar hacerlo. Hasta diría que percibo su respiración, cada vez más agitada por el ascenso. No sabría decir si es gordo o flaco, alto o bajo, ya que más que verlo lo intuyo. Sé que está, como la primera vez que noté que me seguía, pero soy incapaz de describirlo.

Las canchas y el terrero del López Socas permanecen extrañamente vacías, tendidas al sol, con apariencia inmutable, como si nadie las utilizara desde hace mucho tiempo. Pienso que es el aire engañoso que desprenden los lugares donde suele haber bullicio al quedar desocupados.

Por las tardes oíamos la gritería de los chicos que aprendían a jugar al fútbol. Esa bulla que se prolongaba en ocasiones hasta el anochecer no nos molestaba, al contrario, nos infundía una curiosa sensación de alegría, como si nos avivara de repente.

Regar el jardín, tomar café bajo los árboles, ponerle la comida al gato... Quehaceres cotidianos cuya relevancia consistía en que los hacíamos juntos, en el hecho de compartirlos. Ella solía sonreír mientras se acariciaba el vientre. Ella sonreía casi siempre.

Acaba la cuesta y mi seguidor cruza hacia el parque, supongo que para simular que se dirige al mercado, como haría cualquier vecino de la zona en sábado.

Los jugadores de cartas también se hallan ausentes en este día que se me antoja inmóvil, en el que los ruidos parecen atenuados por una envoltura de corcho. Entonces los veíamos a menudo, cuando salíamos a caminar, concentrados alrededor de la mesa, nunca en silencio, comentando las jugadas y otros asuntos. Los llamábamos "los antiguos colombófilos" y esto nos divertía.

Rebautizar los lugares y a las personas que por ellos se movían constituía otro guiño habitual entre nosotros. Así, no voy ahora por la calle de Juan Ramón sino por el paseo de las pelotas perdidas, las que quedan atrapadas entre las cercas de alambre que marcan los límites del aire. Las frustraciones del frontenis, solíamos decir.

Sé que hoy no llegaré hasta el nuevo mirador, que no debo rendir otra vez un tributo a mi cobardía de estos meses evitando el encuentro con la casa. Me aproximo al tramo decisivo y ya puedo intuir que el rastreador no ha desatendido ninguno de mis pasos.

Seguro que lo contrató el viejo, aunque no imagino para qué exactamente. ¿Para vigilarme, amedrentarme, molestarme? Para todo eso o para algo más..., no dejarme vivir tranquilo, quizá a modo de recordatorio o de castigo. Cualquiera sabe qué ideas retorcidas alumbraba su cabeza. Él desconoce que desde hace tiempo estoy en mi "noche oscura" particular, como diría Juan de la Cruz, aunque sin alma, porque si alguna vez la tuve se fue con ella.

El viejo nos regaló la casa, cómo no. Jardín, dos plantas y semisótano con garaje y bodega, en estilo neocanario, grato a la vista, en blanco y madera, flanqueada por mangos y limeros, protegida por una tapia con verjas que abarca dos calles formando esquina. Desde la azotea se ve el mar y hasta allí subíamos con frecuencia en busca de sol. Nos resultaba muy agradable habitar en lo alto de la ciudad, en un barrio apacible, aireado y con abundantes parques.

Reconozco que después de dar tumbos entre amores ligeros y olvidables, frené en seco al conocerla, ya que, sin buscarla, se me impuso la necesidad de establecerme, de vivir en un espacio al que pudiera considerar realmente un hogar.

Era una vida nueva, buena. Íbamos a ser tan felices... Solo deseaba su tacto, su olor.

Al enterarse de que estaba embarazada su padre ejerció de afable suegro y me ofreció un despacho en su empresa, la poderosa F & M de construcción y promoción que estaba –y está– acaparando terrenos en las zonas de Alcaravaneras, Guanarteme y Las Canteras. Fui nombrado jefe de contabilidad. Ocupación próspera y segura,

según sus palabras. Ejercí el cargo apenas durante tres meses. Cuando ocurrió el incidente se terminaron los privilegios.

Todo acabó para mí, es cierto. Ahora atiendo a las ofertas de empleo, vivo en la parte baja de la Avenida, en un piso de dos habitaciones que heredé de mis padres, y por primera vez estoy solo. Pasé de la zona de los poetas a la de los cronistas, en claro descenso hacia la nada.

La casa permanece cerrada y en silencio. Al menos, no está en venta y parece que así tuviera permiso para contemplarla durante largo rato.

Este tipo no puede ser un detective, porque si así fuera pertenecería al grupo de los mediocres. Va acercándose cada vez más, hasta el punto de que lo distingo de reojo, mirando hacia el lateral de la vivienda, como si le interesaran las sombras que las ramas proyectan en la pared.

El balcón de la segunda planta es el de nuestro dormitorio. Desde allí, algunas noches, veíamos a los gatos ir de jardín en jardín, camelando los celos y arriesgando la vida al cruzar de una vereda a otra. A veces, las cucarachas, soberanas de la oscuridad, que diría ella, les servían de distracción en su trayecto. Permanecíamos callados. Nunca vi la luna llena tan grande y cargada de misterio como en aquellas veladas.

Ninguna vez en mi vida anterior me fijé en esos detalles, hoy tampoco lo hago.

¿Por qué se le ocurriría al viejo celebrar aquí una fiesta? Con gente importante, claro. Para festejar que iba a ser abuelo, aparentemente. Para regodearse por haber cerrado algún negocio redondo, seguro.

Ella estaba luminosa, pero se fue apagando a medida que avanzaban las horas, yo no sabía por qué. Se dirigía a la escalera para traer un vino especial de la bodega, me ofrecí a acompañarla. Fue cuando lo dijo.

Creyó que le prestaba demasiada atención a una de las invitadas. Se equivocaba, se equivocó. Las otras mujeres ya no eran nada para mí, únicamente siluetas que se movían alrededor. Intenté convencerla de que no era cierto, tan solo ejercía de anfitrión. No quiso escucharme. Continuó bajando los escalones. La toqué en el hombro para que se detuviese y me hiciera caso. Se zafó bruscamente, perdió el equilibrio y cayó.



Quedé paralizado, mirando hacia abajo, casi sin ver su forma desmadejada, trabada entre la puerta del garaje y el último escalón. Se apoderó de mí una sensación de aturdimiento que aún no me ha abandonado.

Fue un estúpido accidente, así lo declaró desde el principio, sin acritud ni resquemor hacia mí. Se fracturó dos costillas y se magulló un brazo, pero eso fue lo de menos.

A consecuencia de la caída perdió el hijo que esperaba y con ello la cordura. En el hospital no cesaba de repetir “era una niña”, “iba a ser una niña”. Fueron las últimas palabras que pronunció. Luego vinieron el silencio, la inacción y la locura.

Lo único que hacía era mecerse a derecha e izquierda, abrazándose primero el vientre y los pechos después.

Y cayó el telón entre nosotros. Su padre se encargó a conciencia de cerrarme cualquier vía de acceso hacia ella, de tratarme como a unapestado.

Comienza a dolerme el cuerpo, no sabría precisar dónde. Algún músculo habrá que soporte la pena y el dolor de la pérdida. Ella no está, es como si no existiera.

Me marchó, no tiene sentido permanecer más tiempo aquí, parado ante la verja. Voy por míster Blandy cargando con la losa de los recuerdos y el vacío de mi frustración cotidiana, y sin embargo, camino deprisa para alejarme cuanto antes del escenario de mi supuesto crimen.

El detective barato o posible matón de poca monta me sale al paso desde detrás de un coche, parece que quisiera hablarme. Sigo adelante, ignorando su presencia, indiferente a su voz, que inicia algún sonido articulado que no logro entender. Sí percibo su perfume, cuyo olor se parece curiosamente al mío.

No quiero que me hable, que nadie me hable, tan solo escapar de este sitio, finalizar un recorrido que tal vez no debí emprender.

Giro hacia la derecha, y para no desandar mis pasos atravieso calles quietas y soleadas, pasando por delante de casas que simulan estar abandonadas, en las que algún perro me ladra y alguien grita con estridencia.

El parásito sigue pegado a mi espalda, oigo sus pisadas a corta distancia.

Dejo atrás la Casa de la Mujer, casi me deslizo hacia abajo por la Avenida, como si una fuerza invisible me empujara para llegar pronto hasta mi portal en busca de refugio. Ignoro de qué huyo exactamente, pero me duelen la frente y la espalda y siento un peso muerto sobre los hombros, una suerte de garra que me atenaza la base del cuello.

Él me llama, me está llamando por mi nombre con un tono que me resulta conocido.

La cola de Cáritas es larga, como de costumbre. Tres individuos discuten de forma airada, se empujan, se insultan. Uno de ellos se sale de la fila y choca conmigo. Se disculpa de manera confusa.

Mi perseguidor aprovecha para tocarme por detrás. Me vuelvo con rabia y ahora lo veo claramente. Tiene aspecto de mendigo, mal vestido y sin afeitado, con mi cuerpo y mi cara como serían dentro de diez años y una expresión de cansancio perpetuo, de tristeza. Lo miro con asombro y él asiente con la cabeza como si lo comprendiera todo.

Emite un suspiro hondo y ronco. Se incorpora al final de la hilera.

Permanezco a su lado, observándolo. Soy incapaz de moverme.

El Noroeste

De Bañaderos a La Aldea de San Nicolás



Guayedra
Santiago Gil

Santiago Gil

Nacido en Guía de Gran Canaria en 1967, es periodista, poeta, novelista y narrador breve.

Desde 2004, año en el que debutó con la novela *Los años baldíos*, ha publicado una treintena de títulos, entre los que cabe destacar *El parque*, *Las derrotas cotidianas*, *Yo debería estar muerto*, *Un hombre solo y sin sombra*, *La costa de los ausentes*, *Villa Melpómene* o *El gran amor de Galdós*.

Su obra ha merecido galardones como el Premio Esperanza Espínola de Poesía o, más recientemente, el Premio Internacional de Novela Benito Pérez Galdós, por *Mediodía eterno*.

Desde Bañaderos hasta La Aldea de San Nicolás, a lo largo del litoral volcánico y agreste, en eterna contienda con un mar indomable, entre barrancos y atalayas, se distribuyen ciudades y pueblos de notable encanto. En uno de ellos transcurre «Guayedra», una historia de amores espectrales.



Los poemas son del océano. Yo solo los transcribo. Vivo hace veinte años en el Puerto de las Nieves, en Agaete, en una casa cerca del barranco, mirando hacia el pinar de Tamadaba y el acantilado de Faneque, y con el azul del Atlántico siempre en el horizonte de todas mis miradas. También escucho el mar desde la cama, por eso a veces no sé si esos poemas que escribo me los dictan las olas o los sueños.

Yo no había escrito un solo verso hasta que vine aquí por vez primera, y desde que me instalé en Gran Canaria he publicado un libro de poemas cada año. Mis libros se venden muchísimo y están traducidos a numerosos idiomas. Escribo casi siempre sobre este paisaje del norte de Gran Canaria, aunque ya sabemos que en los poemas los temas importan poco. Lo que todo el mundo resalta de mi escritura es su musicalidad, los hallazgos metafóricos inesperados y un aire de melancolía y decadencia que, paradójicamente, alienta los deseos de vivir, de amar y de creer en la felicidad como única divisa para seguir viviendo. También en la belleza. Nada tendría sentido si no atisbáramos la belleza más allá de todo lo que vemos y de todo lo que escuchamos cuando nos acercamos a las orillas o a las calles.

Escribo en español, pero soy australiano. Me sucede como le pasó a Conrad, a Nabokov o a Joseph Brodsky, pero en mi caso, ya lo contaré luego, este cambio del idioma se debe a algo que no me he atrevido a contar

a nadie hasta ahora. Este cuento será una confesión que posiblemente termine con mi fama, mi cordura y mi respeto literario. Acabo de cumplir cincuenta años y llevo desde los treinta viviendo en esta costa del norte de Gran Canaria. Llegué como quien persigue una llamada divina. Era representante de una conocida marca de vinos de Rioja en Australia y estaba en Madrid cuando una noche decidí subir a un avión junto a una mujer que acababa de conocer en un bar antiguo y muy sucio de Lavapiés. Ella estudiaba Farmacia y me contaba todo el rato que echaba de menos este paisaje de Agaete que yo veo ahora mientras escribo. Me hablaba de las rocas, de la arena negra, de los atardeceres con el Teide y la isla de Tenerife al final del horizonte, y de una magia que hacía que estuviera siempre en Madrid escuchando el rumor de las olas de esta costa, que creo que conozco mejor que nadie. Con dos o tres vinos le propuse ir al aeropuerto y subir en el primer avión que saliera para Gran Canaria. Salimos a las doce de la noche y llegamos al Puerto de las Nieves al amanecer, después de alquilar un coche en el aeropuerto de Gran Canaria. En el avión seguimos bebiendo y fumando, y comenzamos a besarnos como dos recién casados. No lo noté el primer día, pero mi vida, mi pensamiento y mi forma de sentir cambiaron por completo desde que llegamos a un lugar llamado Bañaderos. Todo esto lo escribo ahora porque sé lo que me pasa desde ese lugar hasta la punta de La Aldea, justo donde se dibujan los contornos de la cola de dragón, más allá de las playas de Faneroque, del Risco y de Las Arenas, y por supuesto más allá de Guayedra, la playa en la que hicimos el amor antes del amanecer aquella mañana de hace veinte años. Ya no salí nunca más de esta isla. No la he abandonado ni siquiera para presentar los libros o recoger los muchos premios que me han concedido. Todos hablan de mi humildad y de mi desapego de la gloria literaria, pero no me voy porque tengo miedo de no volver a escribir un solo verso.

Aquella mañana, cuando ella dormía en la orilla, yo tracé en la arena de la playa el primer poema, y además en español, que escribía en mi vida. Aquella mujer regresó a Madrid al día siguiente porque tenía un examen importante. Nunca más regresó. Los primeros días, cuando daba detalles de su apariencia física y su nombre, todos me miraban como si fuera un loco. Nadie la conocía. Solo una mujer de más de ochenta años me dijo que

sabía quién era. Me recomendó que no volviera a pronunciar su nombre y que la olvidara para siempre. Aquella mujer que amé se había suicidado cincuenta años antes en la misma playa en la que yo recorrí su cuerpo.

Aquel suceso me dejó muy trastornado y cambié por completo mi vida. Dejé la representación de vinos y no regresé nunca más a Australia. Alquilé esta casa, que luego me enteré que fue la misma en la que vivió aquella veraneante alemana que se escapó una madrugada a Guayedra para dejarse hundir entre sus aguas, y aquí veo pasar los días de una existencia que a veces siento que no me pertenece. La señora me dijo que aquella mujer tendría entonces dieciocho años y que sus padres, que habían encontrado aquí el paraíso que llevaban buscando por todo el planeta, se fueron para siempre. Ella la recordaba porque siempre iba a comprar a la pequeña tienda de comestibles que regentaba casi a la orilla de la playa. Ahora esa playa está escondida en medio de un muelle horrendo que le robó el horizonte. Todo eso lo viví cuando acababa de llegar, esa obra monstruosa que querían repetir con otro muelle más grande que, por suerte, logramos detener los vecinos hace justo un año. El resto del paisaje de esta costa está igual que como lo vieron los conquistadores castellanos y que como lo habitaban los antiguos canarios, un paisaje de ensueño, mágico, que se adentra en tu alma desde que lo ves por vez primera.

Fui durante muchas noches a Guayedra siguiendo el rastro del fantasma que había conocido en Lavapiés. Ella fue la que me trajo hasta esta orilla y es aquí donde único sé que podré escribir poemas. Como el nadador de un relato de John Cheever, cada día nado mar adentro reconociendo el contorno de estas costas desde el mismo horizonte que miro insistentemente cuando me asomo a la ventana de mi casa; pero también subo a la guagua y me acerco a cualquier otra parte de esta costa, me adentro en el océano y nado entre peces luminosos, lejos de las rocas que rompen contra los acantilados, o entre toninas y delfines que se pierden en la lejanía cuando trato de nadar junto a ellos.

En Bañaderos me hice muy amigo de un hombre al que llamaban Sandokán, como el personaje de Salgari. Conocía como nadie las mareas desde el faro de Sardina hasta Las Canteras. Me dibujaba los contornos de todas las ondas que se iban formando en el mar cuando parecía que estaba quieto, y me enseñó a dejarme llevar por la corriente o hacia qué dirección tenía que nadar cuando esas corrientes variaban de repente o se juntaban

entre ellas formando remolinos o grandes olas. También aprendí mucho con los pescadores de la zona de Roque Prieto, hombres curtidos que pescaban con grandes cañas alongándose a los acantilados, o con los surfers del Agujero y, por supuesto, con los pescadores de Agaete. Todos ellos me ofrecieron una mirada distinta de esta costa tan enigmática y tan desconocida por lo inaccesible de muchas de sus calas y sus charcas cuando baja la marea. Sí hay piscinas naturales que se convierten en remansos para el alma cuando uno flota en ellas escuchando el rumor incesante del océano detrás de los muretes desgastados de piedra o respirando el yodo marino, ese olor a algas, a marisco y mar adentro que te despabila cuando el viento lo acerca a tu cara o te eriza la piel cuando estás desnudo y acabas de salir del agua.

Me gusta nadar durante horas y salir del agua en algunas de las muchas playas escondidas de arena negra que se forman debajo de los acantilados. También me detengo durante mucho rato descubriendo formas en las rocas cuando baja la marea o siguiendo el rastro de los cangrejos milenarios que viven en las entrañas de toda esa lava que un día enrojeció el mar como lo hacen a veces los atardeceres. No creo que haya lugar en el planeta con unos atardeceres como los que yo he podido ver todos estos años desde la ventana de mi casa, o cuando subo a cualquiera de las montañas para que no se me escape ni un solo detalle de toda esa fiesta de colores que regala el cielo cada tarde. Viviría solo para ver el ocaso cada día desde estas costas, pero al principio de este cuento les conté que era poeta y que guardaba un secreto que hasta hoy no me he atrevido a confesar en ninguna parte. Tampoco lo sabrá nadie hasta que muera. Guardaré este cuento en una caja fuerte del banco y ordenaré al notario con el que preparé mi testamento que lo dé a conocer entonces. Por tanto, ahora que me leen yo ya estoy muerto. Todo lo que tengo lo he destinado a una mujer y al cuidado de los perros que estén conmigo cuando muera, y con el resto del dinero quiero promover becas de ayuda a la creación para que vengan poetas de todo el mundo a vivir en estas costas del norte de Gran Canaria. Quizá a ellos también les sigan dictando los mismos versos. Yo solo copio. Bajo a la orilla a escuchar el mar de madrugada y transcribo los poemas que me dictan las olas. Cuando leo a otros poetas que también estuvieron por aquí hace años siento



que, de alguna manera, hicieron lo mismo, o eso es lo que percibo yo cuando leo a Tomás Morales, a Alonso Quesada o a Saulo Torón; pero no creo que ellos vivieran lo que yo he vivido.

Siempre pensé que aquel primer poema me lo había dictado la pasión de aquel amor que me trajo a estas costas, la de una mujer que dicen que ya no existe y que yo acaricié desde esta esquina del tiempo. Pero no fue ella. Todo el idioma que transcribo, los hallazgos poéticos, las metáforas, y también la intensidad que dicen que encuentran en mis versos me los dicta ese hombre que también habita en los fondos de este océano al que vienen a dar todos los poetas. Me lo contó una madrugada durante la primera semana que yo paseaba por la playa sin saber por qué había dejado atrás mi vida en Australia, ni de dónde venían todos esos versos que empecé escribiendo en la arena y que ahora leen en todo el planeta. Me contó su historia con esa especie de morse con el que se comunican las aguas si uno está atento. Él es el poeta, el que un día de madrugada se ahogó en la zona de Las Salinas escribiendo poemas a su amor imposible. Sus padres no le dejaban estar con aquella extranjera guapa de la que se había enamorado perdidamente. Tenía veinte años. Yo escribo ahora cada uno de sus versos. El escritor, a veces, no es más que un médium que transcribe las palabras de los muertos. Me ha dejado escribir todos estos años, pero hasta en la literatura todo tiene un precio. Ahora quiere que vaya por el mundo a buscar a su hija. Se la llevaron sus abuelos después de que su madre se suicidara en la playa de Guayedra por no poder soportar la ausencia del poeta que me ha ido regalando sus versos. En esa playa se refugió el último rey de la isla. Toda la costa norte y sus montañas y acantilados eran los lugares de culto de los antiguos canarios, los espacios en los que ellos sabían que la energía fluía de una manera diferente. Las harimaguadas y ese rey llamado Tenesor Semidán no entregaron nunca toda la parte de la costa que va desde Agaete hasta La Aldea porque era ahí donde enterraban a sus muertos para que conectaran con el otro lado del tiempo. Ellos hablaban también de la fuerza telúrica de las rocas y de los acantilados, y estoy seguro de que escuchaban poemas parecidos a los que yo ahora trazo en un idioma que nadie me enseñó antes de que los escribiera.

No he salido de la isla para buscar a su hija. Él no conoce ni sabe nada de Internet ni de las búsquedas virtuales. Rastreé todo lo que pude porque conocía el nombre de los abuelos que vivieron en esta misma casa

en la que escribo y también el nombre de aquella mujer que me amó en Madrid solo para que su novio poeta no se quedara inédito bajo las aguas del océano. Yo también, como el ahogado, pensaba en ella cada día. No había amado a más mujeres desde entonces. Casi todos los poemas los transcribo para ella, pero creo que ese juego sería imposible si yo no la hubiera amado como la amó él y si mi cuerpo no hubiera estado dentro de su cuerpo de fantasma. Ustedes pensarán que viví sin cordura, pero todo esto que les cuento es tan real como los telurismos de esta costa mágica en la que se esconde la belleza. También averigüé todo lo que pude de la vida de él. Estudiaba segundo de Medicina cuando murió. Su padre era el médico de Agaete, y el día en que lo encontraron muerto, imagino que justo a la misma hora, estaba naciendo yo en el otro lado del planeta. Creo que nunca se fue y que solo se adentró en mi cuerpo para que alguna vez viniera a estas costas a escribir sus poemas inéditos y a conocer el destino de la niña que tuvo con aquella extranjera que yo encontré en un bar de Lavapiés muchos años después de que ellos hubieran muerto.

Ella se recuesta a mi lado. Tiene mi misma edad y sus ojos son idénticos a los de su madre. De madrugada nos acercamos a la playa del Juncal o a La Caleta y entona canciones sin letras como si fuera una sirena varada en la tierra accidentalmente. Su infancia la pasó en el mar navegando en un velero con sus abuelos. Nunca fue al colegio. Cuando ellos murieron, el mismo día y al mismo tiempo, en un pequeño puerto de una isla griega, ella cumplió su promesa de empujarlos al mar sin papeleos y sin rastros de sus presencias en la Tierra. Querían regresar con su hija muerta. Ella subió a un gran crucero que estaba en esa pequeña isla y dijo que era cantante. Durante los últimos veinte años no había bajado a tierra. Cantaba cada noche con una gran orquesta para que los cruceristas enamorados danzaran en la pista de baile con sus letras improvisadas o con todas esas canciones que se entonan cuando llega la madrugada y esos enamorados quieren soñar que son eternos navegando en los océanos.

La Covid detuvo todos los cruceros y el barco en el que navegaba ella quedó fondeado en la Rada Sur del Puerto de Luz, en medio de varias plataformas petrolíferas que cuando se iluminan en la noche parecen edificios fondeados en islas que se sueñan. Siempre tuvo curiosidad por reconocer el origen de su nombre, pero sus

abuelos nunca le contaron la verdadera historia de su madre. Se la conté yo cuando la reconocí paseando desnuda por la orilla. Alguien le dijo que su nombre era el mismo que el de aquella playa rodeada de riscales y un gran acantilado que se descolgaba como un dios de piedra asomado al abismo de su reino. Guayedra entona canciones mientras yo escribo los poemas que me dicta su padre en el sonido de las olas que rompen entre las rocas de la costa. Ella reconoce en mis poemas casi todas las letras que improvisaba cuando cantaba con los ojos cerrados en los cruceros.

Medianías del Sur Entre Agüimes e Ingenio



El Guayadeque legendario

Pepa Aurora

Pepa Aurora

Nacida en Agüimes en 1946 y maestra de profesión, Pepa Aurora ha desarrollado su carrera literaria principalmente en el ámbito de la literatura infantil y juvenil, como narradora oral, cuentista y poeta.

Entre sus numerosos títulos cabe destacar *Millo tierno*, *Papá Teide*, *Cuentos de misterio*, *brujas y miedos en un país sin luz*, *La isla de las ardillas* y *Los coquitos de mi Ingenio*.

Además, ha publicado los ensayos *El lenguaje creativo en la escuela: experiencia de una maestra* y *Literatura Infantil y Juvenil en Canarias. Apuntes para la historia*. Su obra ha merecido premios como el Alhóndiga, el Chamán o el Garzón Céspedes. En 2020 fue galardonada por el Cabildo de Gran Canaria con el Can de Plata de las Artes, en reconocimiento a toda su trayectoria.

«El Guayadeque legendario» acerca al lector no solo al paisaje, sino también a la historia del barranco de Guayadeque, en cuyo entorno se localizan Agüimes e Ingenio, en el sudeste gran canario, zona de peculiar belleza que experimentó un sorprendente desarrollo social y cultural pese a sus tradicionales dificultades materiales.



Para la gente de la zona, Guayadeque es El Barranco, como un distintivo de identidad, y barranqueros sus habitantes. El Barranco es un cauce pacífico que impone silencio al agua, y encierra los sonidos del mar en las profundidades de sus cuevas para que las mareas no perturben la paz de sus tumbas.

En Guayadeque mana un extraordinario caudal, que ha dado vida durante siglos al sureste gran canario y que fluye silencioso a través de suaves nacientes y galerías. Crisol de pueblos, testigo fiel de las generaciones, sus curiosas viviendas trepadoras otean en ángulos diferentes el amurallado de piedra e invitan a pasear entre veredas húmedas y nostálgicas. El cauce de colores es eterna primavera nevada de tajinastes, almendros y margaritas, coloreada con el carmín del palo sangre y de las amapolas.

El Barranco tiene el vago olor a verano inquieto, a sudoroso balo entre dulces tabaibas siempre verdes. A mediodía se detiene el aire en halos de revuelos sobre el mar y se nos antoja que todo el cauce dormita oliendo a flores, mientras en sus laderas tiemblan vagas las sombras y cesan los sonidos bajo la infinita quietud azul. Trepando laderas asoman los frondosos palmerales y se arraciman las cuevas.

Muchas historias aún indescifrables duermen en esas cuevas. Poco sabemos todavía de aquellos primeros habitantes que ya en el siglo II nos dejaron sus difusas huellas y ocuparon lentamente las fértiles tierras de

sus orillas. Por ahora son solo espectros que llenan de fantasía las mentes soñadoras. Las primeras referencias históricas comienzan en 1414, cuando llegó a los oídos del joven Guanarteme de Tamarant, Artemi Semidán, que grandes veleros intentaban entrar por el sureste en las playas de Agüimes, con la intención de invadir la isla.

–¡Unámonos de nuevo! –fue su llamada, y cinco mil canarios armados bajaron desde las cumbres para encontrarse a orillas de El Barranco.

Artemi, comandando a sus guerreros, derrota estrepitosamente, por segunda vez, a las tropas de Jean de Bethencourt. Pero queda gravemente herido y muere días después. ¡Cuántos lamentos flotando en las laderas!

Cuenta la voz popular que Atindamana, la reina madre, acompañada de otras mujeres, embalsamaron los cuerpos de sus hijos y los colocaron en la cueva funeraria. Después sellaron la entrada para que descansaran eternamente en El Barranco de los luchadores.

A partir de esa batalla ganada, llegó el tiempo de los sobresaltos, luchas, valor sometido, forzado mestizaje, y finalizando el siglo xv, acabada la conquista, el sureste de la isla reaparece de nuevo en la historia. Los Reyes de España, Isabel y Fernando, declaran espacio territorial especial y único a los núcleos poblacionales del sureste, que se extendían desde el castillo de Gando, en Telde, hasta Balos, en Tirajana, además de los abandonados terrenos de costa, que fueron aprovechados para la siembra y el ganado. Se funda el Señorío Episcopal de Agüimes y se dona a Fray Miguel López de la Serna, obispo de la Gran Canaria e Rubicón.

Guayadeque, la gran mina del sureste, se convierte entonces en el protagonista de las trifulcas, odios, penalidades y egoísmos por la propiedad de sus aguas, en una dura etapa. El Barranco no guarda tesoros ocultos, solo el silencio de la historia en sus murallones de piedras.

Al margen de la historia, la vida se abre paso entre pequeños resplandores de luz y en sus orillas nacieron los primeros rayos de esperanza. El primero fue en 1666, cuando nació en Ingenio, pago de Agüimes, en el seno de una familia descendiente de conquistadores y religiosos, un niño llamado Antonio.

Su familia lo llamó cariñosamente Antón y, gracias a la educación que recibió, siempre tenía el ánimo alegre y dispuesto a colaborar en el trabajo diario. Aprendió muy pronto la crueldad de las leyes, que le arrebataron, por

no sé qué extraño tributo de sangre, a su mejor amigo, el cual fue obligado a viajar con su familia a Las Indias. Y desde entonces solo tuvo una idea:

–¡Quiero viajar al Nuevo Mundo! –repetía una y otra vez. Y ya no hubo forma de contrariarlo.

–Eres un chico muy afortunado –le dijo su abuela–. Puedes elegir entre hacerte cura o soldado, y lo más conveniente para tus deseos es que te hagas misionero.

Y eso hizo. Desde ese momento comenzó a frecuentar el convento dominico de la Villa para adquirir los conocimientos que lo llevarían a convertirse en un futuro hombre de la iglesia, sin abandonar las prácticas deportivas como garrotero y luchador. Una vez acabada la preparación inicial en Agüimes, fue al seminario de la orden de Santo Domingo en la isla de Madeira para hacerse sacerdote misionero. Después volvió a su tierra para celebrar su primera misa en Agüimes con los suyos.

De vuelta a Gran Canaria, el barco fue atacado por los piratas berberiscos y los pasajeros vendidos como esclavos en el mercado de Mequínez.

Ocho años vivió Fray Antón como esclavo en África. Pero gracias a sus dotes negociadoras y a su preparación, se convirtió en un valioso luchador de garrote, hasta el punto de compartir las ganancias de las apuestas con sus amos y conseguir el dinero suficiente para comprar su libertad.

Volvió a su pueblo diez años después de haber salido y, al fin, pudo cantar misa en su villa de Agüimes, acompañado de familiares y amigos.

–¡Quiero irme para las Indias cuanto antes! –dijo, como una petición, a los superiores de su orden, pero le fueron negados los permisos. Entonces adujo que deseaba pedir limosnas en el Nuevo Mundo para redimir a unos familiares cautivos en Argel y cambió su hábito por el de los Mercedarios de la Redención de Cautivos.

Y como no hubo forma de comprobar sus afirmaciones, le concedieron el permiso y pudo viajar a Las Indias.

Su rocambolesco viaje por Panamá, Guatemala y México es largo y penoso, aunque, una vez en la ciudad de los aztecas, comenzó a acumular limosnas y amasó una fortuna tan grande que incluso le atemorizaba. Decidió

entonces volver a su tierra y gastarla con su gente. Pero no pudo cumplir su deseo, pues murió a consecuencias de unas fiebres el 29 de mayo de 1713 en Sinagua, distrito de Guacana, en México.

Después de un largo proceso de la familia reclamando la herencia, llegó al pueblo un tercio de la fortuna acumulada. La llegada de esa primera herencia india provocó un gran revuelo. Y debió de animar, años después, el imparable sueño migratorio del sureste.

Otro rayo de esperanza se vio en 1718, cuando los habitantes de Agüimes se negaron a aceptar la subasta pública de las tierras de costa, que ellos habían roturado y trabajado, y la Audiencia concede el título de propiedad al sargento Amoreto, que ya era dueño de otros terrenos desde Aldea Blanca hasta Arguineguín. Los vecinos se amotinaron en defensa de la tierra y el Guayadeque vuelve a sentir en sus orillas los fragores de las luchas entre políticos y medianeros.

El motín de Agüimes marca un hito importantísimo en la defensa de los derechos a la tierra. El proceso fue largo y culminó con el enfrentamiento del pueblo contra las tropas de los coroneles de Telde, Las Palmas y La Laguna. Por fin el 13 de abril de 1733 se libera a los prisioneros y las tierras pasan al dominio de los vecinos.

Belicosos y temidos, los habitantes del sureste vuelven a sublevarse en 1823 contra los impuestos abusivos y su disconformidad con la ordenación constitucional del territorio de Telde. Los habitantes de las dos orillas de Guayadeque, Ingenio, Carrizal y Agüimes, sufrieron de nuevo una larga tensión que acabó con un condenado a muerte y muchos prisioneros.

Después hubo una lenta calma entre una y otra orilla. Vivieron epidemias de fiebre amarilla y cólera, más sequía, hambre y miserias, pero los sueños siguieron manifestándose con más fuerza que nunca, y las dos orillas expresaron su opinión de vivir como municipios independientes.

El Guayadeque volvió a convertirse en protagonista de litigios, heredamientos y pequeñas luchas tribales por cotas de poder. El Barranco fue el eje de la división, la linde que separaría a los dos municipios. En una margen estaban Ingenio y Carrizal con sus derechos al agua y a las tierras, y en el otro Agüimes, orgulloso del señorío que había representado, y que aún representa, con sus pagos y sus pequeños núcleos costeros.



En la primera mitad del siglo XIX, Ingenio comenzó a consolidarse como municipio libre e independiente, y Agüimes como la villa hermosa y antigua Cámara Episcopal que ha sido. Nunca han perdido el deseo de caminar juntos solidariamente y en cuanto las circunstancias lo permitieron han formado mancomunidad, incorporando, además, a las tierras de costas, que una vez roturaron y labraron, y a su municipio de Santa Lucía de Tirajana.

Las dos villas del sureste siguen cultivando su independiente personalidad y, orgullosos, funden sus raíces en el legendario Guayadeque.

Los visitantes de El Barranco no conocen su historia; todo lo más, si pasaron por su Cueva Museo, retazos de prehistoria. Y se irán en paz, satisfechos de gozar una comida relajante en el silencio de las cuevas, a veces roto por comensales que hacen preguntas al dueño del restaurante:

–¡Oiga, don Bartolo! ¿Usted ve, como veo yo, un rostro gigantesco grabado en la ladera de enfrente?

–¡Se dio cuenta, ¿eh?! Hay muchos más; algunos son recuerdos de Tibicenas que aún viven en las cuevas. Dicen que esas esculturas las hizo el último gigante que vivía en Temisas y que murió muy cerca de aquí. ¡Bueno! Seguramente a usted, señora, le parecen cosas de viejos, pero cuando uno las escucha tantas veces, pues... termina creyéndolas.

–¡No, hombre! ¿Cómo no lo voy a creer si mi abuelo también me contaba historias parecidas? Cuente, cuente, por favor.

–Mire: ¿usted ve, en lo alto de la ladera, como si un cuervo se moviera de un lugar a otro? Pues es la vieja Ana Jesús con su pañuelo negro. Está cosechando hierbas que viven en El Barranco desde tiempos inmemoriales. Es una de las pocas curanderas que nos quedan. Ella tiene un remedio para cada cosa. A veces tarda horas en llegar hasta aquí, pero yo siempre la espero, aunque sea para quejarme y recibir una palabra de consuelo. Ayer le dije: “¡Dichosa pandemia, Anita!”. Y ella me recetó unas hierbas que me sentaron muy bien. También me aconsejó que fuera a sentir el mar porque el aire fresco de la marea despeja y se duerme mucho mejor.

–¿Y a cuántos kilómetros está el mar desde aquí, don Bartolo? ¿Usted lo sabe?

–Por lo menos a veinte; pero ella no se refiere al mar de la costa, sino al que se siente y se imagina dentro de la cueva de Los Suspiros que tenemos cerca; aunque ahora no se puede entrar porque la tenemos llena de agua.

–¿Y se oye el mar desde tan lejos?

–¡Que si se oye! Ya lo creo. Y se sienten los aires de las olas que suben y bajan, y hasta el arrastre de los callaos en el fondo.

–¡Qué interesante! Resulta hasta poético. Todo ha estado perfecto, caballero: la comida, el lugar, la conversación. Es usted muy amable. Y díganos, por curiosidad: ¿este restaurante está situado en Ingenio o en Agüimes?

–¡Ay, señora! Está en El Barranco. Y los que aquí trabajamos somos, antes que nada, barranqueros.

El Sur

De la villa a la playa de Mogán



Con acento en la í

Alicia Llarena

Alicia Llarena

Nacida en Mogán, en 1964, Alicia Llarena es doctora en Filología Hispánica por la ULPGC, donde es catedrática de Literatura Hispanoamericana desde 2003. Como investigadora y crítica, destacan sus estudios sobre la poesía cubana de los años ochenta, el realismo mágico o las figuras de autoras como Pino Betancor y Mercedes Pinto. De hecho, *Yo soy la novela*, que estudia la vida y obra de esta última, obtuvo el Premio Especial de Investigación Canarias-América.

De igual modo, desde principios de los años noventa ha cultivado la creación literaria en los campos de la poesía y la narrativa breve. Como poeta, ha publicado *Vuelo libre*, *Fauna para el olvido*, *El arte de las flores secas* y *El amor ciego*. Aunque su obra narrativa no es tan extensa, ha participado en diversos volúmenes colectivos y es autora de *Impresiones de un arquero*, notable libro de relatos aparecido a principios de los años noventa.

En «Con acento en la í» cuenta una historia de amores del milenio, de lealtades y traiciones que se mueven entre los frívolos platós televisivos y los centros turísticos del sur de la isla. Epítome del turismo de sol y playa, el sur grancañario ofrece, en realidad, mucho más que hoteles con todo incluido y centros comerciales. Llarena, que conoce bien su municipio de origen, brinda en su ficción algunas pistas a quien quiera viajar un poco más allá de lo contratado con su turoperador.



Todo iba bien hasta el martes. A Cain lo conocí en *First Dates*, ese programa de solteros de la Cuatro que amenizaba mis tardes de procrastinación e indolencia, y que me hacía reír a carcajadas, hay que ver cuánto friki hay en el mundo, y que siempre, como decía mi abuela, hay un roto para un descosido. Hasta que empecé a verlo yo creía tener un conocimiento bastante amplio de la condición humana, pero qué va, ni de lejos se me hubiera ocurrido la galería de personajes tan pintorescos y movidos por intereses amorosos tan distintos, algunos tan anticuados como baúles remotísimos perdidos en el tiempo, de esos que una cree que ya no existan o se extinguieron con el último bote de brillantina, otros estafalarios, graciosos, futuristas, sumisos, jóvenes, caraduras, hombres, ingenuos, balas perdidas, tiernos, maduritos, mujeres, duros, sabiondos, intergéneros, tímidos, echados para delante o inexpertos, todos tan bien mezclados por la dirección del casting y retratados con tanta gracia por quien quiera que sea que haga el montaje.

Me aposté con mi amiga Maca que había truco, y ella que no, que no, que la gente escribe al programa y lo que ves es cierto, así que ni corta ni perezosa les puse un guasap y me registré en la página y contesté unas preguntas, y al cabo de tres meses me vi pagándole una cena a Maca y cogiendo un avión para sentarme delante de un británico que hacía un año vivía en Móstoles y quería enamorarse de una española. Una cita a ciegas en

toda regla que acepté por echarme unas risas y por aprovechar el billete a la península y las dos noches de hotel gratis.

Cain quería huir de la familia y aprender español, y acabó sirviendo copas de martes a domingo y compartiendo piso con un magrebí, un coreano y un joven aprendiz de torero recién llegado de Ecuador, y le fue bien hasta que empezó a sentirse solo y cada vez más solo, y un lunes que estaba cansando como un perro se tiró toda la tarde en el sofá y acertó a poner la Cuatro a la misma hora en que yo la estaba viendo y apostándome con Maca una cena en el mejor japonés de la ciudad, y buscó en Google hasta que dio con la página de registro y tres meses más tarde lo citaron conmigo en *First Dates*. El chico no me disgustó, tenía un buen déjame entrar y hablaba un español un poco chapurreado pero tan gracioso que la cámara no nos quitó el foco de encima, y yo me hacía la interesante y le seguía el juego y le reía las gracias y él me reía las mías porque le dije que era canaria y él siempre quiso conocer las islas, y a lo tonto a lo tonto, cuando nos preguntaron si queríamos tener una segunda cita, dijimos que sí y nos fuimos a conversar y a seguir conociéndonos a la Puerta del Sol.

¿Pero cómo te puedes llamar Caín y estar tan bueno? Esa es la pregunta que recuerdo haberle hecho más veces aquella noche, yo que casi no bebo me envalentoné y bebí cerveza y después vino y me puse pesadísima y estuve a puntito de fastidiarlo todo, pero él me decía que es Cain, Cain, sin acento, y me enseñó a pronunciarlo correctamente y es verdad que al final le cogí el punto y acabé diciéndoselo tal como suena exactamente, me gustas, Keyn, me gustas mucho, le dije. Y por cierto, que sepas que yo vine a *First Dates* por vacilar un poco y porque hice una apuesta con una amiga y en realidad no tenía intención de encontrar pareja. Y entonces Cain me tapó la boca con la suya y nos dimos un pedazo de beso y a la mañana siguiente, cuando él aún dormía y yo me preguntaba cómo había podido llegar a esto y haberme metido en la cama de un desconocido a la primera, le puse un guasap a Maca y le dije que por favor no fuera a burlarse, que ya sé que es increíble pero que al final el chico de *First Dates* resultó ser un inglés guapísimo que se llama Cain aunque se pronuncia Keyn y que me encanta y que nos fuimos de vinos y ahora estoy en el hotel y él está a punto de despertarse y que no sé si quedarme unos días en Madrid o llevármelo a la isla. ¿Qué harías tú si fueras yo, Maca, tú qué harías?

Y ella, que me conoce mejor que si me hubiera parido y que tiene ese aplomo que a mí me falta, me contestó tan tranquilamente que no me olvidara de llevarle una botella de ese vino que convierte en príncipes a los sapos y que me durmiera otro ratito que era muy temprano y no le diera la vara que aquí en Canarias es una hora menos.

Las dos semanas siguientes me recorrí todos los bares y restaurantes del sur de Gran Canaria, desde Arguineguín hasta Veneguera, buscando un trabajo para Cain. Él me decía por teléfono que igual le daba servir copas allá que aquí y que lo mismo era aprender español en la península o en la isla y que, de hecho, prefería aprenderlo en Las Palmas porque se parece más al español que hablaba con el aprendiz de torero de Ecuador, y que este le había dicho que con ese acento se entendería mejor con los latinoamericanos, que son la mayoría de los que hablan el idioma. A mí me daba igual el debate lingüístico, yo lo que quería era estar con Cain y aprovechar su entusiasmo por venir a la isla y hacerlo aterrizar en este suelo y anclarlo en alguna barra donde pudiera servir copas y ganarse un sueldo y unas buenas propinas con las que poder sobrevivir hasta que yo acabara la carrera. La bronca que todo esto me estaba costando con mis padres y la cara de Maca, que no salía de su asombro mientras me acompañaba, día tras días, por bares, pubs, hoteles, discotecas, cafeterías y restaurantes, se alivió el día que Cain llegó al aeropuerto y a las pocas horas empezó a trabajar en el Shopping Center de Puerto Rico. Para abreviar, resultó que un primo de un primo de un primo me hizo el favor y lo puso a servir copas en el Shamrock Bar, donde cada noche los turistas acostumbraban a escuchar música en vivo mientras consumían cócteles y cervezas hasta perder incluso el conocimiento. Cain estaba fascinado, como en mi casa, decía, rodeado de británicos y bebiendo Guinness para refrescarse del calorcito. Maca nos hospedó en su casa hasta que nos abrimos camino y semanas después el mismo primo del primo del primo nos alquiló un minúsculo estudio en Mogán pueblo y ahí empezó lo bueno.

Independientes, aunque escasos en recursos, Cain y yo nos las ingeniábamos para divertirnos mientras avanzábamos en intimidad y aventura. Para empezar, tuve que enseñarle la diferencia entre Las Palmas y Gran Canaria, que una cosa es la capital y otra es la isla, Cain, que sí, que se llama Las Palmas de Gran Canaria

pero esa es solo la ciudad. Y la diferencia entre Mogán pueblo y Mogán playa, que sí, Cain, que es el mismo pueblo, pero nosotros distinguimos entre los que vivimos aquí arriba y los que viven en la costa. Y a pronunciar Arguineguín, que no, Cain, que no es Argüinegüín, no ves que no lleva diéresis. Justo cuando más me carcajeaba explicándole estas coordenadas básicas de supervivencia, recibí la llamada de *First Dates* para saber qué tal nos iba, si seguíamos juntos y si les dábamos permiso para hacer público en su web el éxito de nuestra cita a ciegas.

Resulta curioso que el único extranjero en la isla no fuera Cain. Yo también me sentía forastera y a su lado aprendí a recorrer y a mirar el terruño de un modo distinto. Mientras él empezaba el turno en el Shamrock Bar, yo paseaba por el Shopping Center y sentía cierta nostalgia de lo que había sido unas décadas atrás, un centro animadísimo, con opciones de ocio de primer nivel donde la juventud del sur podía codearse de tú a tú con Europa y que hoy necesita un lavado de cara integral, se notan tanto el retroceso y la resistencia casi heroica de algunos de sus locales que no alcanzo a imaginar cómo siguen en pie. El contraste entre el Sahrrock Bar y el restaurante Mamá Pino me sacan a veces una sonrisa y hasta una idea para una futura investigación de esta curiosa coexistencia de planos cosmopolitas y locales, de Steak House y comedor de pueblo, de English Breakfast y Pinito Bar. Dicen que van a construir un nuevo Shopping Center al lado de este y que se llamará Mogan Mall, que suena más actual y tiene el glamur de lo americano, y yo siento como si enterraran la memoria de mi generación en sus nuevos cimientos o, simplemente, la dejaran morir como dejaron morir a La Bolera, en la que tantas noches fuimos felices y modernos.

Cuando Cain libra, dos días a la semana, la isla se convierte en una fiesta. Le encanta salir a conocer, tiene en los ojos dos pupilas empapadas de exotismo y cualquier cosa le parece estupenda. Yo me subo al carro de sus emociones y me parece regresar a la infancia y reencontrarme con la tierra perdida, que es algo que él no entiende, que, cuando vivimos en Las Palmas, el sur es como otra galaxia que se visita en verano y que, cuando vivimos en el sur, Las Palmas es la ciudad donde comprar los reyes y arreglar papeles. Ya lo entenderás, le digo. Hasta que empezamos a recorrer la isla solo estuvimos en Vecindario, donde Maca tiene el piso en el que se quedó a vivir después de separarse de su cubano, y dos o tres veces en la capital para ver a mis padres, hasta que



me cansé de sus tirones de oreja porque dejé la carrera de Derecho y me puse a estudiar *online* Antropología, para poder estar de antro en antro con Cain. Y vaya que no me arrepiento, ni de una cosa ni de la otra, es más, el corazón de la isla se me ha abierto como una fruta madura invitándome a indagar en su idiosincrasia con esta nueva perspectiva académica. Hay tanto que analizar que ya no me aburro, en cada cosa veo una oportunidad y una fuente increíble de conocimientos.

La primera excursión fue explorar el pueblo donde vivimos, para él una novedad y para mí el regreso al útero materno. Aquí nacieron mis bisabuelos, mis abuelos y mis padres. Y aquí nació yo también. Ni en sueños imaginé volver a vivir en Mogán después de haberme vuelto una urbanita y de que mis padres me desarraigaran mudándose a Las Palmas cuando solo tenía unos meses. Y mírame ahora, una vecina más que anda como viejita explicándole a Cain que donde hoy está esta cosa, cuando yo era chica, había esta otra, que antes corría el barranco hasta la playa, que esto era así y asao, y que la iglesia y el quiosco de la plaza siguen siendo casi los mismos, que el casco conserva todavía cierta belleza, que la hermosura del barranco por el que discurre la carretera desde los primeros barrios del pueblo hasta el cañón de Veneguera tiene algo de paisaje primordial y remoto, que cuando preguntas en los supermercados de toda la isla de dónde son estos mangos y de qué sitio los aguacates siempre te engañan diciendo que de Mogán, y yo me río sin disimulo y les digo que vaya tierra tan prodigiosa que produce más de lo que siembra. Cain todavía no distingue el sabor de los aguacates de verdad ni una manga de un mango, pero una sí, una sabe que ningunos como los del pueblo, que por algo son tan famosos y apetecidos por la gente. Cuando le digo a Cain que hasta hace poco Mogán era el fin del mundo, me mira como pensando qué exagerada. Pero es verdad, le digo, hay gente que apenas empezó a venir cuando inauguraron el último tramo de la autopista y entonces sí, una avalancha de oledores se encasquetó de repente en el Puerto de Mogán, tan bonito, oye, que al menos lo hicieron con gusto y no al tuntún ni a lo bestia como otras zonas turísticas que da pena verlas. Puestos a elegir, yo hubiera preferido que dejaran la playa como estaba, que es tanto como decir que no tocan ni un ápice de la playa de mi infancia, y me arrebaté cuando supe que los callaos iban a ser sepultados por toneladas de arena rubia, esa manía que hay ahora de construir

paraísos artificiales y escenarios caribeños en cada esquina, con sus aguas turquesas y todo, como en la playa de Amadores.

¿Tú sabes, Cain, que Mogán era uno de los pueblos más pobres del sur de esta isla y ahora es el que tiene la milla de oro? Y él se me queda mirando igual que cuando alguien te cuenta una de vaqueros o como si estuviera en frente de un replicante de *Blade Runner*. Va a ser verdad que el pasado solo le importa a quien lo pasó y que qué más da cómo era el sur antes de este sur, si lo que ahora cuenta es disfrutar de una cerveza frente a la playa de Arguineguín, o de unas papas con mojo y media de puntitas de calamar en El Boya, oyendo el sonido del agua sobre las piedras de la playa de El Pajar y mirando de reojo a esa fábrica de cemento que parece una estación espacial plantada en medio de la Bahía de Santa Águeda, o de los memorables atardeceres en Amadores, del oleaje abierto batiéndose en la arena negra de Taurito, de las buganvillas que trepan por las paredes blancas de la pequeña Venecia, de los rincones que enamoran a Cain. Llegó a la isla buscando el paraíso y se lo encontró de frente tostado por el solajero que cae sin piedad sobre el amasijo de hoteles y urbanizaciones turísticas, sus pupilas ávidas de exotismo ven alegría donde yo veía una pérdida, y bienestar y placidez donde yo solo veo avaricia. No sé si fue el amor pero la vida con Cain me hizo caer en la cuenta de un reguero de pequeños privilegios, tú no sabes lo que es bañarse en el mar todo el año, tenerlo ahí mismo al alcance de la mano, levantarse con este sol cada día, meterse en el agua y olvidarse de todo, darse un baño de naturaleza en medio metro de arena, cambiar de escenario en media hora y pasar del océano a la cumbre en lo que se hace un potaje. Olvídate del cemento, mujer, y enfócate en lo importante.

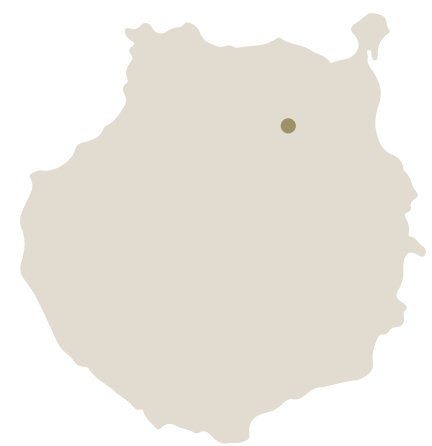
Eso hice y eso voy a seguir haciendo hasta que me muera, nunca se lo agradeceré lo bastante y quizás por eso, aunque me esté muriendo de rabia, lo ayudo a hacer la maleta y hasta lo voy a acompañar al aeropuerto. Pedazo de inútil con lo bien que estábamos, le digo mientras meto sus calzoncillos en el fondo y los calcetines bien ovillados en el interior de los zapatos. Mira que liarte con la primera alemana que te tira los tejos en el Sahnrock Bar, qué creías, que no me iba a enterar, le pregunto y le paso dobladas las camisetas. Y a lo mejor ni es la primera, que ya es lo que me faltaba por saber, ¿no es la primera, Cain? No te quedes callado. Desde

el martes se agrió la isla y el sol es un plomo pesado que cae sobre mi cabeza. Mi lengua se ha vuelto tosca y acompaño el bocadillo del desayuno con todas las palabrotas que se me ocurren, la mayoría no las entiende pero ya me da igual, que se vaya a aprender el español a otra parte. Lo miro con recelo y resentimiento, y meto el coraje en su neceser para que se lo lleve de vuelta a Móstoles, donde el aprendiz de torero ecuatoriano lo está esperando. Y no te hagas ilusiones, Caín, con acento en la í, que no quiero que vuelvas, que esto es *Last Date*.

Maca conduce más lento que de costumbre y yo estoy deseando llegar al mostrador de facturación y decirle adiós lo antes posible. No sé por qué diablos se fue por la carretera vieja en vez de coger la autopista directamente y alargar esta agonía. Caín, con acento en la í, no dice nada, va embebido en su propio silencio, solo mira por la ventanilla, repasa cada centímetro de mar y paisaje con sus pupilas cargadas de exotismo y el corazón latiendo melancolía. No sé el tiempo que hace que yo tampoco venía por este rumbo. Una carretera tan bonita, me digo, labrada en un risco de roca primitiva y centenaria al borde mismo del océano. Una belleza.

Medianías del Norte

De Teror a Valleseco



Ahí más allá

Ángel Sánchez

Ángel Sánchez

Escritor, poeta, poeta visual, antropólogo, traductor y ensayista, Ángel Sánchez (Gáldar, 1943) se formó en las universidades de La Laguna, Salamanca, Grenoble, y Göttingen, fue lector de español en la de Vicennes y se doctoró en Letras y Ciencias del Hombre por la Universidad de La Sorbonne.

Su obra refleja una enorme diversidad de intereses y conocimientos. Traductor de Trackl, Günther, Enzensberger y Jenofonte, editor de Cairasco de Figueroa y Domingo López Torres, en el ámbito creativo es autor de ocho poemarios (sin contar los dos volúmenes de su poesía reunida), y de catorce entregas de su poesía visual, disciplina de la cual es el principal exponente en nuestro ámbito. Además, ha publicado siete títulos de narrativa, entre los que destacan *La mar se mueve*, *Un beso en la nuca*, *Calibán* y *Cuchillo criollo*. En 2018, el Gobierno de Canarias le concedió el Premio Canarias de Literatura como reconocimiento a su trayectoria.

«Ahí más allá», una aparentemente inocente *Bildungsroman*, acerca al lector a las medianías del norte de la isla, donde los vestigios de la Selva de Doramas asombran al visitante, pero añade a su fiel retrato del mundo rural la peripecia de los isleños, habitantes actuales de Delacroix Island (St. Bernard Parrish, Loussiana), descendientes de emigrantes canarios que aún conservan notables rasgos de la lengua y la cultura canarias.



Nuestra historia da comienzo en un lugar de las medianías de la isla de Gran Canaria, en un pueblo llamado Villa de Moya, lugar situado en lo que en la antigüedad se llamó por su frondosa vegetación la Selva de Doramas, porque se daba por cierto que allí vivía el caudillo del mismo nombre, un valiente nativo que combatió a los conquistadores castellanos cuando invadieron el Archipiélago en el siglo xv y, según las Crónicas de la Conquista, murió defendiendo la libertad de su pueblo. En las cercanías del casco de la Villa vivía mediado el siglo xx una familia de labradores formada por Eusebio Valerón y Águeda Marrero, una familia honrada y trabajadora dedicada a las labores del campo donde cultivaban millo, papas, batatas, hortalizas y frutales, no solo para el gasto de la casa, sino para vender lo que pudieran en la recova del pueblo; puesto que de ello, así como de la leche de sus tres vacas y cuatro cabras, de los huevos que ponían sus gallinas y del queso que hacían, llevaban una vida bastante digna, bien llevados con sus vecinos y observando costumbres cristianas heredadas de sus mayores. Se habían conocido en un baile de taifas que tenía lugar cada año en el cercano pueblo de Firgas, se gustaron mutuamente mientras bailaban la polca y empezaron a salir juntos, citándose los fines de semana para pasear por la plaza de la Villa, para ir juntos al cine, a los bailes, a las giras que organizaban los vecinos, a hacerse regalos, y a comprometerse formalmente como novios, con el beneplácito de sus respectivas familias,

que veían con agrado aquella relación. Y es que él era un hombre honesto, serio y trabajador, ella una muchacha hacendosa, muy de las labores de su casa, y formaban una buena pareja. Después de seis años de noviazgo, de regalarse mutuamente prendas de adorno y de amonestarse, se casaron en la iglesia parroquial de Firgas, apadrinados por la madre del novio, doña Remedios, y el padre de la novia, un conocido estelero que arreglaba distuerzos, cerraba espaldas, volvía a colocar huesos desbolados, y que había sido un indiano regresado de Cuba con unos buenos cuartos para comprar los cachillos de tierra labrantía que estaban cerca de los suyos propios. Una vez casados, y celebrado el convite consiguiente, se habían ido a vivir a la casona de los Valerón, que él había heredado de sus padres. Una buena casa de piedra de Arucas, con puertas y ventanas de tea, techada a dos aguas con tejas, una chimenea de ladrillo coronada por una veleta con un gallo de hierro y un altillo que les servía de desván para guardar allí los trastos y cachivaches de antaño, ya en desuso.

La descendencia fueron tres hijos, un niño al que llamaron Julián, y dos niñas, la mayor llamada Herminia y la menor, Margarita. Como era la costumbre del país, fueron enseñados desde chiquititos a ser aseados, ordenados, discretos y bien hablados, a hacerse sus camas y ayudar en todo lo que pudieran en las tareas de la casa, del campo y de los animales, porque debían hacerse útiles para descargar a sus padres de tanto trabajo como hay siempre en una vida de labradores. Como era natural, recibieron los sacramentos, iban a misa los domingos, recibían su paga semanal y asistían a la escuela del pueblo, porque sus padres no los querían burritos, sino personas formadas de provecho para conseguir una vida mejor que la que ellos llevaban. Pues todos los padres desean lo mejor para sus hijos, y ellos no iban a ser una excepción. Recibían regalos de ropas, cuentos y recortables en sus cumpleaños, y los Reyes Magos de Oriente procuraban echarles lo que le pedían, y siempre ropa, pero nunca aquellas patinetas, patines de ruedas o bicicletas, como les echaban a los niños ricos de la Villa.

Poco a poco los niños se iban enterando de quiénes eran en realidad aquellos Reyes, así como las cosas elementales relativas a la vida sexual, dado que los padres no veían oportuno darles una educación sexual, salvo cuando a las niñas les venía la primera regla, o las advertencias que Eusebio le hacía a su hijo Julián para que no se la cascara, como alguna vez lo había sorprendido hacer, diciéndole que aunque era algo de

instinto natural en los varones, debía confesarse porque era pecado, y eso debilitaba el cuerpo. Así transcurría la vida de esta familia, morigerada en sus costumbres y procurando ayudar a sus familiares y vecinos cuando se trataba de una junta para coger papas, una descamisada de piñas, hacer un muro o intercambiar sus cosechas, favoreciendo a los pobres de pedir que a veces pasaban por el camino con su saco al hombro pidiendo una caridad. Porque también había desheredados de la fortuna que, sin tener mantención alguna, mendigaban de pueblo en pueblo, sobre todo hombres ya viejos, a veces con una cesta de hierbas medicinales, que venderlas era su único medio de vida, descalzitos y callosos como venían. La medicina natural era muchas veces santo remedio para sus enfermedades: poleo, yerbaluisa, cola de caballo, brujilla, alsándara o manzanilla solían ser remedios para cólicos, catarros, empachos o diarreas. Más de una vez sus padres se compadecían de aquellos pobres, les ponían en el saco un puñado de papas, un cacho de queso, unos zapatos viejos o alguna prenda de abrigo que ya no usaran, porque la compasión era una virtud que practicaban por instinto, y la caridad para con los desfavorecidos les sería premiada en el Reino de los Cielos, según predicaba en el púlpito el cura don Miguel Hernández. No quieras para los demás lo que no quieres para ti, solía decir. Y llevaba tino el consejo, porque quien comparte lo que tiene demuestra ser buena persona, y los ruines eran quienes negaban a aquellos mendigos su ayuda, metiéndose con ellos, y diciéndoles que estaban así por su mala cabeza, sin saber nada de las circunstancias personales de aquel o aquella pobre.

Pero vayamos ya a nuestra protagonista, que es Margarita, con trece años cuando comienza nuestra historia. Se trata de una niña “muy suya”, como decían sus padres: desinquieta, curiosa al máximo, preguntona, a veces hasta llegar a la indiscreción con las visitas, por lo cual se enfadaban sus padres, diciéndole que estuviese calladita, que era de mala educación hacer preguntas más allá de lo que debía, porque Dios castiga sin piedra ni palo a las niñas metomentodo. Margarita se amaguaba con estas reprimendas y se iba llorosa a su cuarto, a contarle a su muñeca Pelusilla sus desdichas, por haberse pasado una vez más de la raya de lo que le era permitido. Aunque enseguida venía su madre a consolarla con un beso y a decirle que estaba perdonada, diciéndole:

–¡Anda, Maíta, no te pongas así, que todo tiene remedio si sales y le pides perdón!

La niña se levantó, mientras la tomaba de la mano, la llevaba al salón y dirigiéndose a doña Lola Henríquez le pidió perdón por haberle preguntado por qué a su hijo se le caía la baba y apenas se entendía lo que decía. Ella, muy comprensiva, le respondió:

–Mira, niña. Es Dios quien nos da los hijos y tenemos que conformarnos con lo que nos viene. No todos tenemos la suerte de tener hijos con salud y guapos como tú y tus hermanos. Quique es un buen niño, cariñoso y le gusta jugar. Si lo conocieras mejor te darías cuenta de que la apariencia importa poco. Es un ser humano que necesita comprensión y respeto. Naturalmente, estás perdonada, pero procura comprender mejor la vida de los demás, ¿de acuerdo?

–Sí, señora, eso haré. Y dele memorias mías, por favor –respondió la chiquilla, ya más tranquila.

–Descuida, lo haré de tu parte. Y olvídate de este asunto, no te amargues la vida y sé más comprensiva.

Se despidió la señora y sus padres no le hicieron ningún reproche, aún sin comprender aquella metedura de pata de una niña a la que no le habían escuchado nunca tal tipo de pregunta.

Así y todo, tras el incidente ya contado, la innata curiosidad de Margarita no daba tregua. Pues una tarde, aprovechando que sus padres habían ido a comprar, y que sus hermanos estaban con sus amistades, tuvo otra ocurrencia; pero esta la marcaría de por vida. El desván que estaba en el altillo era un sitio que le estaba terminantemente prohibido, porque algunos peldaños de la escalerita de madera por la que se subía a él, de carcomidos que estaban, podían ser peligrosos y ceder ante su peso. Además, arriba había ratones y humedad, de modo que ni pensarlo. Pero como ya dijimos era una chiquilla extremadamente curiosa y atrevida, cualidades que la ciencia epistemológica señala como vías seguras del conocimiento profundo, y aprovechó que estaba sola en casa para emprender la aventura, pues se trataba del único lugar de la casa donde nunca había estado. Una vez frente a la puerta notó que no había candado, pestillo ni cerradura, de modo que la puerta cedió tan solo con empujarla, con un chirrido de vejez que la asustó un poco, como si fuera a entrar en un lugar con algún peligro que le diera miedo. Lo que allí encontró fue un ambiente de humedad, telarañas, pilas de sacos viejos, moho, maquinarias ferrujientas cuyo uso desconocía, muebles viejos o destartados, seguramente de sus abuelos, un

nido de ratones dentro de un colchón viejo, botes de pintura y en lo alto aquel gran tronco de pino que sostenía la techumbre. Pero enseguida le llamó la atención una especie de caja o arcón en el que esperaba encontrar algo que le interesara. Cubierto de polvo, que limpió con la manga de su pulóver, procedió a abrirlo, porque no tenía cerradura y era de muy fácil acceso. Allí encontró ropa vieja, sombreros de otro tiempo, un mantón de Manila precioso aunque algo raído, encajes de bolillos, un traje blanco que debía ser el de la boda de su madre, devocionarios para la misa, y una caja de metal con una ilustración de paisaje marino en la tapa. ¡Aquí debe de estar el tesoro!, pensó la niña. Efectivamente, al abrirlo encontró un fleje de cartas atadas con una cinta azul, y otra caja de madera que contenía fotos. Se entretuvo en leer algunas de aquellas cartas, que eran de cuando sus padres eran novios; pero también otras que tenían sellos y remites de Cuba, seguramente de sus abuelos indianos. Las que llamaron más su atención tenían un sello que decía *USA Mail*, y en el remite venían direcciones de un lugar llamado St. Bernard (Luisiana), un lugar del que ella no tenía la menor idea, porque nunca le habían hablado de que hubiera allí parientes o conocidos de su familia. Al leer alguna de ellas, reconoció apellidos que le sonaban de algo. En ellas contaban asuntos de su trabajo como agricultores, pescadores en el río Misisipi y tramperos que vendían las pieles de sus presas en Nueva Orleans, preguntando por sus familias y mandándoles recados y memorias. En la caja de las fotos las había de mucho tiempo atrás, de sus bisabuelos, abuelos, de la boda de sus padres, de cuando eran novios, y de ella misma y sus hermanos cuando eran más chicos. Pensó que normalmente esas fotos deberían estar pegadas en un álbum, como había visto en las casas de sus amigas, no comprendiendo por qué sus padres no las conservaban así, porque la costumbre era que cada familia tuviera su álbum de fotos a la vista, para enseñarlas y explicar quiénes eran los retratados. La suya con el traje de primera comunión era muy bonita, en color, y se la imaginaba con un marco sobre la cómoda; pero estaba claro que en aquella casa había tanto trabajo que sus padres nunca pensaron en tener un álbum de fotos a la vista. Sintió la niña como una conmoción anímica viendo tantos recuerdos y fue este descubrimiento el que empezaría una concatenación de hechos que van a constituir el desarrollo de nuestra historia. Cerró, pues, las cajas y el arcón, y se marchó rápidamente del desván, por temor a que llegaran sus padres y hermanos, sorprendiéndola en

algo por lo que, le constaba, le echarían un pleito de los grandes. Tenía ya en sus manos el hilo de una cometa que debía echar al vuelo, investigando qué había de todo lo encontrado en la memoria de sus padres y de sus abuelos, principalmente, porque eran los que se habían ido a Cuba desde que eran jóvenes y podrían contarle cosas de allá.

Afortunadamente, sus padres no se enteraron de la incursión en el cuarto prohibido, porque ella no dijo ni media palabra sobre el asunto. Sin embargo, como su curiosidad era imparable, sucedió otro episodio que le trajo un mal momento. Y esto sucedió un día en que su madre estaba lavando la ropa en la pileta que había en el patio, con su jabón Lagarto en la mano, restregando con fuerza las piezas. A las blancas les ponía añil para blanquearlas mejor, y luego las tendería en las liñas del patio. Margarita dejó su cuaderno de deberes y se le acercó, un poco inquieta por si la madre iba a molestarse con otra de sus impertinencias, pero se trataba de algo que debía saber cuanto antes mejor y, sentándose en uno de los escalones de piedra que estaban entre la pileta y una frondosa mata de pita sábila, le espetó:

–¡Ma! ¿Cuándo sabré si un chico me gusta? ¿Qué es lo que se siente para saberlo?

Su madre dejó de lavar, abrió los ojos como platos y le respondió:

–¡Pero muchacha! ¿A qué viene eso ahora? Tú sos todavía una niña chica y no son cosas propias de tu edad. Deja eso para cuando sea su tiempo, y vete a hacer tus deberes. Si me vuelves con ese guineo, se lo digo a tu padre y vas a saber lo que es mojo con morena... ¡Vaya con la rabuja esta, ya pensando en muchachos! ¡Venga, quíteseme delante, que tengo que hacer!

La niña hizo un mohín de disgusto, pero empeñada como estaba en saber lo que le interesaba, le respondió con evidente azoro:

–¡Perdona, ma! Por favor, no te enfades ni le digas nada a pa. Pero como cuando mojé la primera vez de sangre la braga me dijiste que ya era señorita y me explicaste bien las cosas de la vida, quería saber más. Ya no te hablaré más de esto, y perdóname mi curiosidad, porque no hago más que meter la pata. Debo ser una niña mala, ¿no?

A lo que su madre respondió para calmarla:

–No lo eres en absoluto, Maíta, sino entrometida en cosas que no son de la poca edad que tienes. Estate tranquila, no se lo diré a tu padre, pero vuelve a tus deberes, que es lo que tienes que hacer. Y déjame acabar, que tengo la comida guisándose y tengo que atender otras cosas....

Margarita se levantó, casi a punto de llorar, le dio un beso de agradecimiento y volvió a su mesita de estudio, a repasar la lección de metales y metaloides que le tocaba al día siguiente, para responder bien si la Madre profesora de Física y Química la llamaba.

No hemos dicho todavía que Margarita estudiaba tercero de Bachillerato Elemental en el colegio de las Madres Dominicanas de Arucas como alumna externa, porque también las había allí internas: niñas recogidas de algún orfanato, hijas de padres separados o que vivían muy lejos, así como también las que no tenían recursos para pagar la cuota mensual de veinticinco pesetas que cobraban las monjas a sus alumnas externas. Margarita se levantaba a las siete de la mañana, se aseaba en el cuarto de baño, vestía su uniforme con faldita de cuadros, camisa blanca con un lazo azul en el cuello, una rebeca del mismo color, zapatos negros y un gorrito con cinta morada que llevaba el nombre del colegio. Hecho esto, desayunaba leche con gofio, al que echaba unas migas de pan y queso curado, se lavaba los dientes y recibía de su madre una taleguita con un sangüis de pan de campo con conserva de membrillo y queso tierno, para que se lo comiera a media mañana en el recreo. Los días en que había clase por la tarde comía en el comedor del colegio, tres días a la semana; los otros dos días (martes y jueves) volvía en el coche de hora que la llevaba y traía a casa, siempre con su cartera de cuero que contenía los libros, cuadernos, el plumier, algunas perras que le daba su madre por si quería comprar un pirulí, una rapadura, caramelos, un puñado de pasas o chochos, que era lo que encontraba en un puesto que había frente a la verja de entrada del colegio. Las Madritas eran buenas profesoras, cada una con su carácter, porque las había amables, cariñosas y comprensivas, y otras con bastante genio, que se molestaban con los errores que ellas cometían y las dejaban penadas sin recreo, estudiando en la sala de estudios. Sus asignaturas favoritas eran Lengua y Literatura Española y Universal, Geografía e Historia, Francés y Ciencias Naturales; las que se le atravesaban eran

las Matemáticas y la Física y Química, a las que le dedicaba más tiempo, porque no quería suspender ninguna, sabiendo el sacrificio que significaba para sus padres pagar los recibos mensuales, el transporte, el uniforme, los libros, cuadernos, etc. Tenía allí buenas amigas, como eran Benedicta Pulido, Rosa María Vega y Loli Hernández, esta última interna y huérfana, a la que tenía un cariño especial, porque notaba que lo necesitaba.

Como las alumnas aprendían también a coser y bordar, a hacer de comer en la cocina del colegio, y recibían una rigurosa educación cristiana, las internas que no hacían estudios superiores solían ser colocadas como sirvientas en las casas de familias pudientes, o conseguir empleos de dependientas en comercios, de empaquetadoras en almacenes de exportación de tomates y plátanos, o conseguían un marido que las mantuviese con su trabajo. Entre las compañeras las había de ricas familias aruquenses con apellidos franceses, pero por lo general las hijas de los Marqueses de Arucas y otras de las familias ilustres de Arucas eran enviadas a colegios de monjas de la capital, porque sus padres tenían la errónea idea de que allí recibirían una educación más esmerada y conocerían a la flor y nata de las familias isleñas con las que relacionarse. En el fondo desconfiaban de que, relacionándose con niñas pobres, huérfanas, de campo y sin conocer la capital, mejorarían su futuro. No es que tuvieran prejuicios con la buena educación impartida en el colegio local, sino que, teniéndolas internas, también se las quitaban de encima y no eran testigos de sus peleas y problemas familiares, de los frecuentes adulterios de alguno de los cónyuges, y solamente volvían a casa por vacaciones, escasamente algún fin de semana.

La educación religiosa era básica en aquel colegio, asistían diariamente a la misa que daba el capellán, se sabían la misa en latín y aprendían en esta lengua, que también estudiaban como asignatura, además de aprender de memoria el padrenuestro, el avemaría, la *Salve Regina*, el *Tantum Ergo*, el *Veni Creator* y otros cánticos religiosos propios de cada festividad. Rezaban el rosario en clase de religión y leían libros de santos, sobre todo aquellos donde se exaltaba la pureza, como era el caso de Santa María Goretti o Santo Domingo Savio. Las Madres querían conseguir que sus pupilas fueran buenas cristianas, diciéndoles que de esa forma no solo irían al cielo a ver a Padre Dios Bendito, sino que era un camino seguro para ser respetadas, queridas y felices.

Mas no todo era estudio y juegos en la calle, porque tanto Margarita como su hermana eran muy aficionadas a escuchar la radio, que estaba en un mueble con gavetas para la ropa, y era un modelo Philips de madera lacada, con techo curvo, donde podían sintonizar solamente dos emisoras: EAJ-50, Radio Las Palmas, de la cadena SER, y Radio Club Tenerife. Sus padres les permitían esta diversión, porque las chiquillas eran cantarinas y la música muy instructiva por su nivel recreativo y cultural. Les gustaba mucho una sección diaria donde se encargaba una determinada canción para dedicársela a alguna chica a la que se pretendía o a algún pariente o amigo, felicitándolo por su santo, cumpleaños o boda. Los cantantes de moda eran Conchita Piquer, Juanita Reina, Marifé de Triana, Carmen Sevilla, Jorge Sepúlveda, Lucho Gatica, Lorenzo González, Carlos Gardel, Jorge Negrete, Javier Solís, Armando Manzanero, el Dúo Dinámico, Antonio Machín, los Tres Sudamericanos, Conchita Bautista, Pedro Infante, Pedro Vargas, Lola Flores, Nati Mistral, y, entre los canarios, Mary Sánchez y los Bandama, María Mérida y Alfredo Kraus. Se sabían muchas canciones de memoria, porque las repetían con frecuencia: “Camino verde”, “Mirando al mar”, “La niña de Puerto Rico”, “El manisero”, “Ojos verdes”, “Quince años tiene mi amor”, “Capote de grana y oro” y tantas otras cuyas letras cogía Margarita escribiéndolas a lápiz en un cuaderno que tenía escondido en el hueco que había debajo de la radio. También se familiarizaron con la música clásica, especialmente con los conciertos que escuchaban de Beethoven, Mozart, Brahms, Bach, Chopin, Falla o Joaquín Rodrigo, porque solían ponerlos con frecuencia. Les gustaba aquella música pomposa y culta, cuya importancia nadie les había explicado, pero que intuían era algo importante para tener una amplia cultura, y cuando pudieran ir a conciertos en el Teatro Pérez Galdós, estar ya familiarizadas con ella. También seguían las radionovelas de Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca, que diariamente solía enganchar a una amplia audiencia, con el cuadro de actores de Radio Madrid, seguidas también por su madre, si estaba libre de tareas domésticas. Sus padres solían escuchar el parte de las nueve de la noche, y los sábados por la noche el celebrado programa de Bobby Deglané *Cabalgata fin de semana*, donde actuaban famosos artistas, entre ellos Pepe Iglesias, *El Zorro*, un divertido argentino que hacía muchos personajes e inventaba canciones que se popularizaban rápidamente; pero esos programas los cogía ya en la cama, hasta que fueron creciendo y se les permitió escucharlos. Mientras

ellas tenían ese entretenimiento, su hermano salía con los amigos a jugar al fútbol y a tomarse alguna copa en uno de los bares del pueblo. Lo único que le interesaba de la radio eran los partidos de fútbol, el resultado de las quinielas y hacer de palanquines, piropeando a las muchachas del pueblo a veces con groserías, o queriendo levantarle las faldas.

Así pasaban los días, Margarita iba madurando su proyecto de ir más allá en el tema que había descubierto en el desván, y se decidió por una estrategia consistente en inventar que tenía que hacer una redacción sobre los emigrantes para la asignatura de Lengua y Literatura, con el fin de recabar información que la ayudara a desarrollarlo. Fue así como una tarde, mientras su padre encababa un sacho con cuñas de hierro, se le acercó preguntándole:

–Pa, ¿tú sabes si tenemos parientes en Cuba o en Luisiana? Es que en clase de Historia la Madre Consuelo nos habló de la emigración y nos encargó una redacción sobre si en nuestras familias había emigrantes...

–Pues mira, yo solo sé que tus dos abuelos estuvieron allá algunos años y ellos son los que podrán decirte lo que sepan, porque a veces nos cuentan sucedidos de esos tiempos. Cuando vayamos a visitarlos, ya te dirán. ¿Y dónde está esa Luisiana? –le respondió el hombre, por una vez complacido, porque era una pregunta que llevaba rumbo y no era indiscreta.

–Buscando en el Atlas me encontré que es un estado al sur de los Estados Unidos de América, entre Texas y Florida, junto al río Misisipi. Por lo visto allí fueron también emigrantes hace varios siglos.

–Primera noticia. Ya tú sabes que yo apenas pude ir a la escuela, porque empecé a trabajar la tierra más o menos cuando tenía tu edad... Mejor te esperas a que los visitemos y les preguntas a ellos, así que tendrás que esperar...

–Pues me espero, porque tengo mucha ilusión en hacer un buen trabajo.

–Eso es bueno, chiquilla, y me gusta esa inquietud por algo de utilidad. Pero déjame trabajar, que tengo entodavía que asurcar estos camellones para plantar arvejas...

–Lo dejo, pa. Y gracias.

–No hay por qué darlas. Aquí estoy siempre para lo que pueda ayudarte en lo que sepa, ¡faltaría más!

La niña se volvió a la casa, contenta por la respuesta y Eusebio siguió remachando con un martillo aquellas cuñas para que quedara el sacho en condiciones. Le había gustado que su hija se interesara por otros asuntos que no fueran las zarandajas habituales, sino por materias que le fueran útiles para sus estudios, porque tanto él como su mujer veían con mucha satisfacción lo diligente que era en los deberes de cada día y las buenas notas que traía cada fin de semana en su cartilla de calificaciones, dando por bien empleados los buenos duros que pagaban a las monjitas de Arucas para educarla como una niña de provecho, si seguía así y no se torcía con malas compañías o por aquel temprano interés que había mostrado por los novios, como su madre le había contado sobre las preguntas impertinentes que le había hecho mientras lavaba.

La ocasión se presentó un domingo del mes de mayo en el que, después de la misa, el rancho de los cinco Valerón cogió la guagua con sus bártulos para dirigirse a la casa que el abuelo Matías y la abuela Rosarito tenían en el Zumacal, un barrio de Valleseco donde tenían una buena casa de labranza, sus tierras, establo con ganado, un pajero para el pienso y guardar las cosechas, gallinas, un perro bardino que estaba amarrado y dormía en un viejo bidón de los que venían de la Península con aceitunas y una latada con un parral que daba cada año una regular cosecha de uvas moscateles riquísimas. En las tierras había plantado millo, papas, habichuelas, calabacinos, cirueleros, manzaneros, naranjeros, limoneros y un frondoso nogal que les proveía de nueces. Todo lo que cosechaban servía para el gasto de la casa, y el resto para venderlo, pues vivían de eso. Con ellos vivía su tío Juan Luis, un muchacho veinteañero que los ayudaba en el trabajo, pues ya el abuelo tenía sesenta y ocho años y estaba muy baqueteado para cargar él solo con tanta faena como había siempre en la finquita. Se bajaron en la parada más cercana a la casa, bajaron por un caminito de tierra flanqueado por tuneras, piteras, rosales silvestres y zarzas, que son una maleza que siempre había que mantener a raya, porque en un lugar tan húmedo lo invadían todo. Castañeros, laureles y eucaliptos formaban bosquecillos allí donde no había terreno cultivado. En resumen: se trataba de un paisaje muy bonito, con casas de labranza adornadas con macetas de geranios, bellos rosales y muros de piedra donde el musgo y los berodes arraigaban, así como la hiedra y las

madreselvas. La comitiva pasó frente a la principal tienda del barrio y sus padres se detuvieron a saludar a los escasos parroquianos que había en la puerta, conocidos suyos que se interesaron por su salud y preguntaban qué tal les iba la vida. Después de esta corta charla, siguieron la marcha, porque no podían demorarse, dado que los abuelos estaban ya avisados por carta y los esperaban a media mañana. Llegados a la casa, todos entraron en ella, menos Margarita, que se despistó siguiendo el vuelo de una mariposa amarilla y fue a parar al establo. Allí encontró a su abuelo, ordeñando a su vaca Amapola, sentado en un taburete, porque era la hora apropiada para descargar la enorme ubre de aquella vaca de color marrón claro, que había parido recientemente una hermosa becerra, estabulada cerca de ella. Entró pues Margarita a la gallanía con su paquete de picadura palmera, que era el regalo acostumbrado, y se le acercó, saludándolo:

–¡Buenos días, abuelito! ¿Cómo está de salud? Aquí le traigo su picadura favorita.

El abuelo dejó de ordeñar, se viró hacia la niña, recibió en sus cachetes sonrosados los besos que esta le dio y, a su vez, la besó contestando:

–Pos qué te digo, Maíta... Ahí andamos tirando, hasta que Dios disponga. Te veo más grandita y más guapetona. Gracias por la picaúra, es mi marca de siempre. Me supongo que viniste con tus padres y hermanos, ¿no?

–Sí, claro, se quedaron en la casa, pero yo quería verlo a usted primero, porque lo quiero mucho...

–Y yo a ti, preciosa. ¿Quieres que te enseñe a ordeñar? Es fácil, solo hay que jalar suavemente de las tetitas con estos dedos y sale el chorrillo de leche... ¡Venga, ánimo!

–No, abuelito. Si me empuerdo los zapatos de los domingos con la bosta, mi madre me pelea. Mejor lo dejamos para cuando venga de vacaciones con alpargatas.

–Tienes razón, mi niña. Vestidita de limpio es un peligro. Lo dejamos pa otro día... ¿Y qué tal te va en el colegio?

–Pues muy bien, me gusta mucho aprender, y las Madres nos tratan bien. Tengo buenas notas, y mis padres están contentos, como que me regalaron para mi cumpleaños un caleidoscopio. Es un tubo de cartón donde se ven unas figuras de colores distintos cuando una va dándole vueltas, y salen dibujos preciosos. Por cierto, hay

un encargo que me hicieron, muy difícil, y es una redacción que tengo que hacer para el colegio sobre los que emigraron a Cuba y a Nueva Orleans, y mi padre me dijo que usted podría contarme cosas de allá.

Al abuelo le extrañó que la pequeña saliera con aquel tema, pero, por complacerla, le dijo que fueran al banco de piedra que había junto a la puerta de la gallanía, abrió uno de los paquetes de picadura, llenó su pipa, le acercó candela del chisquero que llevaba en el bolsillo del chaleco y empezó su relación:

–Pues escucha bien lo que te digo, a ver lo que se te queda en esa cabecita curiosa, porque hay mucho que contar. Tu tío Nicolás, su primo Severo y unos cuantos más de nuestra quinta, visto que aquí no saldríamos nunca de pobres, ajuntamos las perras para los pasajes y en octubre de 1928 salimos para La Habana en el buque *La Victoria*. Al llegar, nos quedamos unas semanas en la casa de Aguedito, un pariente cercano nuestro que ya estaba instalado como lechero, y lo ayudábamos al reparto, por ganarnos la comida y la cama que nos ofreció. Pero, notando que éramos una carga, porque tenía mujer y cuatro hijos, decidimos tirar cada cual allá donde podíamos encontrar trabajo como macheteros de caña de azúcar, uno para Matanzas, otro para Santiago y yo me fui a Camagüey, donde conseguí trabajo en una vaquería. El dueño era un vasco llamado Luis Echarri, y me trataba muy bien, porque yo hacía con diligencia todo lo que me mandaba. Si te digo la verdad, tardé en acostumbrarme a la comida cubana, que era a diario arroz congrí, con unos frijoles negros que no conocía hasta entonces. Pero lo que me daba penita era la situación de los negros, que no siempre eran bien tratados, porque los castigaban con latigazos en la espalda si hacían algo indebido, y vivían miserablemente en sus bohíos o barracones. No es que fueran esclavos, pero, aunque la esclavitud ya estaba abolida de tiempo atrás, eran tratados como si todavía lo fueran. Aunque eran cristianos, tenían su religión con santos africanos, sus cantos y bailes, y eran buena gente que me simpatizaba, aunque fuera por caridad cristiana. Y en cuanto a lo que me preguntas sobre los que embarcaron para Nueva Orleans, te diré que conocí a una familia de apellido Arencibia que había estado unos años en un pueblo llamado San Bernardo, junto al río Misisipi, y se habían vuelto a Cuba alegando que la vida allí era muy dura, por los mosquitos asesinos, las crecidas del río, que arruinaban sus

cosechas, y siempre con la amenaza de ser atacados por los soldados ingleses. De manera sea que eso es lo que te puedo contar, porque al tal Arencibia lo traté muy poco, y te cuento lo que me dijo. Ya me dirás si esto te vale.

Margarita, que escuchaba atentamente la relación de su abuelo, le respondió:

–Pues sí, abuelito, es bastante y me servirá para mi redacción. ¡Muchas gracias!

Y cada cual con su balde de leche se fueron para la casa, donde los esperaba un riquísimo sancocho que su abuela y su madre habían preparado para el rancho.

–Les ha salido una hija inteligente, porque esta Maíta, con ser tan chica, tiene ya un jeito de persona mayor, interesada en el asunto de los indianos... Yo le he dicho todo lo que sabía.

El padre arrugó el ceño y dijo:

–Ende luego, nos ha salido sabedora y preguntona, pero espero que no lo haya molestado, porque siempre está con guineos que no esperamos...

–Nada de eso, mejor es que sea lista que boba... Yo que tú no me preocuparía por su curiosidad, porque es muy buena seña, y yo encantado de ayudarla. También la enseñé a ordeñar; así que ya ves. Déjense de preocuparse por tener una hija así, que era cosa para sus estudios, y hasta pueden presumir de que sea como es, ¡carajo! –contestó el abuelo, visiblemente complacido por tener una nieta con aquellas inquietudes.

El padre se contentó con semejante razonamiento; después del yantar tomaron café, y el abuelo hizo ese día de visita una excepción dejando la siesta que acostumbraba para acompañarlos a dar un paseo por sus tierras, para que vieran las novedades que había desde la última vez que habían venido, y coger lo que pudiera ofrecerles para que se lo llevaran a casa: un puñado de rábanos, otro de habichuelas, zanahorias, acelgas, tomillo, orégano y un puñito de papas nuevas recién cogidas, porque mucho más no podrían acarrear en el coche de hora. A media tarde tocaba arrancar la caña para coger el coche que pasaba por allí a las seis y cuarto, todos los de la casa los acompañaron acarreando los bultos caminito arriba, ya entre la niebla que subía desde el barranco de Las Madres, con un amago de garuja en el aire que era buen indicio de que esa noche ya podía llover, que por allí todos lo estaban deseando, porque el agüita del cielo era siempre bienvenida para las cosechas de las que

vivían con bastante holgura. Y Margarita, satisfecha, se mantuvo callada durante todo el trayecto hasta Moya, pues no quería que alguna pregunta más hiciera sacar de sus casillas a su padre, ya bastante mosqueado por aquel comportamiento de su hija. Muy sabia para su edad, lo cual por una parte era bueno, pero tenía también sus inconvenientes, porque no quería que le saliera sabihonda, resabiada y acaso rebelde a lo que se le mandara, porque era todavía muy chiquita para meterse en esos berenjenales. Era pues cosa de vigilarla, para que saliera derecha y no zafada, que sus buenas perras les costaba tenerla estudiando con las Madritas.

Un par de veces al año las Madres organizaban excursiones, alquilando una guagua de AICASA para que las niñas conocieran la isla, y tenían en su repertorio habitual lugares muy amenos como Fontanales, un precioso barrio de Moya que les quedaba cerquita, la laguna y el pico Osorio, en Valleseco, y la acostumbrada visita a la Virgen del Pino en su basílica de Teror. En tales ocasiones, cada una de ellas recibía un cartucho que contenía un sangüis de conserva y queso tierno, un huevo duro, un puñito de manises y una fruta del tiempo, a no ser que ya trajeran de sus casas algo que les pusiera su madre en una taleguita. Aquel año les correspondía ir bastante cerca, a Los Tilos, un bosquecillo de la Villa de Moya de gran belleza, con especies de flora autóctona que las chiquillas debían conocer, para coger hojas de las plantas y hacer un herbolario para la asignatura de Ciencias Naturales. Alquilaron pues dos guaguas, porque contando todos los cursos, mas seis Madres de acompañamiento, llegaban a un total de sesenta y cuatro personas. Era preciso airearlas y que se divirtieran con sus juegos al aire libre del campo isleño, que bien se merecían hacer aquellas giras campestres a lugares que no conocían y recrearse viendo pajaritos, flores, caracoles, gusanos y demás especies en vivo, no solamente en sus libros. Les aconsejaban llevar en su maleta el cuaderno de dibujo, por si a alguna se le ocurría dibujar algún detalle de aquel paisaje. Las chiquillas lo pasaban de maravilla, correteando por aquellas lomas aromatizadas por las distintas especies autóctonas que no habían visto hasta entonces, viendo nidos en las ramas de los árboles, palomas torcaces y tórtolas asustadas por su presencia, pájaros de distinto color y flores silvestres que cogían en ramos. También cogían hojas de los distintos árboles, que llevaban a las Madres para poder identificarlas, y la mayoría de ellas recibían su nombre, para ponerlos en los herbolarios. Margarita vio una mariposa amarilla

lindísima posada sobre una flor y se resistió a cogerla, porque le habían explicado en clase que cuando las tenías entre los dedos se quedaba en ellos una especie de polvo de color que les es necesario para seguir vivas, y aunque luego la soltara le iba a hacer daño. Se contentó pues con admirarla, justo a sus amigas Brígida y Noelia, un trío de inseparables compañeras de curso con las que jugaba a la sogá en los recreos. Cuando llegó la hora de comer, las Madres las reunieron en un llanete, dijeron las oraciones para “bendecir los alimentos que recibimos de tu Divina Providencia” y le hincaron el diente a lo que cada cual había traído, con mucho apetito, despertado por el correteo en aquel precioso lugar, y después se fueron a reposar la comida tendiéndose en la hojarasca, a la sombra de los árboles. En aquel ambiente tan propicio a la captación sensitiva las niñas parecían estar poco menos que en la gloria, porque los aromas del bosque, los colores de hojas y flores, la fauna del lugar y el aire cálido eran una concatenación de estímulos que colmaban sus sentidos de una felicidad nueva, sintiendo la comunión con la Naturaleza como un regalo y un recuerdo que no olvidarían; pues para eso la Madre Soledad había traído una máquina de retratar y les hacía fotos individuales y en grupos, que ellas recibirían gratis para ponerlas en su álbum familiar. A media tarde llegó la hora de regresar, porque los chóferes de las guaguas estaban avisados para recogerlas a las cinco de la tarde, y se despidieron con magua de aquel lugar, llevando algunas de ellas ramos de brezos, de eucalipto blanco, de laurel, salvia o flores silvestres; otras llevaban bichitos capturados: sarantontones, caracoles, cigarrones, grillos, sarpatanas o escarabajos, en tarritos que habían llevado para ello. Llegaron molidas pero felices, y salvo las internas, todas volvieron a sus casas, contando a la familia lo bien que lo habían pasado.

Otra excursión que les gustó mucho fue la que hicieron dos meses después a la Villa de Teror, siempre en guaguas alquiladas para el desplazamiento. Pararon frente a la basílica de la Virgen del Pino, y cuando los chóferes tocaron la pita como aviso de su llegada vieron salir a la puerta de la misma a Monseñor Socorro Lantigua, que era el párroco, con su sotana negra y dos monaguillos, uno de ellos con una cruz y un sahumerio y el otro con un recipiente de agua bendita con un hisopo para bendecirlas. Tanto las Madres como las alumnas se acercaron a



aquel hombre ya mayor, de aspecto serio pero bonachón, porque, cuando ellas le besaron la mano pidiéndole la bendición, él les ponía la otra mano sus cabecitas, diciéndoles con cariñoso acento:

–¡Bienvenidas sean, mis niñas, a la casa de nuestra Madre, a la que van a ver de cerca, para que vean lo hermosa que es, con su santo hijo en brazos! Pasen adelante y benditas sean todas en el nombre de la que es también vuestra Madre, y su hijo que es Dios.

Las Madres le entregaron un óbolo en metálico, para los gastos de la parroquia, y unos deliciosos dulces, pues eran muy expertas en repostería y donde quiera que iban llevaban ese tipo de presentes, sabiendo que tendrían buena acogida, porque los isleños son golosos y a nadie le amarga un dulce, como suele decirse. Avanzaron por la nave central, se arrodillaron y cantaron la *Salve Regina* con melodiosas voces a coro, como les habían dicho las Madres que hicieran. Luego, en ordenada fila, entraron por una puerta lateral del altar mayor a la parte trasera, subieron una escalerita que llevaba al camarín donde estaba entronizada la imagen, para ir besando su manto morado, como se acostumbraba hacer. Se quedaron maravilladas al ver tantas joyas en su manto, seguramente de gran valor, y Monseñor les explicó que eran ofrendas o ex-votos de los fieles que así pagaban alguna promesa por algún favor concedido mediante su intermediación ante su Santo Hijo, porque a ella no le negaba nada si la persona que se los pidiera fuera un buen cristiano, o cristiana, porque la petición de favores procedía mayormente de mujeres. Las había que prometían ir caminando a verla desde donde vivían, y entrar en la basílica de rodillas, si bien con unas rodilleras de tela gruesa para no herirse con el pavimento y que no les salieran llagas ni sangre. Lo que menos deseaba Monseñor era ver sufrir a los devotos de la Madrita, y llegaba a enfadarse si veía acercarse a los peregrinos con sangre en las rodillas. Las niñas señalaban en el manto tanta riqueza, porque el manto de la Virgen más bien parecía un escaparate de joyería. Monseñor se extrañó por no ver en la comitiva al capellán, que solía venir en estas visitas anuales, don Serafín Sarmiento, y preguntó por él. La Madre Elena le contestó que estaba hospitalizado, operándose de flebitis y que otro padre dominico le reemplazaba en las misas diarias y en la confesión de las niñas, por lo que Monseñor fue a la sacristía y tomó un rosario con la medalla de la Virgen para que se lo entregara de su parte, añadiendo que rezaría por su pronto

restablecimiento. Hecho lo cual salieron todas de la basílica para dar un paseo por la Villa, visitando la casona señorial de la familia Manrique de Lara, la residencia veraniega del señor obispo, y las monjas se encargaron de comprarles bocadillos de aquel rico pan de campo con chorizo de Teror, la mitad de cada pan para cada una de ellas. Lo devoraron con ganas, porque el aire campestre les había despertado el apetito, complementando aquella comida con botellas de Clipper. Sobre el mediodía Monseñor las despidió mientras subían a las guaguas, entregándoles a cada una de ellas una estampita coloreada con la imagen de la Virgen, que llevaba detrás una oración a la misma advocación mariana. Les encomendó que le rezaran diariamente, la pusieran en su mesa de noche, y añadió que les mandaba su bendición a las familias, que la Virgen del Pino velaría por ellas, y que volvieran cuando quisieran.

Y como las Madres tenían planeado matar dos pájaros de un tiro, como suele decirse, antes de regresar a Arucas, indicaron a los chóferes que, subiendo por la misma carretera que las había traído, hicieran una parada en la laguna de Ossorio, un cráter volcánico al pie del pico del mismo nombre, ya en el municipio de Valleseco, un lugar mágico que les caía de paso y debían conocer, con un hermoso castañar y una laguna que la lluvia se encargaba de llenar regularmente cada año, en la que anidaban patos venidos de África, de hermoso plumaje. Las niñas se acercaron a verlos, algunos de ellos con patitos nacidos allí, y les echaban migas de las que les quedaban del bocadillo. En el castañar, las frutas estaban todavía con el aspecto de erizos verdes antes de abrirse, que se transformarían, una vez maduras, en deliciosas castañas que la gente iba a recoger para asarlas en recipientes de barro agujereados, y que solían comerse en la noche de los Finados, que es como se llamaba a la víspera del Día de los Difuntos, acompañándolas de anís El Mono, según era la tradición. Un lugar absolutamente virgen, poblado por flora autóctona: laureles, viñátigos, poleo, fayal, rosales silvestres, helechos, escobones, codeso y eucaliptos traídos de fuera, que bordeaban las carreteras y a la larga resultaron perjudiciales, porque sus raíces levantaban el alquitranado de las carreteras, produciendo peligrosos socavones. Las niñas estaban maravilladas con aquella novedad, y guardaron este recuerdo en las fotos que la madre retratista les hacía. Después subieron a las guaguas para volver a Arucas, cantando alegremente las canciones de moda, acompañadas por dos guitarras

que las mayores habían traído y sabían ya tocar bastante bien. “Tengo una vaca lechera, / no es una vaca cualquiera, / me da leche merengada, / ¡ Ay que vaca tan salada! / ¡Tolón, tolón! / ¡Tolón, tolón!” era una de ellas. Molidas como centenos, llegaron al colegio y descansaron el resto de la tarde, comentando las excitaciones visuales y educativas de aquella gira.

Margarita regresó a su casa en el coche de hora de las seis y media, bajó por el caminito con el ramo de flores que había cogido, y su cartera al hombro, contenta porque lo habían pasado de maravilla, y así lo contó a sus padres cuando llegó a la casa, pues tenía una facultad añadida a las ya dichas y era la de relatar con detalle todo lo que había visto y vivido. Le dio el ramo de flores a su madre, que las puso en una jarrita sobre el aparador, miró la estampita de la Virgen y exclamó:

–¡Madrita mía del Pino, favorécenos y llévanos al cielo!

«¡Amén!», contestaron todos, envidiando a la chiquilla, porque nadie en aquella familia había tenido las oportunidades de gozar lo que habían escuchado de sus labios, una educación tan recreativa. Pero sus padres estaban orgullosos viendo lo despabilada que era, y cómo se empapaba de todo lo que vivía. Había merecido la pena mandarla con las Madres, quienes complementaban las clases con giras para conocer los lugares más bellos de la Isla. Hay que añadir que quedaron pasmados cuando la niña pudo nombrar las joyas que llevaba la Virgen: oro, plata, brillantes, esmeraldas, rubíes, ópalos y turmalinas. ¡Vaya portento de memoria!

Margarita siguió en el camino que se había propuesto, pero le faltaba preguntar a su otro abuelo sobre la memoria que le pudiera quedar de su estancia en Cuba, por lo cual aprovechó una visita que hizo con sus padres y hermanos a su casa de Visvique, donde vivía con su abuela en una casa de labranza, que era su ocupación. Como de costumbre les llevaban regalos: café, un sombrero negro para los domingos, y el consabido paquete de picadura, porque también era fumador; aunque a falta de papel de fumar no pocas veces usaba las hojas secas de las camisas de millo, que por ser acanaladas engarzaban hasta formar un cigarro, pegándolo con saliva. El abuelo Quiterio era ya bastante viejito, y debido a sus achaques usaba un bastón para caminar por las tierras que cultivaba con sus hijos Manuel y Hermelindo, que vivían cerca y le echaban una mano en lo que pudieran

ayudarle, dado que ya el hombre no rendía como antes para mantener aquellas tres vacas, cinco cabras y un burro para cargar la leña e ir sobre él a comprar a la tienda del pueblo. Encontró al abuelo junto al estanque, abriendo la llave, porque aquel día tocaba regar las papas, doce sacos que habían plantado y ya estaban bastante bonitas, prometiendo una buena cosecha, pues ellos mayormente vivían de venderlas y del queso que hacía la abuela Agustina. Se le acercó con la picadura en la mano, lo besó, pidiéndole la bendición, y le preguntó ante todo por su salud. Pero una vez hecha esta obligada introducción, pasó a exponerle el asunto prioritario que la ocupaba. Y el abuelo le dijo:

–Pues mira, Maíta, yo trataba bastante a nuestros paisanos, sobre todo a un latonero llamado Nicolás Arencibia. Él tenía un hermano que se fue a la Luisiana con cuatro hijos y tres hijas, y me contaba que por las cartas que le mandaba mediante un escribiente, porque no sabía leer ni escribir, vivía en la parroquia de San Bernardo y tenía una buena granja con bueyes para arar la tierra, cultivaban millo, sandías, coles y cebollas, que sus hijos llevaban semanalmente en una carreta al mercado de Nueva Orleans, la capital de aquella colonia, aunque también eran tramperos en aquel gran bosque que había junto al río Misisipi, donde también podían pescar en unas lanchitas camarones, cangrejos y pescado. Pero como también eran soldados de infantería estaban disponibles para defender aquel territorio de los enemigos ingleses. Pero aparte de eso, la vida allí no era muy fácil, porque no entendían el francés que hablaban los pobladores, y eran incluso mal vistos como extraños, les llamaban gitanos ignorantes, de manera sea que se conformaban con vivir en su comunidad de isleños bien llevados, y ayudándose entre ellos a construir sus casas de madera, seguían nuestras costumbres, comidas, fiestas, la religión cristiana, sus cantos y bailes, y eran felices teniendo eso. Aunque el mayor peligro era siempre el desbordamiento del río, cuando venía muy crecido, porque inundaba sus tierras, arruinaba las cosechas, y los temporales y mosquitos asesinos a veces les daban una vida perra. Visto lo cual, algunos volvían a Cuba, porque no aguantaban más. Yo traté a un tal Aurelio González, que fue quien me contó detalles de aquellas alegrías y miserias, y si eso te vale es todo lo que sé del asunto que me preguntas.

A lo que la nietita respondió:

–Con lo que me ha dicho ya tengo bastante, abuelito. ¡Muchas gracias por todo! Ahora me voy a la casa, porque mis padres me pelean cuando me pongo de preguntona....

–Pues no debieran hacerlo, porque la curiosidad es la madre del conocimiento, dice el dicho –le contestó su abuelo, dejando el trabajo que lo ocupaba y disponiéndose a estrenar aquella hebra palmera, metiendo en su borrega de cuero una parte, sobre una hoja fresca de higuera para que se amorosara.

Luego se fueron a la casa a reunirse con los demás, pues la hora del yantar se aproximaba. Besó a los visitantes, les comentó las inquietudes de su hija, despacharon un esmerado puchero que habían hecho las mujeres, y pasaron la comida y el café de la sobremesa tratando temas familiares, hijuelas de testamento, papeleo a resolver en la notaría, y cómo se presentaba la cosecha. Llegó la hora de arrancar la caña, cargaron con lo que les regalaron: quesos, nueces, morcillas e higos pasados, se despidieron en la carretera a pie de guagua, y aconsejándoles que se cuidaran, tras los besos y abrazos de rigor, se despidieron. Margarita estaba exultante, porque ya tenía material para redactar algo que contuviera toda aquella información, y decidió ponerse a ello aquel fin de semana.

Margarita trabajó pues sobre la orientación que daría a su relato. No podía ser otra que comenzar con su descubrimiento del arcón del desván que guardaba los recuerdos familiares, sus deducciones acerca de las relaciones que pudiera haber entre aquellas cartas con sellos de los Estados Unidos, y añadir todo lo que recordaba haberle escuchado a sus abuelos informantes, que era lo más vivo y directo de la argumentación. Ante todo tenía que hacer un borrador en un cuaderno viejo, ya en desuso; luego ir puliendo el estilo, y buscando en su diccionario las palabras de cuya ortografía tenía dudas. Lo menos que quería era que la Madre profesora a quien se lo iba a entregar le corrigiera errores garrafales, porque tenía un buen concepto de ella y casi siempre lo que hacía recibía un sobresaliente. Desde luego no se lo esperaría, porque aquel encargo lo había inventado ella en su acostumbrado atrevimiento. Pero tenía entre ceja y ceja la permanente inquietud de contar aquella historia y esperaba con mucha ilusión llevarla a feliz término, porque hasta en sueños le venían imágenes de lo que los abuelos le habían contado y esa visualización del inconsciente se iba añadiendo a lo ya escrito.

Compró un cuaderno nuevo en la librería de la Villa, y se puso a pensar cómo titularlo, hasta que dio con la idea: como la historia sucedía al otro lado del océano, y en otro tiempo, llegó a la conclusión de que podía recurrir a una expresión que solía escuchar cuando se hablaba del pasado, y puso en la cubierta del cuaderno *Ahí más allá*, queriendo significar con ello que lo contado se refería a un tiempo pasado y a un lugar lejano donde había canarios. Tardó la niña dos semanas en escribir con buena caligrafía y su pluma estilográfica la historia de principio a fin y llegó el momento de entregárselo a la profesora, quien le preguntó:

–¿Y cómo se te ocurrió esto, mi niña?

A lo que ella, viendo en su gesto la perplejidad que había causado algo que no se esperaba, respondió tímidamente:

–Cuando lo pueda leer lo sabrá, porque es lo que me he ido enterando de los emigrantes a América, sobre todo los de mi familia.

–Pues está muy bien que haya sido una iniciativa tuya. A lo mejor vas para escritora, como Santa Teresa de Jesús. Voy a ver si te consigo algún libro suyo... –le contestó la Madre, sonriente.

–¡Muchísimas gracias, Madre! Ya me dirá qué le parece.

–Descuida, lo leeré esta tarde y ya te diré.

Margarita también sonrió y fue a ocupar el pupitre que compartía con Loli García, una niña interna que había sido abandonada por sus padres en Montaña Cardones, y estaba tutelada por las Madres, para que la Beneficencia o la Casa del Niño de la capital no hicieran de ella una chiquilla vulgar, sin instrucción cristiana y buenos modales, y pudiera enfrentarse a la vida con coraje, superando el trauma que significó el abandono, y sobre todo el cariño de su madre, de quien conservaba una cadenita con una cruz en el cuello, único recuerdo material que le quedaba de ella. Margarita le tenía mucho cariño, le regalaba pirulís y la ayudaba en todo lo que pudiera en sus deberes. Nunca le preguntaba sobre su pasado, para que no se pusiera triste, y la tenía en los recreos como compañera de juegos. Le apenaba que se dieran casos así, y se preguntaba qué sería de ella cuando acabara sus estudios. Pero de su futuro ya se encargaban las madres, enseñándola a coser, a bordar,

a cocinar, hacer su cama y dándoles aquel cariño que necesitaba. Por lo común le proponían a alguna buena familia sin hijos que la adoptara legalmente, y no era para tenerla como criada o Cenicienta de su casa, sino para que la trataran en verdad como una hija auténtica, porque ese tipo de criatura que había sufrido tanto merecía un trato digno para convertirse en una mujer integrada en la familia que la acogiera como un ser humano necesitado de llevar una vida más o menos normal.

Y Margarita esperó el veredicto de su profesora, mordiéndose las uñas por el nerviosismo, cosa que su madre le reprochaba, amenazándola con ponerle en ellas pimientas del mal nombre, porque era una costumbre fea que debía dejar, como también hurgarse la nariz o decir palabrotas. Y es que, notando lo lista que les había salido, esperaban mucho de ella, un futuro con estudios, buen comportamiento, buenas amistades, que ayudara en la casa y no se metiera en líos con nadie, para que los tuviera contentos, como hasta entonces estaban con ella, una vez se convencieron de que su curiosidad, su atrevimiento innato y aquellas escrituras la llevarían por buen camino.

Al día siguiente, cuando entró en el aula la Madre que impartía la clase de Lengua y Literatura, la profesora le hizo una señal para que se le acercara y le dijo:

–Margarita, en el recreo hablamos de tu redacción, porque tengo buenas noticias para ti.

–Muchas gracias, Madre, esperaré al recreo –respondió la niña un poco conmovida por una reacción tan positiva, y se fue a su pupitre a escuchar una clase donde ese día tocaba aprender los variados tipos de versificación, qué era un terceto, un cuarteto, un soneto, un romance, un pareado, la rima asonante y consonante, etc.

Se quedó de una pieza cuando la Madre recitó, evidentemente en honor suyo, la *Sonatina* «A Margarita Debayle» de Rubén Darío: «Margarita, está linda la mar / y el viento lleva esencia sutil de azahar. / Yo siento en mi pecho una alondra cantar tu acento...». Aunque la Madre no miraba para ella especialmente, se dio perfecta cuenta de que al decir su nombre ahí había gato encerrado, y que la poesía tenía que ver con ella. Le salieron los colores y casi se echa a llorar, pero se contuvo, prometiéndose que encontraría en algún libro aquella poesía

tan linda para aprendérsela de memoria. La profesora les explicó cómo rimaban aquellos versos, y que eran de un poeta modernista nicaragüense, una gloria de la poesía escrita en español. Que encontrarían sus libros en la biblioteca del colegio, y que debían leer poesía, porque era muy necesaria para recrear el alma, y recitar era siempre un deleite para quienes lo escuchaban. Y escribir las suyas propias, lo que se les ocurriera.

Llegado el recreo, mientras jugaba con Loli y Carmensa ve cómo la profesora se le acerca y la llama para hablarle a solas.

–Margarita, tu historia me ha parecido una preciosidad. Es algo que has vivido y tiene buen estilo. Si no te parece mal, la publicaremos en la revista del colegio, para que se conozca tu aventura...

La niña reaccionó llevándose las manos a la cara, como solía hacer cuando mostraba sorpresa, y le contestó:

–¡Qué bueno, Madre! ¡Con lo que me ha costado, ya veo que valió la pena! Publíquela si quiere; no creo que mi familia se enfade por hablar de nuestras cosas...

A lo que la Madre contestó, con una amplia sonrisa:

–No lo creo; al contrario: estarán orgullosas de ti, porque no se lo esperarían, siendo tu tan chica...

Salió al recreo y se lo dijo a sus amigas, que no sabían nada en absoluto de aquellos manejos literarios de su compañera, porque lo tenía reservado para ella solita como un secreto que ni siquiera conocían sus padres, a quienes tarde o temprano tendría que decírselo, porque era un paso importante que había dado, sin conocer todavía el alcance que ello traería en el futuro en su vida. Pero por lo pronto estaba muy feliz de haber acertado en la descripción, y que a la Madre profesora le hubiese gustado tanto como para publicarlo. Loli le dijo:

–¡Qué calladito te lo tenías, bandida! Por lo menos tenías que habérselo dicho a las amigas.

–Ya ves, no se me ocurrió; no estaba segura de que iba a salir bien. Pero ustedes son las primeras en saberlo, cónchale.

Y siguieron jugando a la soga, hasta que tocara el timbre para volver a la siguiente clase, que era la de Ciencias Naturales, con la severa Madre Lucía, que no le simpatizaba mucho, porque tenía bastante mal genio y se enroñaba cuando las sorprendía pasándose papelitos con recados o dibujos unas a otras. Y si el dibujo o

el escrito se refería a su modo de ser, las dejaba penadas una hora en el salón de estudio. Aquel día les tocó aprender lo de las fanerógamas y las criptógamas, porque ya habían empezado en la Botánica, lo que a Margarita le gustaba mucho, puesto que al ser de campo estaba muy familiarizada con las plantas y tenía sus macetas con preciosas clavellinas y guisantes de olor. Pues era una niña muy sensitiva que se extasiaba con los colores, los aromas y las formas de las flores, y esta ventaja le sería muy útil, porque entrando en esta observación podría describir con detalle las sensaciones que le despertaba el mundo vegetal. Poseía también un talento natural para percibir los sonidos de los animales, sobre todo el trino de los pájaros: cómo canta un chirringo o pájaro palmero, un canario del monte, un capirote, un mirlo, un cuervo, el concierto de los grillos las noches de verano o el rebuzno de un burro cuando estaba en celo, porque su padre la había aleccionado sobre ello respondiendo a sus constantes preguntas cuando los escuchaba. Un equipamiento sensorial que en adelante le serviría para dar justa cuenta de los matices perceptibles en el mundo material que le correspondiera describir. Tuvo pues esta niña la enorme fortuna de despertar tan joven a sensaciones que no pueden inventarse sin haberlas experimentado previamente, al tener raíces profundas en aquella tierra donde había nacido.

Su futuro ya estaba decidido: sería escritora, y para lograrlo debería leer antes no solo lo que las Madres le mandaban, sino ir comprando libros siempre que pudiera o pidiéndolos en préstamo temporal en bibliotecas públicas. Se emocionó leyendo *Corazón*, de Edmundo de Amicis, *Las Mil y una noches*, *El pequeño príncipe*, *Mujercitas*, *Alicia en el País de las Maravillas*, *Peter Pan*, *Pinocho* y parecidos títulos propios de su edad. Como moyense que era, le resultaba imprescindible leerse *Las Rosas de Hércules*, de su paisano Tomás Morales, que le encantó hasta el punto de aprenderse de memoria algunos poemas. Buscaba en el diccionario las palabras que no conocía, que eran muchísimas, y ponía especial atención en los acentos ortográficos, que eran sus faltas habituales. Como dedicaba bastante tiempo libre a leer, se fue retrayendo de su grupo de amigas, quienes se lo echaban en cara llamándola empollona, pues ninguna de ellas leía tanto ni llegaba a comprender cómo rehusaba acompañarlas a pasear, a ir al cine juntas o a tratar con los chicos que ya se les acercaban para pasear juntos. Ella estaba empeñada en leer, porque se había convertido en su pasión dominante, casi un vicio incurable. No por

ello se enemistaron con ella, ya que comprendían que después del éxito de aquella redacción su amiga había entrado en un laberinto de libros que la tenían absorbida.

Y nuestro relato se acerca a su final, procediendo a contarlo de manera resumida. Dadas sus brillantes calificaciones en el examen del Bachillerato Elemental, su tutora escribió una carta para que se la entregara a sus padres. En ella les recomendaba que hicieran un esfuerzo, si económicamente les fuera posible, para que fuera a estudiar el Bachillerato Superior de Letras en el Instituto de Enseñanza Media de Las Palmas, en la calle Canalejas, muy cerca de la estación de los coches de hora, porque aquella niña era un tesoro que les había caído del cielo y había que darle un futuro a la medida de su potencial. Los padres de Margarita leyeron la carta con atención, lo debatieron, porque eran gastos que no preveían hacer, y por fin se decidieron a ir un día a Arucas a hablar con las Madres sobre el particular. La Madre Superiora los recibió en su despacho y les explicó que era una pena malograr aquella prometedor cabecita inquieta y preparada, y terminó convenciéndolos de que, si querían lo mejor para ella, lo hicieran sin dudarle. Quedaron pues convencidos de que debían hacerlo y le dieron las gracias por haberla educado de tal forma que la chiquilla llegara a tanto.

Empezó pues a ir diariamente a la capital en coche de hora, asistía a las clases con interés y aprovechamiento, hizo nuevas amistades, almorzaba en una fonda que había en el Camino Nuevo, porque también había clases por la tarde, y volvía a su casa en el coche de las seis, llevando una nueva cartera que le compraron para los muchos libros y cuadernos que le fueron comprando año tras año. Llegado el momento, aprobó el Bachillerato Superior con calificación de sobresaliente, cursó el Preuniversitario, fue a examinarse del mismo en la Universidad de La Laguna, lo cual significó su primer viaje en barco, en un correillo llamado *León y Castillo*, y también lo aprobó con un sobresaliente, porque las traducciones de latín y griego le salieron aproximadamente correctas. Al regresar a su casa le hicieron una fiesta, sorprendiéndola su padre con un regalo que ella siempre había deseado: una bicicleta Orbea, aunque de segunda mano. Ya por entonces salía con muchachos de su edad, sobre todo con uno rubio y delgado llamado Hilario Mendoza, que la pretendía desde años atrás, guapo y buen chico, con quien se besaba, sin llegar más lejos, porque sus principios morales así se lo tenían marcado. Arrumacos y besuqueos,

bailes pegados en la Sociedad Recreativa, sesiones de cine, paseos en bicicleta, meriendas campestres y promesa de escribirse cuando ella consiguió una beca de estudios con su magnífico expediente académico del Ministerio de Educación para ir a estudiar a la Universidad de Madrid la carrera de Geografía e Historia, que era la que más le gustaba. Allá se fue pues en un barco de la Transmediterránea, con rumbo a Cádiz, y en un tren de la Renfe a Madrid. Llevaba en la maleta la máquina de escribir Hispano Olivetti que tuvo que comprar, para pasar sus trabajos en ella, porque el profesorado de la Facultad de Filosofía y Letras no admitía folios manuscritos. La beca de estudios incluía gastos de viajes, libros, una plaza en un Colegio Mayor femenino de la Ciudad Universitaria, y dinero para comprar ropa de abrigo y alguna diversión: teatro, cine, viajes a las ciudades cercanas y algún regalo para llevárselo a sus padres y hermanos cuando volvía a las Islas de vacaciones, que eran siempre los veinte días de Navidades, Año Nuevo y Reyes, y los dos meses de verano. Conoció el frío castellano, la nieve, las heladas invernales, pero estaba súper feliz con lo que estaba aprendiendo y experimentando allí, con un profesorado muy competente, buenas amigas y amigos, visitas al Museo del Prado, al Teatro Español para conocer a los clásicos del teatro del Siglo de Oro, y sobre todo la amistad cercana que trabó con un tinerfeño de La Orotava, Pepe Luis Ascanio, con quien entabló un noviazgo en serio, porque se gustaron desde que se vieron por primera vez y la cosa se encarriló tanto que acabaría en boda, ya obtenida la Licenciatura con Matrícula de Honor. Ni que decir tiene que su familia estaba muy orgullosa de ella, y presumía de que aquella rabuja metomentodo hubiera llegado tan lejos, porque nadie en su familia tenía estudios universitarios.

Tendría que plantearse cuál sería el próximo paso a dar: hacer las oposiciones para ser profesora o preparar una tesis doctoral. El profesor de Historia de América, el Dr. Ballesteros Gaibrois, visto que aquella alumna en un trabajo sobre la emigración canaria al Caribe se había lucido, le aconsejó que pidiera al Ministerio una beca para irse a un lectorado a los Estados Unidos, que él mismo se encargaría de gestionársela, porque tenía allí amigos influyentes para lograrlo. Y tuvo mucha suerte Margarita, porque su petición le vino concedida: iría un año a la Universidad de Nueva Orleans (Luisiana) como Lectora de Historia de España, siempre acompañada de su marido, el cual consiguió dar allí clases particulares de español a alumnos y alumnas norteamericanos y trabajar

en su propia tesis doctoral sobre la obra de Franz Boas. Ambos se defendían en inglés, pero les costó un poco entrar en la variante norteamericana, nasal y llena de verbos nuevos. Margarita llevaba cómodamente su trabajo; pero en los días libres, las vacaciones y en los fines de semana se iban ambos a St. Bernard, para conocer a los descendientes de aquellos isleños que fueron allá desde las Islas en el siglo XVIII como emigrantes y soldados de infantería, con el fin de poblar el territorio y defenderlo de los ingleses. Habló con sus descendientes, quienes conservaban un dialecto canario muy rústico y de uso remoto, modificado con palabras francesas que habían canarizado, y que les recordaba a veces al que todavía se hablaba en el campo de su Isla, la lengua de los “champurrios” o “maúros”, como les llamaban despreciativamente los de la capital. La pareja fue muy bien acogida por los isleños, encantados de que se ocuparan de ellos, porque apenas sabían su procedencia, y se enteraban por ellos de la existencia de las Islas Canarias. Buena gente, sencilla y noble, ocupada en la agricultura, la pesca en el río Misisipi y como tramperos, que seguía comiendo al estilo de las Islas de procedencia, si bien con añadidos de comida criolla muy curiosa y sabrosa. Supo de la existencia de grabaciones hechas años atrás de aquel lenguaje arcaico, décimas, romances y cantares inventados por ellos mismos sobre sus hechos particulares. También ella llevaba siempre su grabadora para recoger todo lo que le contaban, los desastres que habían padecido, huracanes y crecidas espantosas del río, que rompía los diques, inundaba sus campos y destruía sus casas. Y de los que se habían ido a Cuba, como le contaron sus abuelos cuando era una rabuja. La pareja se sentía feliz entre ellos y maravillada por aquella persistencia cultural isleña en un reducto aislado, con cohesión grupal y siempre llamándose isleños. Empezó pues a escribir su tesis, apoyándose tanto en lo vivido allí como en la bibliografía que encontró al respecto, y así se lo comunicó por teléfono al Dr. Ballesteros Gaibrois, quien se la iba a dirigir, mandándole también por correo un boceto de su planificación, por lo que recibió plácemes del gran profesor e investigador, que era toda una autoridad en la materia.

Después de ocho largos meses de trabajo, Margarita dio por finalizada su tesis doctoral, la cual tituló *Los isleños de San Bernardo. Una aproximación retrospectiva*. Hizo una copia y se la envió a Madrid en un paquete certificado, esperando a que le hiciera correcciones, indicaciones sobre errores, notas a añadir, etc. Y a las dos

semanas recibió de nuevo aquel trabajo con los cambios que a su director de tesis le parecían pertinentes, acompañándolo de una carta elogiosa, dándole mucho mérito a la intensidad y perspicacia de su argumentación.

Cuando acabó su estancia en los Estados Unidos, tomaron el avión hacia Madrid, llevando consigo, aparte del equipaje, dos maletas llenas de libros, revistas y discos de vinilo, aparte de muchas fotos y recuerdos de San Bernardo, grabaciones y artesanía de los indios comanches, auténtica y a buen precio, que compró a un anticuario que le recomendaron porque era de fiar. Un encuentro con el Dr. Ballesteros en su residencia de la sierra fue muy agradable y compensador a su esfuerzo por hacer algo digno y útil para dar a conocer a la comunidad isleña en Florida. Los invitó a almorzar y hablaron largamente de aquella aventura. Margarita le contó cómo había empezado todo con una redacción escrita a los trece años para el colegio de monjas de Arucas, y al decirle que lo había titulado *Ahí más allá*, el docto catedrático sonrió y le dijo:

–Ya veo que la cosa viene de muy lejos, de su propia vida. Así le ha salido tan espléndida. Conseguiré que sea publicada, porque ese episodio migratorio es algo auténticamente inédito, y en su tierra canaria interesará mucho.

Margarita agradeció el elogio y después del café emprendieron el regreso a Madrid.

La tesis se presentó meses después, recibió una Matricula de Honor *cum laude*, y respondió a las preguntas que le hicieron los del tribunal y sus compañeros de estudios. Estaba exultante nuestra protagonista moyense. Y mucho más cuando al año siguiente la vio publicada en una editora barcelonesa de prestigio, y un tiempo después apareció la traducción inglesa publicada por la Universidad de Nueva Orleans, con excelente crítica en ambos casos. Luego sería catedrática en varias universidades españolas, conferenciante en varias universidades europeas y americanas, escribiría artículos sobre la emigración canaria a otros países del Caribe, tendría una hija y dos hijos. Y como no era para menos, a uno lo bautizó como Bernardo, para no olvidar que allí había pasado días felices, sintiéndose anímicamente tan cercana con sus paisanos.

La Cumbre

De San Mateo al Roque Nublo



Un coqueto mar de nubes

Antolín Dávila

Antolín Dávila

Nacido en la Vega de San Mateo en 1952, ejerció labores profesionales que poco o nada tenían que ver con la literatura (es graduado social y, hasta su jubilación, trabajó como tesorero y graduado social en la administración local), pero se las ingenió para convertirse en un ejemplo de artesanía literaria.

Publicó su primera novela, *Una orla para todos*, en 1988. A partir de entonces, sin prisa pero incesantemente, iría entregando una docena de títulos, entre los que destacan *La calle de la Concordia*, *El cernícalo*, *Alguien cabalga sobre su seno*, el volumen de cuentos *La feria de los lindos sueños* y la memorable *Una rosa en la penumbra*, su última novela por el momento. Todo ello mientras publicaba (en algunas épocas, con periodicidad semanal) cuentos y novelas por entregas en la prensa local.

«Un coqueto mar de nubes» es el relato tierno, bienhumorado, aunque acaso algo melancólico, del viaje de un hombre solo y su perro a las cumbres de la isla, la «tempestad petrificada» que maravilló a Miguel de Unamuno.



Para Margarita
También para Eduardo Dávila, mi hijo, Lucía, y Maxwell y Felix, mis nietos

Sentado en la cama averiguando en la oscuridad, como si hubiera recibido una leve descarga eléctrica en los dedos de sus pies, el hombre llamado Ambrosio se despertó. Abría y cerraba los ojos, rebuscando mentalmente en medio de la madrugada. A veces sonreía. Pasaba sus manos por la barba y se decía que no necesitaba un afeitado, no, hoy no. Tosió una y otra vez, y se acordó de su perenne promesa de dejar la fuma. Sonreía, batiendo sus recuerdos de niño y joven por todos los andurriales que recorrió, averiguando la lindura del paisaje que lo había visto nacer, crecer y ya casi envejecer. Tal vez podría ser aquel un gran día. Debería repasar su existencia, trayendo a la memoria sus andanzas por los lugares que, de una u otra manera, fueron conformando su personalidad, a veces por inmensos y otras por lo que significaban para él y los allegados.

Ya amanecía, pues apenas una tenue luz se metía entre las rendijas de su vieja puerta. Ideal que llevara a su perro Capullo II, sí. A tientas buscó los calzoncillos y se los puso, sonrió de manera un tanto bobalicona y se dijo, en alta voz, que le vendría bien darle un repaso a su infancia y juventud junto al lindo Capullo I, compañero de sus primeras alegrías, alguna andanza que otra hurtando nísperos o membrillos y hasta más de una pena.

Abrió la ventana y un efímero rayo de sol entró hasta posarse en el cabezal de su revuelta cama. Desayunó, compartiendo el bocadillo de queso con su compañero, preparó los bártulos con parsimonia y hasta silbando a

veces sacó el coche del garaje e instaló, incluso con las medidas de seguridad pertinentes, a su contento perro en el asiento de atrás.

Silbando, con un regocijo desconocido, pensó que lo mejor sería buscar los recuerdos en las medianías de la isla de Gran Canaria hasta culminar en el Roque Nublo, al fin y al cabo las imágenes que lo habían acompañado desde su niñez.

–¡Guau! ¡Guau! –ladró Capullo II al divisar un gato que cruzaba la carretera.

–Tranquilo, Capullo. Iremos a la Cueva del Sol. Allí nos sentaremos un rato, y pensaremos. ¿De acuerdo? Mira, fíjate bien, la cota que alcanza el sol en la ladera: ahora nos dice que son algo así como las nueve y media. Vamos con tiempo suficiente para hacer nuestro bello recorrido. A ver si encuentras hoy una novia, carajo, que te estás convirtiendo en un solterón como yo.

Llegaron a Vega de San Mateo, y se bajaron del coche justo delante del molino de gofio. Movía alegre de repente su rabo el generoso Capullo II, tal vez por los olores tan gratificantes que invadían el lugar. Ambrosio no quería perder la ocasión de comprar dos o tres kilos de gofio recién hecho, que repartiría como buenos hermanitos, cosa que hizo de inmediato, y nada más salir del molino se dirigió a la tienda más cercana donde compró dos bocadillos de conserva de membrillo, ante el contento del perro, que no dejaba de mostrar su alegría por semejante manjar lamiéndose una de sus patas.

Ambrosio dejó en el maletero del coche el gofio y los bocadillos, le pidió a Capullo II que caminara junto a él y emprendieron un paseo por los alrededores del pueblo, sin perder detalle alguno, bien comprobando la hora que marcaba el sol en la ladera a los pies de la Cueva del Sol, bien indicándole a su perro que al otro lado vigilaba la Montaña Cabreja.

A pesar de lo soleado del día, soplaban un fresquito agradable. Bueno sería que se sentaran los dos un ratito en la alameda de Santa Ana. Caramba, qué casualidad, para contento de Capullo II, una bella perrita de repente se unió a ellos moviendo la cola de manera sugestiva.

Sonaban las campanadas de la iglesia anunciando las diez. Nada más sentarse en el banco de piedra, Ambrosio pensó que no debía olvidarse de hacer una parada en la fuente El Sao, donde tomarían agua los dos, porque quedaría mucho tiempo aún hasta situarse a los pies de su majestad el Roque Nublo.

Los perros no se cansaban de jugar al amor en el centro de la plaza, despertando la curiosidad de los que salían de las oficinas municipales. Dos vecinos ilustres, Leopoldo y Nicanor, levantando uno de sus brazos con elegancia dijeron adiós desde la calle adyacente, siendo correspondidos con gratitud y satisfacción por Ambrosio.

Bueno, había llegado el momento de la partida. ¡A ver quién obligaba al bueno de Capullo II a que dejara allí a su nueva amada! Alguien pasó, saludó a Ambrosio de manera cortés y, casi a la vez, dos policías locales hacían lo propio reglamentariamente ante quien no era otro que el alcalde. Para suerte de Ambrosio y enfado de su perro, la perrita desapareció, entre las piernas de los dos policías, al entrar en las oficinas municipales junto a ellos huyendo por el estallido de un volador.

Pronto, la variopinta pareja formada por un perro y su amo emprendieron su ruta camino de la Cueva del Sol. Transcurridos apenas diez minutos, se bajaron del coche con la intención de tomar agua fresca en la fuente El Sao. Del lugar, Ambrosio tenía innumerables recuerdos de su niñez, como aquel día cuando se encontró en una pequeña retama, justo encima del recóndito naciente, dos pequeños mirlos que aún no sabían comer ni beber; con qué alegría entró en su casa, haciendo de sus manos un nido donde proteger a los pajarillos que no cesaban de abrir sus picos pidiendo sustento; cómo preparó de inmediato una caja de cartón, una taza de leche con gofio y un trocito de caña que le sirviera de cucharilla; no dejaba de pensar, con un orgullo muy grande, que ahora sí tenía algo suyo en la vida además de su entonces primer perro Capullo I.

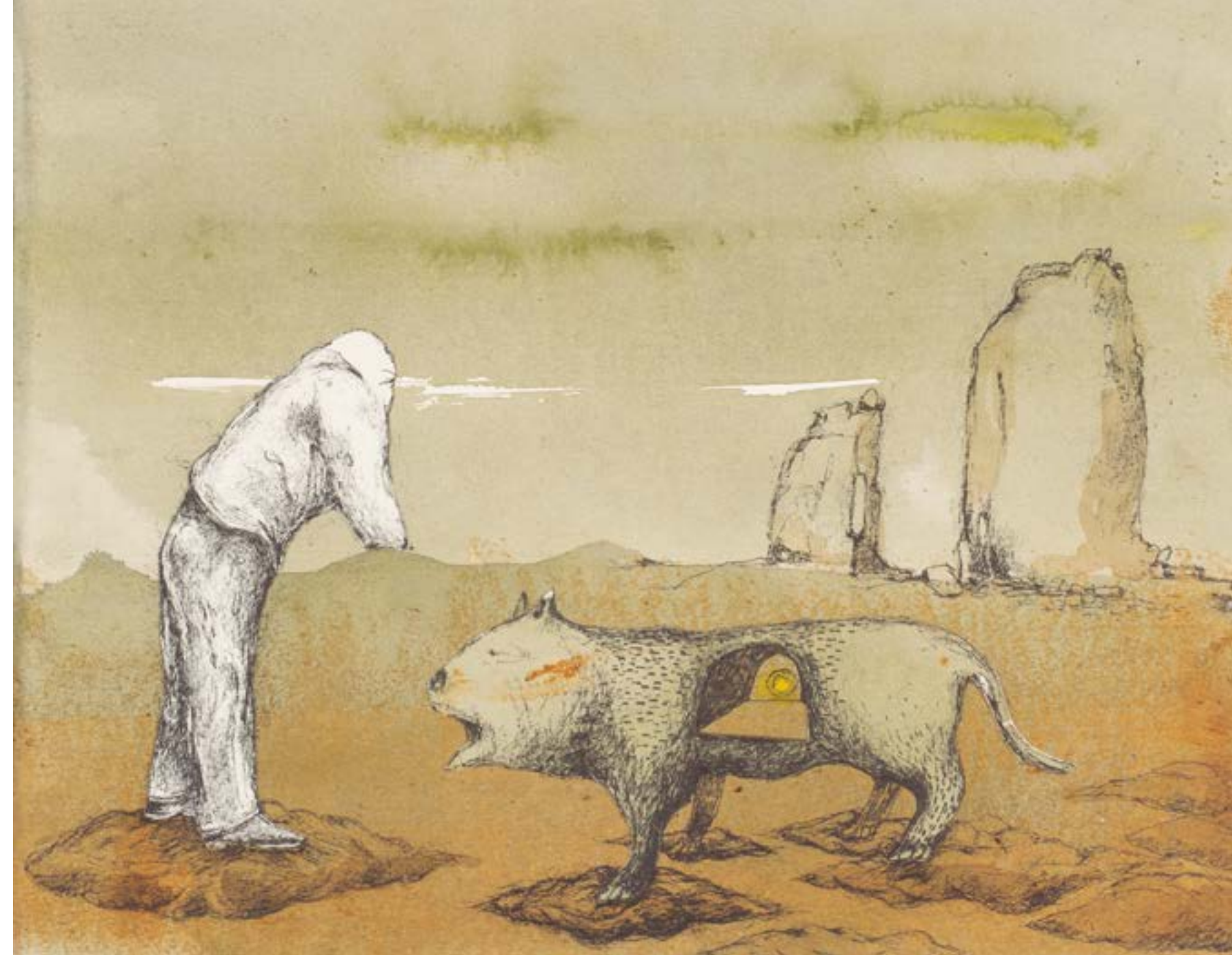
Ambrosio y Capullo II tomaron agua del naciente, llenaron una botella para el camino y desparramaron una mirada amplia al hermoso paisaje que se divisaba abajo desde la orilla de la carretera. Al fin, se dispusieron a partir en dirección a la ansiada Cueva del Sol.

Capullo II prestaba toda la atención posible al itinerario que se avecinaba. Las palabras de su amo resonaban dentro del coche mientras subían una pista de tierra. Desde allí se podían observar los municipios de Vega de San Mateo y Valsequillo. Enseguida emprendieron el camino a pie.

Enfrente, la Cruz de La Higuera, bastante más allá la mismísima Cueva del Sol hacia donde los peculiares turistas comenzaron a acceder ladera abajo. Ambrosio se imaginaba o escuchaba las campanadas de la iglesia del pueblo dando las once, y miró también la cota del sol en la ladera, cosa que le ratificó su parecer; bueno, ansioso por llegar, pensó que sería ideal sentarse junto a su perro del alma y charlar un poco, porque le preocupaba su vejez galopante, pues por nada del mundo quería que el indefenso animal se convirtiera en un huérfano desamparado.

Ya estaban. Ambrosio se sentó en una piedra y Capullo II se echó sobre unas hierbas ya secas. El sol abarcaba todo, por lo que el hombre agradeció el día que había elegido para disfrutar de la mirada y un tanto de su pasado. Tras unos minutos sopesando y respirando hasta lo más profundo, sintió la necesidad de hablar cuanto antes, y no dudó en hacerlo con el bendito amigo inseparable que el destino le había dado.

—¿Sabes una cosa, Capullo? Estoy contento, sí, a pesar de la soledad que tú me ayudas a mitigar. Qué hermosa es la vida y qué linda es Gran Canaria. Mira, arriba la cumbre que visitaremos luego y abajo el inmenso mar. Fíjate, cuando joven subía solo por todos esos andurriales que ves; en esta piedra me he sentado siempre; allí, bajo aquellos hermosos árboles, me llenaba los bolsillos del pantalón con las castañas que recogía, comiéndomelas después en este mismo lugar engañando al hambre. Era feliz, pero me faltaba un amor que nunca he logrado tener. Pena que solo sepas comunicarte conmigo mediante algún gesto o someras deducciones por mi parte, amigo mío, porque, si supieras hablar, te pediría que pregonaras a los cuatro vientos cuánto amo a la tierra bendita que me vio nacer. ¿Te imaginas cada viernes recorriendo los barrios de nuestro entorno pregonando las excelencias de la isla en que vivimos? ¿Te imaginas a las vecinas, al escuchar tu tambor y verte pasar, en el quicial de sus puertas aplaudiéndote y mandándote besos volados? ¡Sería espléndido!, pensarlo solo y se me erizan los vellos. Ah, compañero del alma, déjame decirte una cosa, más bien darte un consejo: tienes que buscarte



una compañera, pues así no te quedarás solo cuando yo falte. Anda, perrito mío, vayamos en busca de paisajes inauditos camino del Roque Nublo.

Ambrosio, entristecido, echó una mirada a la pinta blanca de la cueva, arriba, y a la cota que alcanzaba el sol, abajo, y pensó que se acercaba el mediodía, de modo que tendrían que continuar la marcha. Caminaron hasta el Lomo la Vega, subieron al coche y tomaron la carretera principal hacia Vega de San Mateo, desde donde partirían en dirección a las cumbres de Gran Canaria. Sin embargo, a la altura del puente de La Lechucilla, tuvieron que detenerse, porque se celebraba una carrera de burros, para deleite de los numerosos vecinos que agolpados en la meta no se cansaban de tirar voladores y apostar algún dinero, unos a favor de la burra de Antonio y otros partidarios del burro de Mariano.

Al fin, los animales cruzaron la línea de meta y los viajeros pudieron de nuevo emprender su camino. A Ambrosio le dio por cantar una folía, hecho que sorprendió a Capullo II, quien incluso se asustó, aunque malo hubiera sido que le cantara un arrorró, porque entonces su amo lo estaría tratando como un idiota a sus años. Dejaron el pueblo de Vega de San Mateo, tomando a los pies de Montaña Cabreja la ruta de Tejeda en vez de la de Teror. La carretera se empinaba. Capullo II ladró de repente, porque descubrió a un pájaro linacero que volaba cercano. Atrás quedó el barrio de La Lechuza, donde un olor a pan recién hecho despertó las ansias por comer de los viajeros, si bien Ambrosio se limitó a pensarlo y el pobre Capullo dio tres ladridos de aviso o por glotón.

No tardarían en llegar a Las Lagunetas y un poco más adelante al barranco de La Mina. Allí se comerían los bocadillos de conserva de membrillo, aunque igual era demasiado pronto, pero a los dos sin saber el porqué les había entrado un hambre atroz, o sí, tal vez por el momento ideal que disfrutaban hombre y sagaz animal hasta el punto de no poder disimular su contento.

Aparcó Ambrosio el coche justo en un diminuto terraplén, conformado en las afueras de una de las muchas curvas de la carretera. Desde allí se divisaba el discurrir del agua cristalina que descendía barranco abajo, y además se le escuchaba. Una alpiska precavida sin dejar de mover su cola, con la elegancia de una bella y gran

señora o linda bailarina, intentaba bañarse aprovechando una diminuta cascada. Ambrosio y Capullo II enseguida se situaron sobre una piedra destacada al borde de la vereda.

Un cernícalo, avizor como él solo, se cernía expectante sin moverse un ápice sobre las cabezas de los comensales. En la misma piedra que los acogía quedaron dispuestos los dos bocadillos de conserva de membrillo, una botella con agua y el cacharro de lata acostumbrado donde la bebería Capullo II. Qué placentero era el silencio solo alterado por el discurrir del agua barranco abajo.

–¿Sabes lo que te digo, amigo mío? –le dijo un Ambrosio con cara triste al atento Capullo II–. Cuando me muera, búscate una buena perrita para que no estés solo, porque es muy triste andar por la vida en soledad. Gracias que te tengo a ti, compañero del alma.

El perro, como si hubiera entendido las palabras de su amo, movió la cola con cierta elegancia, quizá mostrando su agradecimiento por el consejo, y continuó con su bocadillo de conserva de membrillo lamiéndose el hocico después de cada mordisco, a lo mejor buscando el dulzor perenne de la vida.

–Ay, ¡qué compañero más goloso tengo! –dijo Ambrosio.

–¡Guau! –replicó el perro, adrede quizás.

Echarían una cabezada bajo un hermoso castaño. El ruido del agua acompañaba igual que un arrorró. El perro y su amo dormitaban como benditos, a pesar de que dos escandalosos mirlos se liaron a picotazos por una amada imaginaria. Un conejo salió de su madriguera, echó un vistazo al panorama y se escondió de inmediato, mientras dos canarios competían en lo más alto de un nogal con sus hermosos cantos.

Ya era hora de levantarse y marchar, evitando así que los cogiera la noche. Aunque el bueno de Capullo II parecía bien despierto, Ambrosio, como a hurtadillas, le pasó su mano por encima del lomo, con la intención de que se desperezara y se pusiera en camino. De repente, una imagen de muchos años atrás discurría por la mente del hombre, y no era otra que la de la bella Adelaida, una joven que conoció en el lugar adonde se dirigían en primer lugar: allí tuvo la oportunidad de besarla a la sombra de una cruz aunque, como por ensalmo, desapareció para siempre por una intrincada vereda, sin dejar rastro alguno camino del bello pueblo blanco de abajo.

Pronto llegaron a la Cruz de Tejeda y se bajaron del coche con la intención de husmear por los alrededores. Un grupo de jóvenes turistas paseaba en burro, en medio de una notable algarabía por parte de sus paisanos, y otro se aglomeraba ante una caseta en la que se vendían infinidad de chucherías. Un lugareño, con sombrero de paja, pregonaba desde un tenderete castañas recién tostadas, y allí acudió Ambrosio a comprar un cucurucho, porque hacía muchos años que no las comía.

Un cielo azul, hermoso por sí solo, adornaba aun más al pueblo de Tejeda, dejándolo al descubierto y permitiendo así admirar su blanca belleza, abajo en las profundidades, señorial y único. De repente, una niña extranjera hizo buenas migas con Capullo II y empezaron a jugar, ante la complacencia de sus padres y, por supuesto, satisfacción de Ambrosio, que un poco atontado temió porque a partir de aquel instante su compañero del alma fuera a ladrarle en inglés.

Partieron camino del Pico de Las Nieves, si bien Capullo II ahora iba un tanto tristón, pues echaba de menos a la niña que le había dado mucho cariño en tan poco tiempo. La tarde ayudaba, ya que el cielo estaba todo despejado. Las vistas eran de ensueño. Allí, el Roque Nublo marcaba su ámbito territorial, y el Roque Bentayga, comedido y un tanto humilde, podría decir algo como aquí estoy yo, no se olviden de mí. Embelesados, Ambrosio y Capullo II aprovecharon el paisaje que les regalaba la isla de Tenerife, con su omnipresente Pico Teide, tan cercano y tan lejano a la vez de la sabiduría popular de los isleños.

–Si hubieras sido un descendiente mío, podría haberte enseñado a leer y escribir, pero, amigo, en la escalera de mi vida han faltado muchos peldaños: elegir una compañera con quien compartir las penas y alegrías de la vida, casarme, tener hijos y educarlos con el fin de que me trajeran nietos a este mundo. Ardua tarea siendo yo un hombre tan soso –dijo en voz muy baja y precavido el bueno de Ambrosio–. Anda, compañero del alma, respiremos hondo y despedámonos del ilustrísimo Pico Teide.

La peculiar pareja, con el fin de completar el recorrido, tomó el coche de nuevo, esta vez con Capullo II delante como de copiloto. En cierta manera, a veces al sol y otras a la sombra, los dos se complementaban tanto que

nadie se atrevería a definir semejante relación de una manera acertada, porque desprendían un compañerismo infinito.

Al fin pisaban el nuevo punto de partida. Arriba, el Roque Nublo, parecía esperarles. Bueno sería estar a sus pies, propuesta que hizo Ambrosio a Capullo II y que, por supuesto, fue bien aceptada por su compañero de viaje moviendo la cola en sentido afirmativo. Los dos ascendían por la vereda sin perder detalle, pues ora reparaban en la figura del Fraile, a la izquierda, ora al fondo en el Pico de Las Nieves.

Los singulares turistas cruzaron la meta. Un hombre y su amigo del alma, para mitigar el cansancio se miraron fijamente, y orgullosos se regalaron una caricia sincera cada uno a su manera, al mismo tiempo que caían en la cuenta de la presencia humilde de la Rana, compañera inseparable del Roque Nublo, mientras un lindo y coqueto mar de nubes magnificaba el ambiente.

Una isla contada en la nube

Navega y descubre una isla contada

<https://bibliotecainsular.grancanaria.com/una-isla-contada-antologia-para-recorrer-gran-canaria>



Este libro incorporará versiones adaptadas para que su lectura sea más accesible.

Una isla contada

(audiolibro)

Narración

Luifer Rodríguez
Mari Carmen Sánchez

Voces incidentales

Alumnado de interpretación, doblaje y locución
del Instituto del Cine Canarias

Música original

Jonay Armas

Canción

“Isla contada” (música: Jonay Armas / letra:
Luifer Rodríguez)

Sonido (grabación y postproducción)

Moisés Sánchez

Grabación

Instituto del Cine Canarias

Producción

Biblioteca Insular de Gran Canaria. Consejería de Cultura.
Cabildo de Gran Canaria

Producción ejecutiva

Lamalavidaproducciones

Dirección

Luifer Rodríguez

Isla contada

Desde el mismo día en que regresé de ti,
mis ansias por buscarte fueron tantas...
y mis ganas de volver...

Cuando pienso en las orillas de tu abrazo,
en los brazos que me amarran a tu azul,
o en la esencia de tu sol acariciándome,
o en la huella dorada de tu luz,
cuando anhelo las delicias de tus campos,
mi mirada extasiada en tu vergel,
o cuando muere la tarde en los barrancos
y la bruma expresa el canto del Edén.

Y yo,
cavilando en tus senderos,
volveré,
siempre al mismo punto
viajaré
a ti.

Y brotará
en el fondo de mis manos tu jardín
y mis ojos buscarán tu desnudez.
Volveré
y andaré
las veredas de tus pueblos otra vez
y perdido en sus historias contaré
el viaje extraordinario de volver
a ti.
Continente en el tiempo, miniatura de volcán,
en la orilla de mis cuentos es la isla más cercana,
que florece en el camino de tanta gente que abraza
un lenguaje de aforismos y un mestizaje de razas,
a dos pasos del desierto,
donde nace el mar.
Volveré,
a mi isla contada
viajaré.

Foto de © Ale Pedriáñez



Luifer Rodríguez

Las Palmas de Gran Canaria, 1967

Desarrolla su actividad como actor, director, productor, cantante y guionista desde 1990, entre Canarias y Madrid.

Entre sus largometrajes destacan: *Rendir los machos* de David Pantaleón, *Charter* de Amanda Kernell, *Como un Relámpago* de Miguel Hermoso, *Del Lado del Verano* de Antonia Sanjuán, *11211- El barrio de las avenidas que se bifurcan* de Zacarías de la Rosa o *La Isla Interior* de Félix Sabroso y Dunia Ayaso.

Ha aparecido en televisión nacional e internacional: *Hierro I y II* para Movistar+, *Grasa I y II* para Playz, *Cuéntame qué te pasó* para TVE, *Kill Skill 2* para Canal+/Francia, *Maddogs II* para SkyTV, *Aida* para Telecinco, *Malviviendo* para Different Entertainment. Y ha trabajado en infinidad de obras de teatro, entre las que destacan: *Siempre Alice* de Lisa Génova, *Electra* de Benito Pérez Galdós, *Hamelin* de Juan Mayorga, *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, *¡Ay, Carmela!* de Sanchís Sinisterra, bajo la dirección de Tamzin Townsend, Ferrán Madico, Natalia Menéndez, Antonia Sanjuán o Nacho Cabrera. Es uno de los actores y directores referentes en el panorama de las Islas Canarias.

Una isla bailada

Intérprete: Natalia Medina Santana
Realización: Álvaro Carrero Puig
Ayudante de dirección: Ángeles Padilla Peña

Un pícnic en Los Nidillos
Carlos Álvarez

Música: C418, *Soft*

Yo era la niña más alegre del mundo
Paula I. Nogales Romero

Música: Karin Borg, *Norrskén*

Cicatriz

Ángeles Jurado Quintana

Música: Mike Block, *Carol of the bells*

Ahí más allá

Ángel Sánchez

Música: Beethoven, *Moonlight*

Guayedra

Santiago Gil

Música: 2814, *Here's a song for you*



Natalia Medina Santana

San Bartolomé de Tirajana, 1966

Licenciada en Educación Física por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, y Máster en Artes Escénicas en la Universidad Rey Juan Carlos en Madrid, su trabajo se centra en la gestión cultural y la danza. Como bailarina y coreógrafa ha presentado sus trabajos en España, Europa, Asia y Latinoamérica. Actualmente dirige la empresa Qué Tal Estás Producciones, donde se desarrollan proyectos educativos, de creación y exhibición de danza. Es directora del proyecto ACROSS HIP HOP Las Palmas de Gran Canaria, dirigido a la juventud de nuestra ciudad, adscrito a Distrito Cultura, cuyo objetivo es social, formativo y cultural. También es directora de MASDANZA, Festival Internacional de Danza Contemporánea de Canarias, que celebra en 2021 su vigésima sexta edición.

Fotografía e ilustración



Nacho González Oramas

Las Palmas de Gran Canaria, 1965

Fotógrafo, paisajista y periodista gráfico. Cursó sus estudios en Madrid en el Centro de Estudios de la Imagen, CEV y pronto comenzó a desarrollar su actividad profesional en los periódicos de más tirada de Gran Canaria (*La Provincia*, *Canarias 7*, *La Gaceta de Canarias*). Ha sido fotógrafo de El Museo Canario, Centro Insular de Cultura, Orquesta Filarmónica de Gran Canaria, Teatro Cuyás, Consejería de Turismo del Gobierno de Canarias, en las ferias FITUR (Madrid), ITB (Berlín) y World Travel Market (Londres), en el Festival Internacional de Jazz de Canarias, Festival Atlántica, Festival Internacional de Guitarra y Memorial Díaz Cutillas. Sigue desempeñando su labor como fotógrafo en Centro Atlántico de Arte Moderno, Auditorio Alfredo Kraus, Teatro Pérez Galdós, y en el Festival Internacional de Ópera de Las Palmas de Gran Canaria.

Sus fotografías han ilustrado innumerables guías, revistas, carteles, folletos, catálogos, libros, discos, webs y CDs, han sido publicadas en *El Mundo*, *El País*, *ABC*, *Cinco Días*, *Der Spiegel*, *NY Times*, y han merecido figurar en una decena de exposiciones y más de una docena de premios.



Augusto Vives

Las Palmas de Gran Canaria, 1963

Artista plástico e ilustrador. Licenciado en Bellas Artes y becado en la École des Beaux Arts et des Arts Appliqués en Toulouse, colabora con el periódico *La Gaceta*.

Ha expuesto individual y colectivamente en los últimos años en las más prestigiosas fundaciones, galerías y centros culturales: Fundación La Caja de Canarias, Fundación MAPFRE Guanarteme, Galería Magda Lázaro, Galería Manuel Ojeda, CICCA, Centro Cultural Guía de Isora, Casa Mané (Fuerteventura) y Centro Cultural San Martín, entre otros.

Sus obras forman parte de los fondos del CAAM, Gobierno de Canarias, Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria y Cabildo de Gran Canaria; han sido expuestas en Las Palmas, Tenerife, Oporto, Granada, Teruel, Toulouse, Argentina, México y Cuba, y han merecido múltiples premios: VII Bienal Regional de Arte Villa de Teror, IV Certamen Ciudad de Las Palmas, I Certamen Universidad de Las Palmas, VII Certamen de Pintura Antonio Padrón.



Lleva contigo este libro cuando recorras los senderos innumerables del laberinto que es Gran Canaria. Déjate conducir a sus parajes más célebres, y a los hitos de su historia, pero también a las vivencias que susurra su memoria chica, a los rincones que jamás aparecerán en guía turística alguna.

Alexis Ravelo

